

Excelentísima Diputación Provincial de Santander

Publicaciones del CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior
de Investigaciones Científicas

Biografía, Heráldica, Genealogía

IV

El P. Juan Ventura Díaz, O. P.

MISIONERO DOMINICO MONTAÑES
EN EL REINO DE TUNKIN (1715-1724)

Su Apostolado Misional según Documentos inéditos
de sus Contemporáneos

Introducción y Notas

por el

R. P. Honorio Muñoz, O. P.



SANTANDER, 1958

EL P. JUAN VENTURA DIAZ, O. P.

**Misionero Dominico Montañés
en el Reino de Tunquin (1715-1724)**

**Su Apostolado Misional según Documentos inéditos
de sus Contemporáneos**

Excelentísima Diputación Provincial de Santander

Publicaciones del CENTRO DE ESTUDIOS MONTAÑESES
Patronato «José María Quadrado» del Consejo Superior
de Investigaciones Científicas

Biografía, Heráldica, Genealogía

IV

El P. Juan Ventura Díaz, O. P.

**MISIONERO DOMINICO MONTAÑES
EN EL REINO DE TUNKIN (1715-1724)**

**Su Apostolado Misional según Documentos inéditos
de sus Contemporáneos**

Introducción y Notas

por el

R. P. Honorio Muñoz, O. P.



SANTANDER, 1958

CENSURA DE LA ORDEN

Nihil obstat

FR. MARTINUS DIEZ, O. P., Ph. D.

Nihil obstat

FR. JESUS GAYO, O. P., Ph. D.

Imprimatur

**FR. SYLVESTER SANCHO, O. P.
Prior Prov.**

Manilae, 15 Dec., 1956

CENSURA DEL ORDINARIO

Nihil obstat

Santanderii, 25 octobri 1958

**ANTONIUS SOLANO, T. O. P.
Censor**

Imprimatur

† JOSEPHUS, EPISCOPUS SANTANDERIENSIS

Este documento es fragmento de una Crónica inédita del Archivo de la Provincia del Santísimo Rosario que aún se conserva en Manila.

MSS. tomo 235, fols. 59-87

PROLOGO

He aquí el segundo de los tres dominicos montañeses que, siguiendo las huellas de aquellos frailes ecuménicos del siglo XVI, se lanzó a la conquista espiritual de almas esclavas del error y la idolatría, a fin de hacerlas unas en unidad de fe bajo el magisterio de Cristo en su Vicario.

El P. Juan Ventura Díaz salió de España joven, pletórico de vida y de entusiasmo por los intereses espirituales de los pueblos subyugados por el paganismo. Sin ser aún sacerdote, echó su suerte a los mares y sus preocupaciones al cielo cuya providente mano le guiaba invisible en sus sueños y en sus realidades. Tendría sus veintitrés años cuando Dios le puso a labrar su propia perfección trabajando por las almas en el reino infortunado del Tunkin. Allí vivió la ascética práctica que le hacía confiar totalmente en Dios en toda ocasión y momento, pues no tenía otro en quien confiar. Los misioneros, casi siempre entre tormentas y borrascas de persecución, se veían constreñidos a vivir cada uno para sí, pues que todos peligraban, no sólo por las pesquisas ininterrumpidas de los sabuesos del rey, sino con frecuencia por la traición de los propios cristianos renegados. Allí aprendió a desprenderse del consuelo, necesario muchas veces, que la

PROLOGO

conversación y presencia de sus compañeros le podía ofrecer; pues siendo destinados a pueblos remotos entre montes silvestres, mal podía soñar con el placer de excursiones recreantes de sus coapóstoles en tiempo y circunstancias en que tales conveniencias eran lujos inasequibles y aun inesperables. Allí se entrenó a considerar que el tiempo de la vida no es más que el material de la eternidad, la moneda deleznable de lo transitorio con que se merca, si bien se usa, lo eterno. La realidad que le enfrentaba le hacía comprender que su vida misional no era otra cosa que la plasmación de un ininterrumpido acto de fe, y que todos los percances, asaltos, delataciones y peligros en que se veía, no eran más que otras tantas pruebas en que Dios le ponía para fortalecer esa fe. Durante los nueve años de continua rotura y de incesante cultivo, el P. Ventura Díaz convirtió aquel erial, a él encomendado, en tierra fértil donde la semilla de la palabra divina crecía y abundante, dando fruto óptimo de conversiones. El labrador de aquella viña sucumbió gastado. El grano tenía que morir para que germinase y diese fruto. El obrero evangélico tendría unos treinta y tres años cuando murió. Allí fué enterrado para que sus huesos testimoniasen la fe que su vida había predicado.

Hoy día toda la labor de aquellos apóstoles está desbaratada por obra y gracia de hombres inicuos al servicio del espíritu malo. Inimicus homo hoc fecit. El enemigo de Cristo reunió a sus jefes en Ginebra y allí acordaron la desolación de esta viña del Señor, que se llama Tunkin, entregándola en un inmenso latrocinio a las hordas del antecristo capitaneadas por un tal Ho-Chi-Minh bajo la dirección secreta del comunismo moscovita. La masa de cristianos que pudo huir al Sur para salvaguardar

PROLOGO

su fe, lo hizo. Los demás que no pudieron hacerlo, allí han quedado llevando una vida agónica, haciendo pinillos para sobrevivir y, quizá derrochando heroísmo para conservar su fe inmune.

Aquellos campos de apostolado en que desde 1676 los misioneros españoles laboraron sin cesar por sembrar la semilla evangélica en medio de toda clase de contrariedades y persecuciones, regándola con su sudor y su sangre, es hoy campo asolado donde la hoz despiadada de Moscú ha segado toda planta visible de virtud y donde el martillo rojo sigue clavando en las mentes y corazones de aquellos infelices los principios malsanos del materialismo marxista.

La obra apostólica de los misioneros católicos escrita está en el libro de la vida. Las almas salvadas, capítulos son de su gloriosa historia. Al comunismo ateo le han sido entregadas aquellas gentes notablemente cristianas y ejerce poderío total sobre sus cuerpos; mas sigue aún la lucha por la conquista de sus almas. Es la eterna lucha del mal contra el bien, el dominio contra los buenos, el mundo contra el Evangelio, la lucha del César contra la Iglesia: mas las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella.

Bosquejo biográfico del P. J. Ventura Díaz

Bien poco es lo que sabemos de este varón de Dios. Su vida silenciosa y retirada fué gastada en propagar la palabra de Dios y en conquistar almas para su Divino Maestro en regiones vietnamitas donde entonces campeaba el paganismo y hoy tiraniza el comunismo. Lo poco que de él sabemos lo hemos podido reunir de diversos documentos inéditos, en particular de uno que trata a modo de crónica de la Misión de Tunkin hasta el año 1725, escrito a raíz de la muerte de este misionero. Por lo mismo que sabemos poco de él, hemos juzgado oportuno poner aquí la parte del documento que se refiere al desarrollo de aquella misión durante el tiempo que el P. Ventura Díaz apostoló allí, a saber desde 1715 hasta 1724, fecha en que murió. Por dicha historia podrá el lector formarse una idea de la labor ardua que tuvo que realizar nuestro biografiado y la magnífica ejecutoria que hubo de llevar a cabo, pues no por ser callada había de ser menos eficaz y duradera.

Era el P. Juan Ventura Díaz natural de Arenal de las Cavadas en la provincia de Santander. Igno-

ramos la fecha de su nacimiento; mas debió tener lugar hacia 1690. Hizo sus estudios en el Convento de San Esteban, de Salamanca. Siendo aún diácono, embarcó en Cádiz rumbo a Méjico con un buen número de religiosos, el día 17 de septiembre de 1712, llegando a Veracruz el 3 de diciembre, y a la ciudad de Méjico a primeros de enero de 1713. El 5 de abril salieron de Acapulco en el galeón que hacía la travesía anual para Filipinas arribando a Manila a fines de agosto. De los cincuenta religiosos que partieron de Cádiz llegaron cuarenta y tres a Filipinas, entre ellos el P. Ventura Díaz.

En Santo Domingo de Intramuros pasó el joven diácono un año preparándose para el sacerdocio a que fué elevado el año siguiente.

Todo el tiempo, dicen las crónicas, se portó con gran ejemplo y edificación de todos, viviendo muy recogido y cumpliendo con sus obligaciones con la mayor exactitud. Elegido para la Misión de Tunkin, partió, con su compañero el P. Eleuterio Guelda, en un navío chino que hacía viaje a Cantón; mas al llegar por Mariveles les *entró* una tormenta en que se vieron en evidente peligro de perder la vida, sin tener otro remedio que volverse a Cavite, punto de partida. Partieron de nuevo al año siguiente de 1715 para Cantón, a donde llegaron felizmente, siendo bien recibidos por los Padres a cargo de la iglesia de San Pío que la Provincia tenía en aquella ciudad. De allí tuvieron facilidad para proseguir su viaje, que no fué por la vía ordinaria, a causa de la persecución que corría entonces en Tunkin contra los cristianos, y así se fueron por tierra por la provincia de Kiangsi; y por los términos de esta provincia y los de Cantón entraron felizmente en Tunkin el 15 de julio de 1715.

A poco de llegar, enfermó el P. Ventura Díaz

gravemente; pero quiso Dios sacarle adelante, y a fines de año ya empezó a administrar y socorrer aquella cristiandad. Trabajó mucho en aquellos pueblos y estuvo varias veces a punto de ser cogido; mas Dios le libró. Su espíritu de fe y su entusiasmo juvenil le hacían desdeñar los temores y le impulsaban a arrostrar grandes sacrificios sin reparar en eventualidades desagradables. A medida que pasaban los años y se acrecentaban los trabajos se entregaba con más ardor al ministerio sagrado, pues lo difícil y peligroso dejó para él de ser excepción y vino a ser el ambiente ordinario de su apostolado en beneficio de las almas. Por espacio de nueve años laboró con constancia inquebrantable y con arrojo singular en aquella viña del Señor.

El día 19 de agosto de 1724, nos relata el manuscrito, bajó el P. Ventura Díaz enfermo de calenturas a la aldea de Lucthuy, donde estaba el Padre Guelda, ya para curarse o en caso de que Dios le llamase, morir con asistencia de sus Hermanos. Después de tres días hubo que trasladarle a la aldea de Tru-lé pues que los emisarios del rey merodeaban aquellos lugares haciendo pesquisas. Con estos incómodos traslados se agravó la enfermedad. Con pleno conocimiento de la gravedad de su situación pidió los últimos sacramentos que recibió con gran devoción, después de lo cual se lo llevó Dios a su gloria, dejando a todos los Padres y cristianos tristes y afligidos por la mucha falta que tan buen religioso les hacía. Era muy amado de todos aquellos cristianos que al ver su natural afable y pacífico le estimaban y amaban tiernamente.

“Fué el Padre Ventura Díaz, dice el autor del documento, religioso de lindas prendas. Nueve años estuvo en aquella Misión, que empleó y gastó muy bien en el servicio de Dios, cumpliendo como fiel

siervo con las obligaciones y ministerio en que le tenía puesto la obediencia: siempre muy celoso y vigilante por el beneficio de las almas; ministro y operario que trabajó mucho en aquella misión. Padebió muchos trabajos y se vió en grandes peligros, especialmente en estos últimos años antecedentes a su muerte, en que fueron mayores las persecuciones”.

El Capítulo Provincial de 1727 hace memoria elogiosa de él en estos términos: En el reino de Tunkin murió el P. Juan Ventura Díaz, hijo del Convento de San Esteban, de Salamanca, electo misionero de aquel reino, muy celoso y vigilante ministro en la salud de las almas; pues menospreciaba las amenazas y prohibiciones de aquellos crueles bárbaros a fin de instruir y administrar el mantenimiento y pábulo espiritual de doctrina y sacramentos a los fieles. Entre los muchos trabajos, fatigas y molestias que por todas partes se hallaba cercado, nunca dejó de ponerse a cualquier peligro que se ofreció, a fin de ayudarles y socorrerles.

Así fué el P. Ventura Díaz en vida, y así murió, en el frente, en la primera línea de combate, en las avanzadas de la fe en la conquista literal del paganismo para el Señor; allí murió, en la brecha, predicando, defendiendo a su Maestro, quien le recibiría con aquellas ansiadas palabras de bienvenida: *euge serve bone et fidelis... intra in gaudium Domini tui*: Bien por ti, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor.

Allá, en un paraje remoto, casi desconocido y quizá hoy profanado por la impiedad roja, allá esperan los restos mortales de este humilde, generoso apóstol dominico montañés, el día glorioso de la resurrección general en que los buenos serán glorificados sin fin.

Reseña histórica de las Misiones Dominicanas en Tunkin

A fin de que el lector pueda formarse una idea general del estado de la misión antes de la entrada del Padre Ventura Díaz en ella, no estará de sobra hacer aquí una breve reseña del desarrollo misional desde sus comienzos hasta la llegada de este abnegado misionero en el año de 1715.

El primer misionero de Tunkin fué el dominico Fray Gaspar de Santa Cruz, quien, en 1550, fué desde Malaca a Coacan, en la provincia de Ha-Tien, en el imperio del Anam. Más tarde, en 1558, los PP. López y Acebedo, también dominicos portugueses, entraron en Anam, donde laboraron por la fe durante diez años, hasta que consiguieron los bonzos desterrarles, en 1568, a Macau, siendo así los primeros religiosos que llegaron a este puerto de China, pues los jesuitas llegaron en 1569, y los franciscanos en 1579.

Pertenecían estos dominicos portugueses a la Congregación de la Santa Cruz de las Indias Portu-

guesas (1). Con el tiempo, siguió esta Congregación enviando misioneros a Tunkin. En 1580, los Padres Luis Fonseca y Gregorio de La Motte pisaron suelo tunkino y se entregaron a la predicación del Evangelio hasta el año 1586, en que fueron presos por los soldados de Cochinchina y llevados ante el rey fueron sentenciados a muerte. El Padre Fonseca fué muerto mientras celebraba el santo sacrificio de la misa, en 1588. El Padre La Motte fué herido y maltrecho, pero logró escapar, muriendo más tarde como resultado de sus heridas. Eran los primeros en derramar su sangre por la causa de la fe en aquel reino.

Habiendo oído el rey de Tunkin, Mac-Mau-Hiep, acerca de la religión cristiana predicada por los Padres arriba mencionados, pidió repetidamente a Macau, en 1583, que enviasen predicadores a su reino. Los misioneros de la Colonia portuguesa no pudieron atenderle, pero pasaron la invitación a Manila, donde fué aceptada por los PP. franciscanos. Fray Diego de Oropesa organizó una misión de ocho franciscanos quienes, habiendo salido para Tunkin, desembarcaron en la isla de Hainan, donde fueron

(1) La Congregación de la Santa Cruz de las Indias Portuguesas fué aprobada en el Capítulo de Salamanca en 1551, no llegando nunca a ser Provincia. Había ya fundado casas y misiones en Malaca antes que los franciscanos. El Padre Mortier dice que en 1549 había en Malaca 18 casas dominicanas o residencias misionales con 60.000 cristianos. (Cfr. *Dominican Missions in the Far East*, by André Marie, Paris, 1863).

En 1557 Paulo IV erigió tres obispados en las Indias Portuguesas: Goa, Malaca y Cochinchina. Fueron creados obispos para ocuparlos dos dominicos, Gregorio Temudo para Cochinchina, y Jorge de Sta. Lucía, para Malaca (Cfr. *Historia de Santo Domingo*, por Luis Souza, Lisboa, 1767).

Vide, *Essai sur les Origines du Christianisme au Tunkin*, par M. Romanet, Paris, 18...

hechos presos y enviados luego a la ciudad de Cantón. Puestos en libertad por las autoridades de aquella capital, se volvieron a Manila frustrados. Al año siguiente de 1584 salió el Padre Bartolomé Ruiz, O. F. M., de Manila y llegó a Tunkin, donde fué bien recibido; mas, después de dos años de trabajos aparentemente estériles, dejó la misión y se volvió para Manila vía Macau, en 1586.

Fué unos años más tarde cuando el sacerdote español Ordóñez de Ceballos llevaba a cabo su labor de cristianización en Tunkin, logrando la conversión de la princesa de Champa, la cual, en 1591, fundó un convento de monjas en Van-Lai-Sach, del que ella misma fué superiora. Durante la estancia de este celoso sacerdote en Ca-Bang realizó una buena labor apostólica convirtiendo a muchos en la misma capital del reino.

A fines del siglo XVI y comienzos del XVII se hicieron, a petición de los cambodjanos, unas expediciones desde Manila a aquel país con la finalidad de socorrer a su rey contra el de Siam y, como consecuencia, con miras a poner pie firme por aquellas regiones, estableciendo puntos misionales. Cinco fueron las expediciones, de las cuales algunas las relata con admirable sencillez y gusto el P. Fray Diego Aduarte, O. P.

El rey de Cambodja, que ya estaba acostumbrado a los misioneros de Santo Domingo, pertenecientes a la Congregación de la Santa Cruz, envió, en 1595, una misión a Manila, compuesta de un portugués y un español, para conseguir soldados que fuesen en su ayuda contra el rey de Siam, y además para pedir misioneros dominicos. El Gobernador de Manila, don Luis Dasmariñas, envió, el 18 de enero de 1596, una expedición compuesta de ciento treinta soldados, acompañados por los Padres Alfonso Jiménez y Diego Aduarte y un Herma-

no de Obediencia. Después de mucho trabajo y desfavor en la travesía llegaron, por fin, a Chaudoc o Churdemuco sólo para encontrarse con que el rey había sido derrotado por el de Siam, y éste a su vez por un Capitán tunkino. Refugióse el rey en Laos. Después de aventuras y encuentros increíbles volvieron a Manila, el P. Jiménez por vía de Macao, donde se hospedó en el Convento de los dominicos de aquella ciudad; y el P. Aduarte volvió camino de Malaca, habiendo gozado en aquella ciudad de la hospitalidad de los dominicos portugueses, llegando a Manila el 16 de agosto de 1597.

De nuevo pidió el rey de Cambodja, al año siguiente de 1598, al Gobernador Tello que enviase una segunda expedición, a lo cual accedió el Gobernador mandando, en 17 de septiembre del mismo año, tres barcos con ciento cincuenta soldados, acompañados también por los dos Padres mencionados. Uno de los barcos se hundió en la travesía; el otro, en que iba el Padre Jiménez, lanzado contra las costas de Lampacao, a diez millas de Macao; y el tercero, en que iba el Padre Aduarte, fué a parar a las Babuyanes, al Norte de Filipinas, desde donde dicho Padre volvió a Cagayan y de allí a Manila. Al saberse en Manila la suerte de la expedición se preparó otro navío para que fuese en busca del primer barco. En este navío se embarcó de nuevo el Padre Aduarte, llegando, finalmente, a las costas chinas. Para salir de allí necesitaba el P. Aduarte permiso del virrey de Cantón. En dicha ciudad fué encarcelado y torturado y, por último, puesto en libertad para que pudiera unirse al barco de Dasmariñas, que le llevó con el P. Jiménez a Macao, volviéndose el barco a Manila. El Padre Jiménez murió en la colonia portuguesa; mientras que el P. Aduarte retornó más tarde a Manila,

acabando sus días en 1636, siendo Obispo de Nueva Segovia.

En la tercera expedición fueron también dos Padres de Santo Domingo, a saber: Fr. Juan Maldonado y Fr. Pedro Bastida. Llegado a su destino fué atacado el barco por los cambodjanos, muriendo en la refriega el P. Bastida. Zarpó el barco para Siam, donde liberó a un dominico portugués que estaba detenido por el rey. Recogido por el barco de Manila salió con el P. Maldonado para Malaca, en cuyo trayecto falleció este Padre y fué enterrado en la isla de Pulo-Cotoran, frente a Cochinchina.

Otra vez el rey de Cambodja rogó al Gobernador Acuña, de Manila, enviase soldados y misioneros; lo cual se llevó a cabo en 1603, yendo con el barco de soldados tres Padres de Santo Domingo. La expedición llegó felizmente a Chardemuco y fué bien recibida. Al año de estar allí salió uno de los Padres a Manila a pedir más soldados y más misioneros; mas no llegó a la capital filipina, pues murió en el viaje. De los dos que quedaban en Cambodja uno murió allí; y el otro siguió trabajando por algún tiempo, construyendo una iglesia para los cristianos; mas ante las insuperables dificultades que encontraba, y sin esperanzas de operarios que le ayudasen, se volvió a Manila.

Por último, en 1628, se hizo una nueva petición de misioneros a Manila. El entonces Gobernador, Tabora, decidió enviar con los misioneros un grupo de ingenieros para que construyesen un galeón de las famosas maderas de Cambodja. Cuatro fueron los misioneros dominicos, encabezados por el Padre Juan B. Morales, que hablaba bien el chino y podría predicar a aquellos infieles. Salieron de Manila el 21 de diciembre de 1628, haciendo una travesía feliz y siendo muy bien recibidos. Al punto se levantó allí una capilla temporal, donde el P. Mora-

les predicaba con gran fervor, pero casi sin fruto. Terminado el galeón fué conducido a Manila y en él se volvió el P. Morales. Los otros cuatro misioneros quedaron en Cambodja por algún tiempo; mas al saberse en Manila que el rey de aquel país había expedido una orden secreta que prohibía a los cambodjanos el bautizarse fueron llamados a Manila. El P. Morales tomó a su cargo el cuidado de los chinos del Parian hasta 1633, en que fué enviado a Fogan, China, para ayudar al P. Cochi. Más tarde fué a Roma a informar sobre los ritos chinos, volviendo luego a China donde trabajó por quince años más, hasta que murió en Funing-chen en 1664 (1).

1600

Cuando el P. Busoni, S. J., desembarcó en 1615 en el puerto de Turana (Hue) encontró en aquella provincia cristianos, según él mismo testifica, si bien por falta de misioneros habían decrecido en número. En la Corte desaparecieron casi totalmente después de la muerte de la princesa de Champa, ocurrida en 1616, desarrollándose, poco a poco, cierta indiferencia y aun hostilidad hacia el cristianismo en aquella región; razón por la cual, los pocos franciscanos que por allí andaban, sin asiento firme, se volvieron a Macau. Diez años más tarde es-

(1) *Historia de las Misiones Dominicanas en Tunkin*, por el P. M. Gispert, O. P., Avila, 1928.

cribía el P. Ballinoffi que acababa de desembarcar en Tra-li, pidiendo a los superiores de la Compañía en Macau enviasen más obreros evangélicos. Accediendo a esta petición salieron de Macau, en marzo de 1627, para Tunkin, los PP. Alejandro Rhodes y Antonio Márquez, entrando en Ca-Bang por el mismo camino que en 1591 lo había hecho el sacerdote español Ordóñez de Ceballos.

La inquina de los bonzos contra la religión cristiana crecía al ver que nuevos misioneros iban llegando al Tunkin, ganando más y más adeptos al Señor. Mediante intrigas y acusaciones contra los misioneros consiguieron indisponer al rey, que en 1630 publicó un decreto contra la religión cristiana, y desterró a los Padres Rhodes y Márquez, que se volvieron a Macau. Al año siguiente penetraron, ocultamente, en aquel reino otros tres PP. Jesuitas, los cuales procuraron sostener a los cristianos, ya mal vistos, oficialmente, en virtud del mencionado decreto real. En 1640 el Padre Rhodes fué a Cochinchina donde permaneció hasta 1646, fecha en que de nuevo fué desterrado, yéndose esta vez a Roma donde compuso una *Relación* acerca de la Fe en Tunkin y donde trabajó por la erección de Vicariatos y obispados en las misiones de Oriente, mediante el apoyo del rey de Francia. Portugal, al saber esto, hizo representaciones en contra de tal plan, basándose en el derecho exclusivo de que gozaba, en virtud del Patronato. Mas se olvidaban los misioneros portugueses de que aquel exclusivismo que la Compañía había conseguido de Gregorio XIII había sido revocado por Urbano VIII, dando derecho a todas las religiones de evangelizar en cualquier reino de Oriente por cualquiera vía que fuesen.

De suerte que las gestiones del Padre Rhodes fueron eficaces, pues los primeros Obispos y Vica-

rios Apostólicos fueron franceses e italianos. En 1659 el Papa Alejandro VII nombró a Mons. Francisco Pallú Vicario Apostólico de Tunkin y Administrador general de la China meridional, y a Mons. La Motte Vicario Apostólico de Anam y Cochinchina y Administrador de Chekiang, Fookien, Cantón y Kiang-si, y como tales fueron consagrados en Roma por el mismo Papa, dándoles amplias facultades y encargándoles, de un modo especial, la formación del clero indígena como auxiliares de los europeos. Ambos llegaron a Siam, viéndose obligados a detenerse en Bangkok debido al decreto de persecución prevalente en Tunkin. Siguiendo las directivas del Sumo Pontífice fundaron en la capital de Siam un seminario para la formación, principalmente, del clero de Tunkin.

En la imposibilidad de entrar ellos mismos en Tunkin Mons. La Motte mandó al P. Deidier que se presentase como mercader y se fuese a Tunkin. Así lo hizo y organizó allí a los cristianos, poniendo al frente de los grupos o distritos a dos catequistas de confianza, los cuales, bien entrenados en las cosas de la fe, fueron luego ordenados de sacerdotes en 1668: estos fueron los dos primeros sacerdotes tunkinos. Al año siguiente Mons. La Motte entró en Tunkin y, ocultamente, ordenó otros siete de los seminaristas tunkinos que habían estudiado en el seminario de Bangkok. En 1670 convocó a todos sus sacerdotes, con su Pro-Vicario Deidier, y celebró en Tunkin el primer Sínodo de Indochina, aprobado por Clemente X, en el que se acordaron las reglas a seguir en la administración de los Sacramentos, selección de catequistas que habían de actuar de principales de los distritos, las reglas que se habían de observar en la Casa de Dios y en los conventos de las Amatrices de la Cruz, Congregación indígena fundada por él en Kien-Lao, Nam-Dinh. Más tarde

envió algunos de sus sacerdotes a Manila para que aprendiesen el chino con los de Parian, a cargo de los Padres Dominicos, a fin de que se pudieran encargar después de los chinos en Tunkin.

En 1674 estos sacerdotes volvieron a Tunkin acompañados del P. Leonardo Márquez, dominico italiano que iba de vuelta a su país camino de la India. Mas al ver las ansiedades de los Vicarios Apostólicos ante la falta de misioneros y cuánto deseaban tener misioneros de Manila, volvió éste a la capital filipina con cartas, pidiendo evangelizadores franciscanos y dominicos. El Provincial de dominicos, que andaba entonces por Cagayan, el gran Padre Felipe Pardo (que llegó a ser Arzobispo de Manila y víctima de intrigas indignas), escogió seis de sus religiosos, cuatro para la misión de China y dos para dar comienzo a la de Tunkin; todo ello con la anuencia del Gobernador de Manila. Cuando todo estaba ya dispuesto para la partida, el Gobernador, influído por elementos exclusivistas, cambió de parecer y no quiso dejarles salir: eran resabios de la cuestión del derecho a evangelizar al Japón. Se le había hecho creer que la misión de Tunkin estaba también exclusivamente bajo los portugueses, y por eso no había allí más que misioneros jesuitas hasta entonces. Mas si en el caso de Japón eran los reyes los que pedían misioneros españoles de Manila, en el presente eran los Vicarios Apostólicos franceses quienes pedían misioneros franciscanos y dominicos españoles de Manila; por lo cual el Padre Provincial, Fr. Felipe Pardo, logro que sus religiosos se embarcasen, en 1674, en un navío portugués que les llevó felizmente a Cantón. Los cuatro destinados a China prosiguieron su viaje a Fogan; y los dos que iban a Tunkin, a saber: el Padre Juan Arjona y el Padre Juan de Santa Cruz, tuvieron que esperar bastante tiempo hasta

encontrar barco que les llevase a Tunkin. Presentóse la ocasión de un buque inglés que iba a Siam y Tunkin y en él fueron acogidos y llevados gratis a Tunkin, donde arribaron prósperamente en enero de 1676, donde poco antes habían llegado ya los primeros misioneros, *Ad Exteros*, de París. El tesón y firmeza del Padre Felipe Pardo había hecho posible el comienzo de la Misión, que la provincia del Santísimo Rosario ha venido cultivando con tanta gloria hasta nuestros días.

Las misiones dominicanas en Tunkin ofrecen una historia llena de heroïcidades de aquellos celosos misioneros del tiempo de las persecuciones. La vida individual de cada evangelizador es, de suyo, digna del más cuidadoso estudio, pues que ha tenido que desarrollarse en medio de trabajos sin cuento y hasta de persecución, ya que raro será el misionero de Tunkin, anterior al siglo veinte, que no haya experimentado los efectos de la tiranía real. La propagación del Evangelio, en Tunkin, se ha llevado a cabo en medio de persecuciones, con ciertas treguas de inaplicación de los edictos reales. Las indecibles dificultades por que tuvo que pasar el fundador, Padre Santa Cruz, y los obstáculos que tuvo que vencer hasta verla establecida, hubieran sido suficientes para desalentar a otro de menos temple y espíritu que él. Los demás Padres, que sucesivamente llegaron a aquel campo de apostolado veían en él un jefe incansable, que no cesaba en su lucha contra las fuerzas del mal y que no se arredraba ante tanta oposición, aun cuando tuviera que quedarse solo, abandonado de sus compañeros. En los cuarenta años largos que duró su apostolado en aquella tierra vió crecer, poco a poco, la semilla que él mismo plantara y que, cual grano de mostaza, se iba formando en árbol frondoso, a medida que los obreros evangélicos aumentaban.

Tal crecimiento no podía pasar inadvertido a los paganos y así vino a ser blanco de sus iras. La oposición de los bonzos y de los literatos mandarines llegó a ser el obstáculo mayor a la propagación de la fe y a la estabilidad de las intituciones allí erigidas. Cuando los reyes, mal avisados, decretaban persecución de los Padres europeos, con el fin de encarcelarlos o deportarlos, eran los mandarines quienes, con fines de lucro o de ascenso, se esmeraban en buscar a los ministros del Evangelio para llevarlos a presencia del rey, o del gobernador o también para obtener de los cristianos una sustanciosa suma por su rescate, a costa de los fieles cristianos. De ahí los continuos sobresaltos en que se veían los misioneros a cada instante, temiendo a los mandarines o posibles judas, viéndose así en la precisión de tener que huir, de sitio en sitio, pasando por arrozales, por arroyos, por espesuras y montes, ocultándose en hoyos, entre montones de paja, en barcas maltrechas, llevando, en fin, una vida de perseguidos nómadas en un país extraño. Así es como se sembró la semilla de la buena nueva en este suelo, entre sudores y trabajos sin cuento; y así es como dió fruto de heroicidad, de virtud y de martirio, tanto entre los fieles cristianos como entre los ministros del Señor.

Llegados que fueron, los Padres Arjona y Santa Cruz, diéronse con todo ahinco a aprender la lengua, que lo consiguieron sin notable dificultad. El Padre Santa Cruz había estado en Manila al cuidado de los chinos del Parian y conocía los caracteres chinos y las costumbres de ellos. Puestos los nuevos misioneros en un ambiente tan semejante al de China, quisieron saber de los recién ordenados sacerdotes indígenas (cuya preparación tenía que ser deficiente, dadas las circunstancias de su formación acelerada), a ver si en Tunkin se guar-

daban las mismas observancias y prácticas religiosas que en China; a lo que contestaron que sí. Esto causó asombro a los dos Padres dominicos, lo mismo que al Pro-Vicario Apostólico, Mons. Deidier, quien inmediatamente suspendió a todos los sacerdotes nativos hasta que aquel problema se aclarase. Al ser informados los señores Vicarios Apostólicos de Siam mandaron hacer un cuestionario, que sería sometido a Roma. Mas como esto llevaría muchos meses o quizás años, se acordó, hasta tanto que llegase respuesta de Roma, enviar las 274 cuestiones al entonces oráculo de la Universidad de Santo Tomás de Manila, el Padre Juan de la Paz, quien satisfizo a las preguntas con el aplomo que le caracterizaba.

Esto acrecentó el aprecio en que ya se tenía a los misioneros de Santo Domingo, guardadores tradicionales de la pureza de la fe, por parte de los señores Vicarios Apostólicos. Mas no duró mucho tan favorable disposición. Pasados dos años comenzaron las exigencias desmedidas de los buenos señores Vicarios Apostólicos, a las cuales no se podía acceder sin ir contra derecho; por lo cual tuvo que intervenir Roma, estableciendo normas a las que debían todos atenerse, normas que ponían de manifiesto los derechos de los misioneros regulares. La tenacidad y prudente firmeza con que los misioneros religiosos se habían visto precisados a defenderse, años antes en Japón, para poder evangelizar allí contra la oposición del exclusivismo evangélico, hubo también que ponerla en juego en Tunkin ante la oposición más oculta, pero no menos influyente de las mismas fuerzas, si bien, al fin, igualmente ineficaz.

Por otra parte, los sacerdotes indígenas, ante la rigidez de los misioneros dominicos, que a ellos les afectaba adversamente, se tornaron pasivos, crean-

do un ambiente de indiferencia cuando no de hostilidad. Los Padres de la Compañía y sus catequistas formaban grupo exclusivo. Estos catequistas no solamente despreciaban a los sacerdotes indígenas, sino que no se acercaban a ningún otro misionero que no fuese de la Compañía; y aun cuando sus misioneros fueron definitivamente llamados a Roma, los principales catequistas aconsejaban a sus cristianos no recibir los sacramentos de ningún otro misionero hasta que volviesen sus Padres. Sólo cuando se persuadieron de la inutilidad de su espera, se les pudo convencer de su necio fanatismo y de su deber de ver a Jesucristo en todo sacerdote debidamente ordenado y autorizado para apacentar a los fieles. Esto era repetición de muchos casos que en el primer cuarto de siglo habían acontecido en Japón en las mismas circunstancias.

Fuéles señalado, a los Padres Arjona y Santa Cruz, un distrito en la provincia de Nam-Dinh, donde se entregaron de lleno al ministerio. Al año siguiente, 1677, llegó el Padre Dionisio de Morales. Los decretos publicados anteriormente contra la fe seguían en vigor; de ahí que no podían misionar abiertamente. Los Sres. Vicarios Apostólicos exigían el juramento de obediencia de todos los misioneros, y que éstos se sometieran al cambio de distrito cada tres años; ambas cosas no se compaginaban con los privilegios de los misioneros regulares. De ahí que se les hacía muy difícil el continuar bajo tales condiciones. Por esto los Padres Arjona y Morales determinaron volver a Manila a dar cuenta de la situación y con intención de no volver. Cuando ya estaban para salir fueron delatados por un judas y, presos, fueron llevados a la Corte, siendo sometidos al tormento de los grillos y la canga por bastantes meses, y luego fueron desterrados a Batavia. Estando en el puerto de Hien

pasó por allí un barco de herejes holandeses, en el cual se les obligó a embarcar para Batavia y de allí para Amsterdam. Ocurría esto en 1680, y quedaba sólo en la misión el P. Fr. Juan de Santa Cruz.

En 1682 llegó el Padre Raymundo Lezoli, dominico italiano enviado por la Sagrada Congregación para incorporarse a la Provincia del Santísimo Rosario. Llegó allí en calidad de médico del barco y con ese oficio estuvo por algún tiempo en el puerto de Hien hasta que logró ponerse en contacto con el Padre Santa Cruz, con quien trabajó fervorosamente por espacio de dieciséis años hasta que, en 1698, fué creado Obispo y Vicario Apostólico del Tunkin Oriental. La dificultad de comunicaciones con Manila y, además, la controversia que traían los Vicarios Apostólicos con los regulares, acerca del juramento y cambio de residencia, pusieron a las autoridades de la Provincia en la incertidumbre de enviar misioneros. Cuando, por fin, llegaron a Manila noticias, acerca de las normas de la Sagrada Congregación, en favor de los misioneros de Tunkin, se decidió a enviar, en 1693, otros dos Padres de Manila, a saber: Fr. Antonio Berlain, que murió a poco de llegar (1695), y Fr. Tomás Gurrichégui quien, después de dos años de misionero, volvió a Manila a dar cuenta de las cosas de la misión.

Poco tiempo después, en 1696, llegaron otros dos nuevos misioneros, a saber: los Padres Fr. Pedro Bustamante de Santa Teresa y Fr. Pedro López, al tiempo en que el rey publicaba un nuevo decreto contra la religión de los cristianos. Fueron recibidos estos Padres con la alegría que se puede suponer de los dos dominicos que tan eficazmente laboraban solos, de palabra, por escrito y de obra entre los infieles y cristianos de sus distritos en la provincia oriental. Termina, pues, el siglo XVII, cuando la

misión dominicana de Tunkin se halla con raíces profundamente hincadas, aun cuando no haya en ella más que cuatro incansables apóstoles, que tienen que andar a ocultas y sin ruido por la fuerte persecución que se acaba de desencadenar de nuevo.

1700

A primeros de 1700 mandó la Provincia dos nuevos misioneros, que acababan de llegar de España en una barcada de treinta y siete varones de Dios. Eran estos los Padres Bartolomé Sabuquillo y el italiano Tomás Sextri, que salieron de Manila en enero de 1700 para la misión vía Batavia, Cantón, Hien, llegando a su destino en diciembre de 1701, después de un viaje lleno de peripecias y sobresaltos. Ocultólos el Padre Santa Cruz para librarles de los perseguidores y, además, para que aprendiesen bien el idioma y se hiciesen aptos para el fecundo ministerio que les esperaba. Como los decretos persecutorios seguían en vigor tenían los Padres que andar con el ojo sobre el hombro, pues si bien en unos sitios los mandarines no mostraban mucho celo en cumplirlos, en otros se esmeraban en prender a lo ministros de la fe con miras a un rescate lucrativo a cuenta de los cristianos.

Enterado un mandarín de la existencia de europeos por aquellos distritos se lanzó con una docena de soldados a buscarles en los pueblos más densos, sin lograr su cometido. Los Padres Sabuquillo y López se ocultaron en un caserío remoto, y más tarde alquilaron una barquilla que les lle-

varía río arriba y río abajo, hasta que pasase el furor de la tempestad. En estas andanzas cayó el Padre Sabuquillo enfermo y tuvo que ser llevado al pueblo de Luc-thuy. El Padre López, sintiéndose seguro, se dió, con celo juvenil, al ministerio sin reparo, hasta que, denunciado por un pagano, fué en seguida cogido por los soldados y, llevado al tribunal, fué sentenciado al destierro, siendo embarcado en un navío chino para Batavia, donde burlando la vigilancia de los guardias logró escabullirse y se metió en un barco español que se dirigía a Manila, llegando al convento de Santo Domingo en 1704 y continuando su obra misionera en la provincia de Pangasinán, hasta que murió en 1714.

Por este tiempo surgió una nueva tormenta motivada por un apóstata exjesuita llamado León quien, expulsado de la Compañía por su vida indigna y suspenso *a divinis*, escribió un folleto difamatorio contra los misioneros europeos, en particular contra el señor Lezoli, acusándoles de planear el derrocamiento del Emperador en favor de gobiernos europeos. Llamado a la Corte, para probar su acusación, fué condenado por embustero y falsario, muriendo poco después inesperadamente en medio de su miseria de cuerpo y espíritu. Mas todo esto, añadido a la casi constante persecución gubernamental y a la vida azarosa de escondite que los misioneros se veían obligados a llevar, acabó con la del primer Obispo dominico y Vicario Apostólico, señor Lezoli, en 1706, después de veinticuatro años de misionero en Tunkin.

Al quedar el Vicariato Oriental sin pastor nombró el señor Tournón, en 1707, Pro-Vicario Apostólico al Padre Juan de Santa Cruz, fundador y alma de la misión, la figura más relevante del Tunkin en el primer medio siglo de actividad misional dominicana en aquel país. La confirmación del

nombramiento por la Santa Sede llegó a la misión en 1716.

De nuevo, los operarios evangélicos quedaban reducidos a cuatro veteranos avezados a las persecuciones y contratiempos, hechos a una vida de nómadas, con residencia nominalmente fija, realmente flotante. Quizá esa misma inestabilidad favoreciese a la propagación de la fe y a fortalecer a los cristianos débiles y ateridos. Si en medio de fuertes persecuciones no cesaban estos fieles pastores de apacentar su rebaño con la palabra divina y la gracia de los sacramentos, en tiempo de paz redoblaban aún más sus esfuerzos y se entregaban sin reposo a alentarlos y a sostenerlos firmes en la santa ley de Dios. Las listas que anualmente enviaban a Manila, acerca de la administración de los sacramentos, revela una labor sin tregua. Los interregnos de relativa inacción, por parte de los mandarines, los aprovechaban los misioneros para reorganizar las cristiandades, reconstruir iglesias y residencias y reparar los destrozos causados por la borrasca persecutoria en todos sus distritos. Tal fué el período de dos años, desde la muerte del rey, en 1709, hasta que su sucesor, en 1712, publicó otro edicto, cuya finalidad era el total aniquilamiento de la religión cristiana en Tunkin.

De nuevo el infierno vomitaba todo su furor contra la religión del Salvador, contra sus ministros y seguidores. Se ordenaba en dicho decreto la destrucción de todas las iglesias y demás lugares y objetos de culto cristiano. Los misioneros europeos deberían ser apresados y llevados a la Corte del rey. Este edicto causó pánico y consternación entre los cristianos. Los misioneros procuraron ocultarse como pudieron. Los catequistas y cristianos que caían en las redadas eran llevados a la Corte donde, a menos que renegasen, se les propinaban

duros tormentos, entre ellos los veinte o cincuenta martillazos acostumbrados en las piernas, el llevar quemada en la frente, con hierros candentes, la señal de la cruz. Los dos Obispos franceses, que estaban en el puerto de Hien disfrazados de mercaderes, fueron apresados y desterrados a Siam; lo cual apocó de tal manera a los cristianos que el Padre Sabuquillo no encontraba quién de ellos le diese alojamiento, por lo que tuvo que meterse en un sampán y vivir en el río con guisa y oficio de pescador. Los soldados que llevaron a ejecución tal decreto destruyeron, en el vicariato oriental, a cargo de los Padres dominicos españoles, ciento sesenta y cuatro iglesias y capillas, quedando en pie tan sólo una, que fué a tiempo convertida en vivienda por los cristianos. Los libros y objetos religiosos quemados y destruidos fueron innumerables. Más de trescientos cristianos, que valientemente confesaron la fe, fueron sellados a fuego con la insignia de la cruz. Fué una borrasca devastadora que fortaleció a los fuertes y desconcertó a los débiles, entre los cuales hubo apóstatas.

Dos fueron las consecuencias más notables de esta persecución del rey An-Wuong de 1712, a saber: el mejoramiento de los cristianos y el reconocimiento de la divina Providencia en los castigos que se siguieron. Respecto de los cristianos, difícil sería exagerar el efecto saludable que causó en ellos aquel celo ardiente de los misioneros, buscados con tantas ansias por los esbirros del rey y, sin embargo, tan firmes en su labor e incansables en la administración de los sacramentos, a pesar de las repulsas que recibían de otros cristianos, tímidos, al negarles alojamiento por miedo a ser denunciados a los soldados del rey; huyendo de un sitio a otro, de pueblo en pueblo, de sementera en sementera, de una barquilla a otra, a fin de aguantar y

sobrevivir aquella devastación hasta que llegasen nuevos operarios. El Padre Sabuquillo nos cuenta cómo después de habérsele negado posada en varios sitios una pobre viuda le alojó en un junco en el río por espacio de un mes, ocultándose debajo de las tablas aguadas cuando los sabuesos del rey rebuscaban todos los rincones para encontrarle, hasta que fué recogido por los cristianos de una sembrera de Ke-sat. Si por el día tenían que andar a sombra de tejado, por la noche se dedicaban a administrar los sacramentos a la luz de las estrellas.

El Padre Provicario Apostólico, Juan de Santa Cruz, visitaba su vicariato en las sombras de la noche enviando secretamente un catequista por delante para anunciar a los cristianos su venida y el lugar de junta a la vera del río, donde pasaba la noche confesándoles y alentándoles hasta las tres de la mañana, hora en que les decía misa y les daba la Santa Comunión, retirándose luego a su sampán para ocultarse durante el día entre los arbustos de la ribera o entre la maleza de los arroyos o arroyales.

De esta forma, aquellos cuatro denodados misioneros de Santo Domingo administraron durante aquel año azaroso más de 6.500 confesiones; 570 bautizos de adultos, y 300 de párvulos y 265 extremaunciones.

El ejemplo de aquellos 304 cristianos que fueron sellados en la frente por no renegar de su fe, esforzó a otros cristianos y atrajo a muchos gentiles a interesarse en la fe. Testimonio valiente fué el de aquel literato cristiano que ante el tribunal que le interrogaba escribió la siguiente declaración: "Soy y he sido siempre leal a mi rey. Le obedeceré siempre que sus mandatos no contradigan a las enseñanzas de mi Dios. Mas si queréis que yo quebrante los

mandamientos del Rey de reyes, que es el rey a quien yo adoro, os aconsejo que no perdáis el tiempo, pues nunca lo haré". El P. Pedro Bustamante de Santa Teresa nos refiere cómo, efecto de este ejemplo de valentía, se le acercaban los paganos pidiéndole instrucción religiosa para bautizarse.

Tan asoladora persecución no podía menos de ser para muchos paganos presagio de grandes calamidades y de ruidosos desastres. En verdad que no tardaron en llegar. A la destrucción de las iglesias siguió un revuelo general, y los campos mal atendidos, dieron poco fruto. El hambre se adueñó de las poblaciones y la gente moría por centenares; tanto, que refiere el mismo P. Bustamante que no daban a basto a enterrarles. De aquí se produjo una peste que mataba por miles en todas partes.

En 1714, una inundación sin precedente anegó gran parte del reino, pereciendo gente sin cuento. En tal confusión, los desórdenes estaban a la orden del día; robos, incendios, raptos, asesinatos se perpetraban impunemente. Los soldados se tornaron en bandas de forajidos, y nadie era capaz de imponer la ley que restaurase cierta apariencia de paz elemental para poder existir. Los mandarines de entonces calcularon las muertes durante los tres años, del 1712 al 1714, en una tercera parte de todo el reino de Tunkin; y esto lo atribuyeron a la persecución contra los cristianos. A esto siguió un período de tregua o de inacción persecutoria, mientras se restablecía una semblanza de orden.

En medio de tanto desastre el celo apostólico de los misioneros se desbordaba en favor de sus ovejas. En 1713 y 14 bautizaron a mil cuatrocientos cincuenta y tres adultos, y mil trescientos tres párvulos; oyeron diecinueve mil quinientas sesenta y una confesiones; dieron mil veintiocho extremaunciones; solemnizaron trescientos diez matrimonios,

EL P. JUAN VENTURA DIAZ, O. P.

y recibieron de nuevo a unos dos mil quinientos apóstatas. La cosecha era consoladora para los cuatro varones de Dios, cuyo única ocupación era ganar almas para su Divino Maestro.

Tal es el estado de la misión Dominicana de Tunkin al tiempo en que la Provincia del Santísimo Rosario comienza a enviar más y más refuerzos con cierta regularidad; tal es el estado de la misión a la llegada del Padre Fr. Juan Ventura Díaz, de cuyo apostolado más nos valdrá colegir que averiguar, por el manuscrito que a continuación ofrecemos, escrito pocos años después de su muerte, en el cual se describen brevemente los acontecimientos de la misión, año por año, cubriendo así los nueve que este humilde apóstol dominico montañés gastó en servir a Dios entre infieles hasta que cumplió su cometido en esta vida, según los divinos designios.

Manila, Filipinas, agosto, 4-1956.

Fr. Honorio Muñoz, O. P.

III

El Documento

Por fortuna poseemos este fragmento, de un documento histórico inédito, acerca de las Misiones Dominicanas en Tunkin. Es uno de los varios que fueron escritos en el primer cuarto del siglo XVIII en obediencia a las ordenaciones de los Capítulos Provinciales de 1606, 1617 y 1619, en que se mandaba *stricte in meritum sanctae obedientiae omnibus fratribus* que pusieran por escrito las cosas notables de nuestros Padres, cosas que vinieran en conocimiento suyo y que las mandasen a Manila, para servir a la Historia de la Provincia que se iba, poco a poco, redactando.

El documento, del que este fragmento forma parte, parece ser fruto de la lectura y estudio de otras *Relaciones* de distintos Padres de la Misión de Tunkin. Está escrito en forma de crónica, año por año, relatando los principales sucesos en que los misioneros tomaron parte. Aun así es incompleto. Carece este documento de gran mérito literario y, a pesar de que parece haber sido escrito poco después de la Relación del Padre Bustamante de Santa Teresa, no tiene ni el gracejo, ni el humor, ni la felicidad de expresión de éste. No obstante, por

la parte que nos toca, describe la situación política y misional del Tunkin durante los años en que misionó el Padre Ventura Díaz, razón por la cual hemos entresacado los nueve años de su apostolado (1715-1724), dejando el resto, que no nos concierne directamente ahora.

El autor

Acerca del autor de esta crónica misional nada hemos podido hasta el presente averiguar. Por argumentos internos de dicho trabajo sabemos que se han utilizado las dos Relaciones del Padre Santa Teresa y del Padre Sabuquillo, mencionándonos también la del Padre Santa Cruz, todas ellas existentes en el Archivo Provincial, y la primera de las cuales ha sido ya publicada íntegra en esta serie. También nos dice, en el folio 62, que tiene el plan de escribir "las cosas de la Misión de China"; lo cual nos induce a creer que el autor compuso su historia, no precisamente en el campo de los acontecimientos que relata, sino en Filipinas, probablemente en Manila.

Por otra parte, en el folio 25, dice: "tenemos cada ministro dos o tres catequistas". De lo cual podriase legítimamente inferir que el autor redactó su escrito en Tunkin o por lo menos que había misionado allí. Mas a juzgar por los misioneros que allá fueron y salieron en desazón, y comparando las fechas de los mismos, contra la probabe en que se escribió éste, nos vemos inclinados a creer que el autor no pisó tierra tunkina.

La Fecha del Documento

Aunque no podemos precisar la fecha exacta, sin embargo, es posible determinar un período mínimo en que tuvo que ser escrito, basándonos en el mismo manuscrito. Desde luego, habla el autor del P. Vereá, quien "vive hoy todavía". Este Padre estuvo en Tunkin desde 1719 hasta 1723, año en que salió para Filipinas, donde murió en 1758. Se habla, como hemos dicho, de la Relación del Padre Santa Teresa, la cual fué redactada en 1721. Se dice también, en el folio 24, que "el Padre Sextri, *hoy día* Vicario Apostólico", estaba en Tunkin. Este Padre fué nombrado Vicario en 1717 y fué consagrado Obispo por Mons. Moliner, en Chensi, China, en 7 de marzo de 1719, y murió en 1737. Finalmente, dicha crónica llega hasta el año 1725.

De todos estos datos colegimos una fecha cierta, a saber: que no fué redactada después de 1737; y que probablemente fué terminada con el último año que historia, 1725, exactamente un año después de la muerte del Padre Ventura. El ser contemporáneo de los misioneros, cuyas actividades describe, hace que sus asertos sean veraces, sus juicios bien formulados e incluso sus anécdotas auténticamente relatadas, según las sabía de primeras fuentes.

Aunque en él nos habla poco del Padre Ventura Díaz bien se puede colegir, por lo que dice, la mucha virtud de aquel joven misionero, casi desconocido, que rindió los frutos más sabrosos de su juventud en tierras tunkinas, sucumbiendo en la brecha cuando apenas cumplía sus treinta abriles.

IV

A ñ o 1715

**De los sucesos de este año y llegada de los
Padres Fr. Eleuterio Guelda y Fr. Juan Ventura
Díaz a aquella Misión (1)**

Aunque es verdad que este año aún se continuaba la persecución, y perseveraba fijo en las puertas del real palacio el decreto prohibitivo de nuestra santa fe, pero no era con tanto rigor, y así la persecución se iba mitigando; con lo cual los cristianos podían juntarse con alguna más libertad a hacer sus santos ejercicios; y los Padres podían ya celebrar las fiestas solemnes con más concurso de cristianos; pero siempre con cautela y prevención corrían también las cristiandades, y los cristianos los recibían sin temor. Proseguía todavía el contagio de la epidemia y eran muchos los gentiles que se convertían a nuestra fe, y el concurso de los cristianos mucho mayor. Pero como la prohibición de nuestra santa ley siempre perseveraba, era neces-

(1) Archivo Prov. Mss. Tomo 235. Becerro; fols. 59-87.

rio valerse para el resguardo de alguna prevención para acudir y socorrer a los cristianos; y así, cuando salían de día a administrar, llegando a la aldea, primero se escondían en un barquillo que tenían prevenido en el río, y luego, llegada la noche, se entraban en las aldeas y lugares, y de esta suerte podían cumplir con su ministerio. Los ministros y mandarines no hacían ya este año tan exactas diligencias en buscar de misionarios cristianos, pues con las plagas que estos años habían experimentado y con la epidemia que, según dijimos, aún se continuaba con gran estrago, parece que estaban algo atemorizados; y aunque en lo público no confesaban estar convencidos de lo que padecieron y aún este año estaban padeciendo, es castigo de Dios por la persecución; en la ejecución parece lo demostraban, pues este año se había ya serenado la tormenta, mas no por eso los misionarios se atrevían a andar descubiertos, y así continuaban su administración de noche y en la misma forma que en los años pasados. Y aunque parecezca ponderación se puede atribuir a milagro el estar los Padres con vida, así por el trabajo tan pesado y continuo como por lo grave de la epidemia, de la cual raro o ninguno se libró; y los Padres (gracias a Dios), andando continuamente entre apestados, cada día estaban más fuertes y robustos.

A los quince de julio de este año llegaron a aquella Misión los dos nuevos misionarios de nuestro hábito: el Padre Fr. Eleuterio Guelda y el Padre Fr. *Juan Ventura Díaz*, que enviaba de socorro nuestra Provincia del Santo Rosario de Filipinas, y el año antecedente habían llegado a estas islas, los cuales estaban bien deseados de nuestros misionarios y eran bien menester en aquella Misión; pues los cuatro solos, antiguos, habían cargado en aquel tiempo, tan revuelto, el trabajo de la asistencia a

más de ciento cincuenta iglesias, de las cuales muchas tenían más de ochocientas almas de confesión, otras seiscientas, algunas ciento, y la que menos cincuenta, sin contar muchos catecúmenos que había en todas ellas. Estas iglesias se entiende en lo formal de cristianos; porque templos y oratorios sólo se habían podido reedificar este año cuatro de los más principales, y entre ellos nuestra iglesia de Santa Rosa de Trulling, que todo el pueblo es de cristianos, y en él asistía nuestro Rvdmo. Vic. Ap. Fray Juan de Santa Cruz, quien en la Semana Santa de este año celebró todas las funciones eclesiásticas con la decencia que permitía la pobreza en que había quedado toda esta Misión con la persecución tan cruel como continua; pero la celebró con la asistencia de más de mil quinientos cristianos, que estuvieron velando al Santísimo Sacramento el día de Jueves Santo con grandísimo fervor, devoción, gozo y consuelo, por haber más de dos años que no se podían juntar de día en público a hacer los ejercicios cristianos.

Los dichos Padres Fr. Eleuterio y Fr. Juan hicieron su viaje a aquella Misión en compañía de otros dos religiosos que la Provincia enviaba a la Misión de China, conducidos todos en un patache portugués que hacia viaje al emporio de Cantón. Llegados todos allí con felicidad, los Padres tunquines emprendieron su viaje por tierra. Salieron de Cantón y caminaron hasta la ciudad de Nangan, que está en la provincia de Kiansi; y de aquí, atravesando la provincia de Tukuang, que confina con el reino de Tunkin, llegaron prósperamente a dicho reino, donde fueron recibidos con suma alegría y contento de los nuestros por hallarse bien necesitados, pues solos eran tres y el señor Santa Cruz, que estaba muy viejo.

Los dichos Padres, luego que llegaron a la Mi-

sión, enfermaron gravemente; pero, gracias a Dios, de allí a poco fueron mejorando, y a fines de este año comenzaron a administrar, y para ello sólo se les pudo asistir con un cáliz de estaño a cada uno, y un ornamento muy maltratado y viejo, porque con tan grave y continua persecución, los más ornamentos que había en las iglesias, principalmente los vasos sagrados que había de plata, todo se perdió; y lo que en esto más sentían los Padres era: que hubiesen pasado en manos de gentiles.

Al Padre Bartolomé le sucedió este año un caso bien particular. Estando dicho Padre escondido en su barquillo, el cual tenía varado en un río distante como media legua de una atalaya de soldados, aconteció la noche antecedente que dos ladrones, que estaban presos en la misma atalaya, se escaparon y huyeron. Los soldados, por la mañana, tomando un barco de pescadores, venían río abajo buscando los ladrones y registraban todas cuantas embarcaciones encontraban. Llegaron donde estaba el Padre con sus catequistas y dijeron:

—Registremos este barco, pues todos parecen hombres y no se ve mujer alguna, y la traza es de ladrones.

Esto dijeron los soldados con determinación de registrar el barco del Padre. Pero el dueño del barco, que conducía a los soldados, y era cristiano, de repente y, sin duda, alumbrado de Dios, dijo a los soldados:

—Señores, yo conozco este barco muy bien, y toda es gente honrada ni en él hay ladrón alguno, y así no hay para qué cansarse en registrarle.

Los soldados, sin escrúpulo alguno, le dieron crédito y pasaron adelante sin registrar el barco. En lo cual se ve la especial providencia de Dios, que milagrosamente conserva a aquellos Padres, librándoles de tantos peligros para el socorro de aquellas

pobres almas; pues es cierto que, si aquel pescador no fuera cristiano o Dios Nuestro Señor no le moviera para en esta ocasión detener a los soldados con sus razones, de hecho registrarán el barco, y al Padre y sus catequistas con los mozos y ornamentos sin remedio les prendieran, y llevados a la Corte los pusieran en la cárcel.

Después de algunos días, encontrándose el Padre Bartolomé con el dicho pescador le preguntó:

—¿Cómo pudo conocer que aquel barco era del Padre, pues nunca le había visto; y luego que no conocía tampoco al Padre ni a sus mozos?

Y respondió que de repente, sin saber cómo ni de qué manera Dios le alumbró y conoció ser el barco del Padre; y, por tanto, procuró divertir a los soldados para que no le registraran.

Los adultos bautizados de este año fueron setecientos treinta y cuatro; los párvulos mil; los apóstatas, reducidos a nuestra santa fe, fueron seiscientos cuatro.

A ñ o 1716

De los sucesos de este año y de algunos
casos que pasaron en la Misión

Grandemente se iba aumentando este año aquella viña del Señor, pues fué Dios servido de continuar la serenidad que el año pasado habían comenzado los Padres a experimentar, con los muchos infieles que, dejados sus errores, se convertían a nuestra santa fe, y multitud de apóstatas que, compungidos, cada día se reducían.

En lo tocante a la persecución, aunque los misionarios se mantenían ocultos, por estar aún fijo en las puertas del palacio real el decreto prohibitivo de nuestra santa fe, no obstante, el rigor no era tanto como antes. Las iglesias y oratorios que se reedificaban eran muchas, y algunas mayores y en mejor disposición que las que había antes de la persecución, aunque las más las hacían de madera y otras de cañas. Pero era de admirar la devoción de aquellos pobres cristianos; pues en muchos pueblos ellos mismos, habiendo quedado sumamente nobres, luego que reconocían alguna serenidad en la persecución, se mostraban tan animosos, que

ellos mismos, de su propia voluntad, las edificaron sin ser para ello requeridos de los misionarios; los cuales administraban y socorrian aquella cristiandad con bastante paz y quietud, celebrando y haciendo sus funciones de fiestas y solemnidades con grande y numeroso concurso de cristianos.

Este año llegaron a aquel reino y Misión dos clérigos misionarios y de nación franceses, enviados por el seminario de París, cuyos nombres eran don Pedro Orber de San Gervasio y don Francisco Condiar, varones verdaderamente apostólicos, los cuales, habiendo salido en un navío francés de la ciudad de Manila, lograron próspero viaje hasta la ciudad y puerto de Cantón, y de allí fueron conducidos con felicidad hasta la Misión, y luego procuraron instruirse en la lengua para ejercitar su santo celo en la predicación del santo Evangelio.

Habían traído estos señores, de Europa, muchos rosarios, medallas, estampas y otras cosas de devoción, de lo cual hicieron participantes a todos los misionarios de nuestro hábito, en atención a que el socorro que de todo esto les enviaba la Provincia y había entregado a dichos señores en Manila, fué embarcado por un mandarin gentil de una ciudad china, sin haberlo podido rescatar aún habiéndole ofrecido bastante porción de plata por medio de unos cristianos, conductores de dichos señores franceses a aquel reino.

Es imponderable la devoción de todos aquellos cristianos con el rosario de Nuestra Señora; por lo que piadosamente se puede creer que la Reina de los Angeles, con especialísima providencia, asiste y multiplica aquella cristiandad; y, por lo tanto, pondremos aquí algunos casos que sucedieron este año. El primero fué en el mes de abril, y es del tenor siguiente:

Una cristiana recién convertida y afectísima a

esta santa devoción tenía un rosario que le había dado el Padre cuando la bautizó, y rezándolo todos los días, uno de ellos, sin saber cómo, se le desapareció; y habiendo hecho exquisitas diligencias para buscarlo, no lo pudo hallar, por lo que ella, muy afligida y pesarosa, puesta de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora, le pedía, con gran devoción y lágrimas, que le volviese su rosario; y habiéndose quedado dormida, a breve rato despertó, sintiendo una cosa muy fría que le pasaba por los pechos y garganta, y abriendo los ojos encontró entre sus pechos un ratón todo mojado y lleno de lodo que en la boca le traía el rosario, con lo que ella quedó muy consolada y más afecta a esta santa devoción, y en la creencia de que Nuestra Señora, la Virgen María, había oído sus ruegos y la había socorrido y vuelto su rosario.

El Padre Bartolomé iba con su barquillo dando vueltas por el río, socorriendo incesantemente a los cristianos y sucedió que, al pasar por una atalaya de soldados, le detuvieron el barco, diciéndole lo querían registrar. Traía consigo los catequistas y los ornamentos y otras cosas de religión. Dábanse ya por perdidos si Dios Nuestro Señor no lo remediara. Resignado, pues, en su divina voluntad y con una gran confianza en la Virgen Nuestra Señora; después de haber los soldados detenido el barco un gran rato, bajaron dos de ellos al registro. El bendito Padre se tendió en el barco y mandó luego a los mozos le cubriesen con sus vestidos para no ser visto. Apenas los soldados entraron en el barco, luego preguntaron si había allí algún extranjero. Respondieron los mozos: que los que venían allí eran unos mercaderes que iban a sus empleos. Con esta respuesta y ofreciéndoles un poco de vino los divirtieron, y entonces dijo uno de los soldados: no registremos este barco; volvámonos a la atalaya y

dejemos que prosiga su viaje. Dicho esto luego se fueron dejando al Padre y a todos los que venían con él muy alegres y contentos; de lo que dieron muchas gracias a Dios y a la Virgen Santísima por haberles librado de tan grande peligro.

Adultos bautizados, mil trescientos y cinco; párvulos, mil seiscientos y sesenta y cuatro.

VI

Año 1717

De los sucesos de este año y de la prisión del P. Eleuterio Guelda

Habían gozado los ministros evangélicos y la cristiandad de bastante paz este año a los principios, como los dos años antecedentes; pero la inconstancia de este reino es como su situación, la cual, siendo por la mayor parte de los pantanos, como lo más es agua y está sujeta al influjo de la luna, parece que los tunkines participan de la variedad y inconstancia que trae consigo el influjo de este planeta. Porque de tal suerte se revolvieron las cosas, renovándose la persecución contra nuestra santa fe que, la bonanza y serenidad que en lo tocante a ella se comenzó a experimentar en los dos años antecedentes, en este se convirtió en guerra y persecución más cruda. Porque los gentiles, con los espolios que habían cogido de las iglesias, parte por codicia, parte por aborrecimiento de nuestra santa fe, y parte porque ya se hallaban libres de las plagas, que en los años antecedentes habían padecido, todo porque Dios Nuestro Señor lo permitió para ejercicio de estos pobres cristianos, se enfu-

recieron de nuevo contra los misionarios y cristianos con más rigidez y crueldad que hasta aquí.

A los principios de mayo prendieron al Padre José, tunkín, con todos sus catequistas y ornamentos; y todos con grillos y troncos y cepos en los pies fueron llevados a la Corte, donde se mantenían en prisión muy rigurosa.

Por el mismo mes de mayo, día de la Ascensión del Señor, sucedió la prisión del P. Fr. Eleuterio Guelda, en la aldea de Namlang, por una tropa de gentiles, cuyo caudillo (según se decía) quería hacer méritos con esta acción para obtener un mandarinato; pero al tiempo de ir a poner prisionero a dicho Padre, muchas mujeres cristianas acometieron, con valor más que varonil, a los gentiles y libraron de sus manos al santo Padre, que salió de la refriega cuasi desnudo. Quedaron los gentiles con la presa de sólo el breviario y un muchacho cristiano que le ayudaba a misa. Después prendieron a diez mujeres y tres hombres cristianos y el ornamento de decir misa y crismas que hallaron en casa de uno de ellos, y todos fueron llevados con prisiones a la Corte, donde les atormentaron con azotes y otro género de tormentos, que es de mazas en las rodillas y tobillos, con lo que quedan descoyuntados. Pero en uno y otro tormento estuvieron los más de ellos muy constantes en la confesión de la fe, y por ello fueron herrados en la frente con cuatro letras o caracteres, que quiere decir en nuestro idioma; profesión de la ley de los portugueses.

Dos de los cristianos renegaron a fuerza de los tormentos, y luego fueron libres de la prisión, en la cual perseveraban los otros por empeño de un tío del rey, gran perseguidor de la fe, el cual les tenía amenazado de que si no descubrían dónde estaba dicho Padre, o los parajes en donde solía residir, les había de quitar la vida. Por la cual fué preciso

retirar al dicho Padre Eleuterio al pueblo de Kessat, que es todo de cristianos, y en la provincia oriental, la más remota de la Corte. Pero estaban los PP. con tal pobreza que ni aun con un cáliz de estaño se hallaban para poderle proveer, y sólo le pudieron socorrer con breviario romano y muy viejo. El dicho Padre Eleuterio decía después que estaba muy contento y consolado en aquel paraje, y que sólo tenía el sentimiento de la prisión de los pobres cristianos que habían sido atormentados por su causa; y a éstos y a todos los demás que fueron presos en varias ocasiones procuraban los Padres asistirles con todo lo necesario a su sustento y consuelo por mano de un mandarín cristiano, oculto en la Corte.

Todo aquel distrito donde administraba el Padre Eleuterio, con este golpe quedó perturbado y con gran persecución, aunque es verdad que en las demás partes y distritos administraban los Padres con mucha paz.

El Padre Fr. Bartolomé este año mudó su sitio y habitación pasándose a otro cerca del mar, en la provincia austral. Al partirse todos aquellos cristianos de la provincia oriental hicieron muchos sentimiento, en que manifestaron un corazón pío y afectuoso a su ministro y Padre espiritual, en lo cual los cristianos tunkines se esmeran, tratando siempre con grave veneración y reverencia al Padre. Este mismo año, estando aquí en su distrito el Padre Fr. Bartolomé, sucedió que dos de sus mozos hubieron de pasar por un templo de ídolos, el cual al mismo tiempo estaban renovando unos gentiles. Conocieron luego a los mozos del Padre y, dando sobre ellos, les quitaron cuanto llevaban, libros de la fe, rosario y medallas, y luego los pusieron en prisión para entregarlos al Gobernador de la provincia. Pero fué Dios servido que aquella mis-

ma noche unas piadosas mujeres cristianas, con gran maña, los sacaron de la cárcel y los pusieron en libertad.

A los últimos de este año el M. R. P. Fr. Tomás de Sextri recibió las bulas de Su Santidad el señor Clemente XI en que le nombraba y constituía Obispo de Misa en la Grecia.

Los baptismos que este año administraron los seis ministros de nuestro hábito con el Revmo. Vic. Apostólico Fr. Juan de Santa Cruz, son los siguientes: adultos, novecientos y cincuenta y dos; párvulos, dos mil y cincuenta.

VII

Año 1718

De los varios sucesos y noticias de este año

La persecución se continuaba todo este año para con los misionarios y cristianos y contra toda aquella lucida misión con más rigor; pero cuanto más perseguida de los infieles, tanto más crecía y se aumentaba. Y aunque el decreto real prohibitivo de nuestra santa fe aún permanecía fijado en las puertas del palacio, con todo, nuestros misionarios, alegres siempre en el Señor, y aunque por el día escondidos por la furia de la persecución, por las noches discurrían por aquellas aldeas trabajando incesantemente, administrando sacramentos y repartiendo el pan de la doctrina evangélica a aquellas almas tan necesitadas.

Cinco meses estuvieron los Padres escondidos sin saber los unos de los otros y saliendo de noche con más cautela que nunca por causa de haberse puesto muchas espías en las riberas de los ríos para prenderlos; pero Dios Nuestro Señor fué servido de librarlos.

Se logró este año en la mayor parte del reino

una gran cosecha de arroz, con lo cual se volvió a encender el contagio de la epidemia, siendo muchísima la mortandad de gente; y se discurrió fuese la causa el que como estaban los tunkines tan sumamente faltos de alimentos, quisieron este año saciar su mucha hambre con el arroz cuando aún no estaba de perfecta sazón. Pero por otra parte, parece que fué aviso de Dios, porque a fines de este mismo año se dieron por entendidos los ministros de la Corte mandando quitar las espías que tenían puestas para prender a los misionarios. Y a los cristianos que estaban presos en la Corte habiéndoles azotado segunda vez y mandadó que en adelante fuesen más obedientes a los mandatos del rey, los dieron por libres, sólo con el cargo o multa de ciento y cincuenta pesos por el rescate de todos que pasaban de cuatrocientos, con lo cual quedó aquella cristiandad algo más quieta.

El socorro del año pasado (1), que se perdió por haber dado en manos de gentiles, el cual enviaba la Provincia a la Misión de Tunkin por medio de los dos misionarios franceses, este año fué Dios servido que lo recibiesen los Padres todo, sin faltar cosa alguna de las que contenía la Memoria remitida por el M. R. P. Provincial. Y es digno de ponderación que habiendo estado dicho socorro casi dos años embargado entre aduanas de ciudades gentiles en el

(1) Solían los Padres de Manila enviar a las Misiones incipientes socorro pecuniario o en especie, principalmente cuando se trataba de objetos de culto. Esta ayuda procedía de las limosnas que se recogían de los fieles, especialmente de los españoles de Manila, para dicho fin. A veces llegaba este socorro a su destino, otras veces no, o se retrasaba meses y aún años. Mas siempre era recibido con la gratitud que se puede suponer de unos misioneros que entre paganos estaban faltos de muchas cosas necesarias al culto divino.

imperio de China, corriendo de unos a otros la confesión que en la primera aduana tomaron a los cristianos que lo conducían, sólo con esta diligencia fué conducido por los mismos gentiles hasta llegar a manos de un mandarín, también gentil, que está en los confines de este reino, el cual habiéndolo recibido y tenido en su poder algunos meses, por último avisó a los Padres pidiéndoles que señalasen pueblo donde quisiesen que se trajese y que él lo enviaría, con condición que no le descubriesen con los ministros de la Corte, y que se acordasen de él para hacerle participar de alguna cosa de Europa. Con esta diligencia lo recibieron los Padres y se socorrieron de lo más preciso que les faltaba, que era vino para celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, aras consagradas, cálices, corporales y hierros para hacer hostias. Con lo cual dieron gracias a Dios Nuestro Señor que en tiempo de mayor angustia y tribulación sabe socorrer a los pobres y afligidos.

Este mismo año, seis religiosos de los que el año antecedente de 17 habían llegado a Manila conducidos en el galeón *Santo Cristo*, a cargo del R. P. Fr. Pedro de la Peña, salieron en un patache portugués que hacía viaje para Macau. Los cuatro iban para la Misión de China; y los otros dos, que eran el Padre Fr. Alonso de Santo Tomás y el P. Fr. José Valerio, para la de Tunkin; los cuales habiendo llegado prósperamente a la ciudad de Macau, se hospedaron en el convento que allí tiene la Orden, de cuyos religiosos fueron recibidos con gran caridad y agasajo. Varios fueron los medios y caminos que nuestros religiosos buscaron para ver si podían entrar en sus misiones; pero todo fué trabajar en vano. (La causa la diremos a su tiempo, cuando se escriban las cosas de la Misión de China). Por ahora basta decir que todos seis religiosos estuvieron detenidos o presos en Macau, pasando varios trabajos

y vejaciones, desde los últimos de febrero, que fué cuando llegaron allí, hasta principios de mayo donde, desesperados de poder lograr el fin a que venían, se vieron precisados a volverse a Manila en el mismo barco que habían sido conducidos a Macau.

El señor Obispo don Tomás Sextri se determinó a salir de Tunkin y ver si en traje de marinero podía introducirse en el referido barco y pasar a Manila a fin de ser consagrado por el ilustrísimo señor Arzobispo metropolitano de aquellas islas para después volver a aquella Misión y consagrar al señor Santa Cruz que, por su mucha edad, no podía emprender este viaje; lo cual pudo conseguir dicho señor Sextri por medio de un capitán francés llamado monsieur Rog, natural de Samalo, quien estaba con su navío dando fondo junto a una isleta no lejos de Cantón, esperando ocasión o fortuna para cargar su navío y partirse para Europa. Este capitán trajo al señor Sextri en su barca acompañándole él mismo por las bocas del Tigre hasta Macau.

Venía dicho señor vestido de marinero y con el mismo traje saltó en tierra y juntamente con un cristiano tunkin, que le acompañaba, se fué a la casa de los señores don Savino Mariani y don Andrés Candela, y allí estuvo oculto hasta la misma noche de la partida del barco portugués que había de conducir otra vez los dichos seis Padres a Manila, a los que estando ya embarcados vino a visitar el señor Conde de Lizárraga que pocos días antes había aportado en Macau huyendo de la furia del Gobernador de Manila. En la misma noche vino también a bordo en traje de marinero el señor Sextri. Y luego llegado a la mañana se hicieron a la vela y sin haberles sucedido azar que de contar sea, a los principios de junio llegaron a Cavite; pasaron a Manila y hallaron electo al nuevo Provincial, Fr. Juan de Archedera, quien confirmando lo que el R. P. Vi-

cario General Fr. Juan Caballero había antes determinado en orden al destino de los religiosos para las misiones de China y Tunkin, quedaron los mismos determinados para dichas misiones; sólo con la diferencia que para la misión de China se mudó uno de ellos, que fué el P. Fr. Juan Alvarez, y en su lugar determinó nuestro P. Provincial al P. Fr. Eusebio Oscot.

Como cosa de cuatro meses estuvieron dichos religiosos esperando un barco que disponían los españoles para enviar a China (era este barco del general don Fernando Angulo). Dispuestas, pues, las cosas, el día 11 de octubre corriendo el mismo año de diez y ocho, se embarcaron todos seis religiosos juntamente con nuestro Rvmo. Sextri, quien no habiendo podido conseguir el consagrarse en Manila, se determinó pasar a China a consagrarse por alguno de los señores Vicarios Apostólicos (venía por capitán de dicho barco el célebre don Juan Gainza). Emprendieron, pues, su viaje, el cual, aunque fué feliz, en cuanto a conseguir todos los religiosos entrar en sus misiones, pero en cuanto a la navegación no fué feliz como el antecedente. Porque salidos de Cavite, al otro día, estando aún dentro de la bahía de Manila les cogió una recia tempestad que aguantaron dos días en que estuvieron para perderse; pero sosegada la tormenta, prosiguieron su viaje, y habiendo montado a Vigan, emprendieron la travesía y en menos de tres días se pusieron a vista de los montes de China. Acometieron la boca de la isla Sanchoan o de San Francisco Javier, que lograron entrar con toda felicidad, y navegando así a Macau, en una ensenada que dicha isla forma sobre la izquierda, descubrieron un barco y llegándole a reconocer hallaron ser chinas que estaban haciendo forraje de leña y otros bastimentos para llevar a Cantón. Y habiéndole concertado por medio de un ne-

gro que traían los Padres por intérprete, partieron sin entrar en Macau para dicha ciudad de Cantón, en donde fueron recibidos con mucha caridad por el reverendo Padre Fray Pedro Muñoz, que estaba por Presidente de la iglesia que allí tenía antes nuestra Provincia.

Los Padres chinas dispusieron luego su viaje para Chiangcheu; y los PP. Fr. Alonso y Fr. José se detuvieron algunos días en Cantón hasta tener dispuestas sus cosas. Y habiendo ajustado su viaje, partieron luego para su misión de Tunkin por la vía ordinaria. Este camino es bastante dilatado y peligroso, y se anda parte por tierra y parte por agua, y regularmente se tarda un mes en llegar a Tunkin. Los dichos Padres hicieron el viaje en compañía de un mercader china que les condujo y acompañó hasta la raya del mismo reino, a donde llegaron el año siguiente, buenos y robustos, a Dios gracias, aunque algo fatigados de tan largo camino, especialmente el P. Fr. Alonso de Santo Tomás.

El Ilmo. Sr. D. Fr. Tomás Sextri, habiendo llegado con felicidad a la ciudad y puerto de Cantón, se aposentó en la casa de los RR. Sres. de la Sagrada Congregación, y de allí a pocos días de descanso, disfrazado en traje de china, dispuso su viaje para la provincia de Xensi, a fin de consagrarse con el Rmo. Moliner, Vicario Apostólico de aquella provincia. Embarcóse en el río de Cantón y fué navegando hasta Nangan, ciudad célebre en la provincia de Kiangsi, y de aquí entró en la provincia de Hu-Kuang y atravesando después de la de Yunan, llegó a dicha provincia de Xensi en donde recibida su consagración, se volvió por Kuangsi, y de aquí se entró en el reino de Tunkin habiendo gastado en este viaje más de seis meses en que corrió la mayor parte del Imperio de la China.

Nuestro Rvmo. Vicario Apostólico Fr. Juan de

Santa Cruz recibió este año pliegos de Roma y en ellos bulas de Su Santidad con la gracia de Obispo de Nemea en el Peloponeso; y en atención de su mucha edad, que era de más de setenta años, enviaba también S. S. bulas con la gracia del Obispo Niceno a nuestro R. P. Fr. Tomás Sextri, con el título de coadjutor de dicho señor Santa Cruz, y sucesor después de sus días, del Vicariato Apostólico de Tunkin.

Nuestros misionarios quedaron este año muy consolados y contentos, lo uno por haber recibido este año el socorro de la Provincia, de que estaban ya desesperanzados; y lo otro por ver en aquella Misión dos Obispos de nuestro sagrado hábito.

Al P. Fr. Bartolomé le sucedió que estando en su distrito, fué a administrar a cierta aldea, y habiendo llegado la noche, cuando los cristianos estaban congregados en la iglesia para rezar y hacer sus ejercicios, vino noticia que una tropa de gentiles se estaba preparando para venir a prenderle. Pero el Padre escapó luego por medio de unos campos con mucho trabajo, llenos de lama y lodos, y así se pudo librar de sus garras.

Los bautismos que administraron este año los seis misionarios de nuestro hábito, entrando en este número los dos señores nuevos Obispos, son los siguientes: adultos, mil doscientos y treinta y uno; párvulos, mil cuatrocientos y treinta y ocho.

VIII

Año 1719

Refiérense los sucesos y noticias de este año

La Misión se continuaba, gracias a Dios, con fruto copiosísimo, pues aunque todavía subsistía la persecución, no era con el rigor que antes, con lo que podían los Padres continuar con el ejercicio de su ministerio apostólico, aunque no con toda libertad.

A día 15 de enero de este mismo año llegaron a aquella Misión los dos nuevos misionarios, Fr. Alonso de Santo Tomás y Fr. José Valerio que el año pasado de setecientos y diez y ocho habían salido de Filipinas. El Rvmo. Sextri, después de conseguida su consagración, que fué el día 7 de marzo, luego se puso en camino para el reino de Tunkin donde llegó felizmente el día 30 de junio de este mismo año. En esta ocasión recibieron los misionarios de aquel reino la constitución apostólica *Ex Illa Die* que les enviaba la Provincia, la cual ya se había recibido en aquella misión el año 1717 remitida por la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide* al Ilmo. Sr. Santa Cruz; y el juramento inserto en di-

cha Constitución que la Provincia les mandaba hacer, lo tenían ya hecho los Padres conforme se mandaba en ella, en manos de dicho Sr. Obispo y Vicario Apostólico Fr. Juan de Santa Cruz. Y por lo que mira a la prohibición de los ritos sinicos que contiene, advierten nuestros misionarios que ninguno de los cristianos que estaban a su cargo nunca habían practicado cosa alguna de las prohibidas en dicha Constitución; pues aun antes de la expedición del decreto prohibitivo de los ritos sinicos por el eminentísimo Cardenal Sr. Tomás Mayllard de Tournon, ya lo practicaban todos los misionarios de nuestro hábito así en China como en Tunkin: donde solos se resistían y aún se resisten a la ejecución de lo mandado los que pretenden ampliar el patronato de Portugal en todo el Oriente, y esta ha sido y es la única razón de la resistencia, pues por lo que toca a los cristianos, así tunkines como chinas, hay muy poca dificultad que vencer; porque si desde los principios se les impone en buena y sana doctrina, arreglada a los decretos y decisiones apostólicas, la reciben y han recibido muy bien, y en ella perseveran muy constantes por ser de su naturaleza muy dóciles, especialmente los tunkines.

Este mismo año arribó a aquel reino el navio nombrado *Nuestra Señora de Loreto*, cuyo cabo era el general don Francisco de Echevesti, despachado por el señor gobernador de las Islas Filipinas, don Fernando de Bustamante, con embajada para el rey de Tunkin. Grandes ánimos tuvo el Sr. Mariscal. Dicho navio tuvo tan mal suceso en la barra de aquel caudaloso río donde regularmente entran todas las embarcaciones extranjeras que, aun habiendo sido asistido de los pilotos prácticos del reino y de algunos ingleses, encalló en uno de los bancos de arena que tiene dicha barra, sin haberlo podido remediar. Perdióse sólo el barco salvándose

todo lo demás hasta la artillería que se sacó tres días después de la pérdida.

Llegaron en esta ocasión con salud los dos religiosos misionarios de nuestro hábito que enviaba la Provincia a aquella Misión, que fueron el Padre Fr. Juan de Vereá y el Padre Fr. Juan Pozuelo; el primero hijo de hábito de San Pablo de Valladolid, y el segundo de San Esteban de Salamanca. Los dichos religiosos continuaron en la asistencia del general don Francisco Echevesti y de toda la gente española hasta que se logró ocasión para su transporte, que no pudo ser en derechura a Manila; sino que fué menester ir primero a Batavia para conseguir el viaje, y después se incorporaron en la Misión. La embajada no se dió, porque el rey de Tunkin no la admitió, el cual nunca se deja ver de europeo alguno. No obstante se le entregaron los zaguates o regalos que le había enviado el Gobernador de Filipinas, y concedió sitio en la ribera del río a elección de los españoles donde pudiesen, si querían, edificar casa para la continuación del comercio de las islas Filipinas con aquel reino; lo cual no tuvo efecto ni se prosiguió por la desgraciada muerte del Gobernador de Filipinas.

El General don Francisco de Echevesti y toda la gente española se portaron como buenos católicos, lo que fué para mucha edificación así para los cristianos como para los gentiles de aquel reino. Dicho general en su nombre y don Pedro González Rivero y Quijano, vecino de Manila y hoy día Marqués de Montecastro, hizo donación a aquella Misión de una imagen muy hermosa de Nuestra Señora del Rosario, con rostro, manos y niño de marfil ricamente vestida y adornada de algunas joyas muy preciosas. Asimismo dió de limosna 170 pesos para edificar una iglesia con el título y advocación del señor San Luis, rey de Francia, en memoria del

Príncipe nuestro señor y don Luis Fernando, primero de este nombre, que Dios Nuestro Señor tenga en el cielo, para que con esta memoria quedasen consolados los misionarios que allí estaban empleados en aquel ministerio apostólico, a expensas de nuestro rey y señor, el catolicísimo rey de España.

A los 13 de agosto de este mismo año el reverendísimo Sr. Obispo Mizano, don Fr. Tomás Sextri, consagró al Ilmo. Sr. Obispo Nimeriense D. Fr. Juan de Santa Cruz, Vicario Apostólico de Tunkin. Celebróse esta función en la iglesia del pueblo de Trulling, que por ser todo de cristianos y no estar muy distante de la barra, donde se mantuvieron los españoles, quiso asistir a ella el General D. Francisco de Echevesti con algunos oficiales del navío, lo que fué de grandísimo consuelo para los misionarios de nuestro hábito, que todos siete asistieron, y para los cristianos que también se hallaron a dicho función, que fueron más de tres mil. Hízose una solemnísimá procesión con la nueva imagen de Nuestra Señora del Rosario, como se pudiera hacer en un pueblo católico de Europa, derramando los españoles muchas lágrimas de gozo y devoción; lo que a los principios contristó mucho a los cristianos tunkines juzgando que estas demostraciones de los españoles nacían de tristeza y sentimientos por hallarse en tierra extraña y sin embarcación para restituirse a la propia; pero luego que se les dió a entender a los tunkines el motivo de las lágrimas de los españoles, les acompañaron muchos de ellos con grande ternura y devoción. Acabada la procesión, se celebró la consagración, sino con tanta pompa como pudiera hacerse en una ciudad de España, a lo menos con mucha devoción y consuelo de aquellos pobres cristianos.

A mediado del mes de noviembre de este año sucedió que tres misionarios religiosos descalzos de

nuestro Padre San Agustín venían a este reino destinados por la sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, y habiendo llegado cerca de nuestras cristiandades fueron asaltados de unos piratas gentiles, los que habiéndoles robado todo cuanto traían en la embarcación, hasta los hábitos que vestían, dieron muerte a los dos; y el uno que al parecer de los piratas también quedaba muerto, después de tres días llegó a nuestra iglesia del pueblo de Ke-sat tan desfigurado que a todos parecía cosa milagrosa que viviese, pues tenía en su cuerpo quince heridas muy graves, sin haber tenido en los tres días que había caminado otro subsidio más que algunas espigas de arroz que cogía de las sementeras por donde pasaba, que le servían de alimento, y algún zacate con que había solicitado cogerse la sangre de las heridas, pues salió de la embarcación cuasi desnudo. Se procuró su curación en la mejor forma que se pudo; pero quedó tan débil que no hay esperanzas de que pueda cobrar las fuerzas necesarias para poderse emplear en el ejercicio de misionario; y así se determinó a embarcarse con el General don Francisco de Echevesti, que salía de aquel reino a fines del mes de enero, para la ciudad de Batavia.

Este religioso, que es el P. Marcelo, de nación milanés, vive hoy día y reside bueno, a Dios gracias, en su convento de San Nicolás de la ciudad de Manila. A fines de este año de diez y nueve, día de la Natividad de N. S. Jesucristo, sucedió en el pueblo de Ke-Jo, que estando el P. Fr. Juan Ventura Díaz diciendo misa en la iglesia de dicho pueblo, como a las dos de la mañana, poco antes de acabar la misa, un mandarín con gran chusma de gentiles de repente rompiendo las paredes de dicha iglesia, que eran de madera y cañas, entraron a prender dicho Padre, y siendo impedidos de los cristianos que se hallaban ya más animosos por haber visto que los

ministros superiores han dado libertad a los cristianos presos en la Corte; en el tiempo que duró la resistencia de dichos cristianos contra el mandarín y gentiles, dicho Padre pudo acabar la misa y, vestido como estaba, escaparse por un abujero que los cristianos le hicieron por el respaldo del altar; y habiendo salido y caminado como seis leguas, se mantenía oculto y continuaba su administración en las cristiandades de los pueblos más inmediatos.

Este mismo año llegaron las Actas del Capítulo Provincial en que venía constituido por Vicario de aquella Misión el P. Fr. Bartolomé Sabuquillo. Recibió las cartas a tiempo que estaba administrando en una aldea de la playa del mar. Y estando leyendo dichas cartas le llegó noticia cómo una tropa de gentiles se congregaba para cercar la casa donde estaba dicho Padre y prenderle. Los cristianos perdieron el tino sin saber qué hacerse. Era ya cerca de la noche, y así el Padre, luego que anocheció, procuró escaparse disfrazado por la playa del mar que es ancha y de mucha arena, y con esto se libró de sus manos.

Los baptismos administrados por los misionarios de nuestro hábito este año son los siguientes: de adultos, 981; de párvulos, 1.710.

El Ilmo. Sr. Obispo Mizeno, Dn. Tomás Sextri, hizo este año 3.000 confirmaciones.

IX

Refiérese la muerte del P. Fr. Alonso de Santo Tomás que murió este año de diecinueve

El P. Fr. Alonso Gómez (a quien después de la religión llamaron Fr. Alonso de Santo Tomás) fué natural de la insigne ciudad de Granada, y tomó nuestro sagrado hábito en el convento de Santa Cruz la real de la misma ciudad. Pasado el año del noviciado entró en los estudios, en los cuales salió muy bien aprovechado, porque siempre procuró vivir recogido, siendo muy amante de su celda y enemigo de perder tiempo. De suerte que, concluidos el curso de sus estudios y estando ya ordenado de sacerdote hizo oposición para la lección de Artes en que quedó aprobado con aplauso de todos los Padres examinadores.

En este tiempo llamóle Dios para cosas más altas. Hallábase en la Corte de Madrid el M. R. P. M. Fr. Juan de Toro juntando misión para la Provincia del Santo Rosario de Filipinas; y el P. Fr. Alonso con las noticias que tenía de la mucha virtud y perfección que se guarda en aquella santa provin-

cia, y de los empleos y ejercicios tan santos y de tanta caridad como tienen allá los religiosos, ya sea en las misiones, ya en otras partes y empleos en que les pone la obediencia para la enseñanza y reducción de aquellas almas, determinó alistarse por uno de sus hijos. Obtenida, pues, la licencia dispuso luego sus cosas, y habiéndose despedido de sus parientes y de los religiosos, que todos hicieron especial sentimiento, partióse para Sevilla en donde encontró al dicho Maestro Toro que había ya bajado de la Corte; y después de algunos días en que estuvieron esperando hasta juntarse los religiosos que con dicho P. Maestro habían de pasar a la Nueva España, se pasaron a la ciudad y puerto de Cádiz y allí concertado el viaje con el navío que salía de aviso para Méjico, se embarcaron todos.

Llegaron prósperamente a la Vera Cruz y luego por el camino ordinario, se partieron para nuestro hospicio de San Jacinto. Aquí estuvo el P. Alonso con todos los demás esperando la otra parte de los religiosos de la barcada, que condujo hasta Méjico, el R. P. Fr. Antonio Varela, que fué el año siguiente de 1715. No vino este año nao de Filipinas; y así fué preciso detenerse los religiosos hasta el otro año. En todo este tiempo se portó el P. Fr. Alonso en su modo de vivir con grande ejemplo y edificación para todos. Era él de su natural grave y circunspecto en sus acciones y muy temeroso de Dios y así procuraba vivir siempre muy recogido y ocupado en buenos y santos ejercicios; diligente en el cumplimiento de sus obligaciones, poco amigo de salir fuera y muy amigo del estudio y la oración. Nunca se le vió reñir ni altercar porfiadamente con nadie, que es bastante prueba de su bondad el mantenerse así entre los de una barcada donde vienen muchos de distintas provincias y cada uno tiene su

genio; y más en ésta en que venían todavía muchos de la Casa de Novicios. De manera que viéndole con esta vida tan ejemplar, lo tomaron muchos por su Maestro Espiritual y director de sus conciencias.

Llegado el tiempo de la partida para Acapulco, aunque aquel camino es harto largo y con bastantes incomodidades, nunca se le oyó quejar en cosa alguna. El tiempo que estuvo la Misión detenida en aquel puerto procuró el P. Fr. Alonso emplearle muy bien en el servicio de Dios y de las almas, de que dió bastantes pruebas su buen porte y conversación siempre tan apacible con todos. En el viaje desde Acapulco hasta las islas Filipinas por cierto que fué un singularísimo ejemplo de paciencia y humildad y, sobre todo, de grande afabilidad que para con todos tenía; sin inquietarse, sin alterarse por cosa alguna, siendo así que en aquella navegación se ofrecen bastantes ocasiones que motivan a impacientarse y más en ésta que venían tanta gente que apenas cabíamos de pies en el navío.

Llegó a Manila nuestro Padre Fr. Alonso, que fué el año diez y siete. En el poco tiempo que le gozó esta provincia, que no pasó de cinco meses, dióse a conocer desde luego el espíritu que le traía de mejorarse en ocasiones del servicio de Dios; y así por estar ya bien conocido el buen celo y espíritu del P. Fr. Alonso y ser persona tan a propósito para lo que la Orden le quería destinar, lo envió la Provincia a la Misión de Tunkin. Y así el siguiente año de diez y ocho, el día 2 de febrero, dispuestas sus cosas juntamente con el P. Fr. José Valerio y otros cuatro religiosos que iban para la Misión de China, embarcáronse todos en un patache portugués que estaba de vuelta para la ciudad de Macua a donde llegaron prósperamente por los últimos del mismo mes de febrero.

No le faltaron allí también al P. Fr. Alonso ocasiones en que emplear muy bien la virtud de la paciencia; porque habiendo sido detenidos todos los seis religiosos por el Gobernador de Macua sin permitirles salir para sus Misiones, fué grande el sentimiento para dichos religiosos; y además no les faltaron varias mortificaciones y trabajos causados de los mismos habitantes de Macua. Con todo el Padre Fr. Alonso siempre se portó con igualdad de ánimo en todas las ocasiones que se le ofrecieron para el ejercicio de la paciencia.

Viéndose sin esperanza de poder entrar en la Misión se determinaron irse a Manila en el mismo barco en que habían venido; y así vueltos a embarcarse todos seis en el canal de Macau tomaron otra vez la derrota para Manila a donde llegaron a los primeros de junio del mismo año, y hallaron electo Provincial al M. R. P. Comisario Fr. Juan de Archedera el cual, llegado el mes de octubre, volvió a enviar a los dos mismos religiosos. El Padre Fray Alonso y el P. Fr. Valerio llegaron después de algunos trabajos a la ciudad de Cantón, y desde allí partieron para su Misión de Tunkin a donde llegaron felizmente el día 15 de enero del año 1719. El Padre Fray Alonso de allí a unos cuatro meses que había llegado a aquella misión, enfermó. Era de complexión adusta y ardiente; y luego por lo dilatado del camino llegó bastante fatigado. Y así de allí a poco se le cubrió todo el cuerpo de un achaque bien penoso, que fueron un género de granos o salpullido muy espeso a modo de sarna maligna que le mortificó en grande manera; de suerte que aumentándosele de cada día más la enfermedad, fué tanto el calor que brotaba por todo el cuerpo que no pudiéndola resistir le quitó la vida. Y así, muy resignado en el Señor, recibidos con mucha devoción los

EL P. JUAN VENTURA DIAZ, O. P.

santos sacramentos, murió a los 30 de junio de este año 1719. Cuya muerte dejó sumamente contristados a todos los misionarios de nuestro sagrado hábito; porque era el religioso de muy lindas prendas para el ejercicio a que venía destinado. Hacen memoria del siervo de Dios Fr. Alonso, las Actas del Capítulo Provincial de 1722.

X

A ñ o 1720

Dase cuenta de los sucesos y persecución de este año

Continuábase este año el aumento de aquella cristiandad y aunque perseveraba fijo en las puertas del palacio real el decreto prohibitivo de la ley de Dios, no obstante habiéndose mitigado la furia de los ministros gentiles contra los cristianos, podían los misionarios mantenerse ocultos en sus casas y continuar la administración con alguna libertad más que los años pasados.

El P. Fr. Bartolomé hallándose Vicario Provincial de aquella Misión, fundó este año en algunos lugares la cofradía del Santísimo Rosario con mucha devoción de los cristianos; y en otros que también los fieles pedían se fundase no lo pudo ejecutar por las muchas ocupaciones de su oficio y tarea apostólica; y además por haber sucedido después la persecución de aquel estudiante cristiano llamado Van Lao, el cual se hizo predicador particular de la ley de Dios, queriendo ser cabeza de una secta o herejía con la cual, según parecía, quería ganar para sí mucha gente y hacerse rey, y era mucha la gente

que le seguía. Este estudiante era notural de una aldea llamada Lue-Fuy, en cuya aldea estaban todos bautizados; pero ya había mucho tiempo que con las persecuciones pasadas los más habían dejado los ejercicios de cristiano viviendo sin ley alguna. Tenía esta Misión allí una residencia y una iglesia de la cual cuidaba un tío carnal de dicho estudiante.

El P. Fr. Bartolomé, habiendo tomado a su cargo dicha aldea, compuso la residencia de la mejor forma que pudo, y luego puso allí un catequista, y exhortando y predicando a los cristianos de dicha aldea, pudo hacer que cuasi todos viniesen a la iglesia e hiciesen y guardasen los ejercicios cristianos (tenía el Padre intención de hacer aquella residencia un Colegio para enseñar catequistas). Esfando pues ya las cosas en buen estado, sucedió que al dicho estudiante le prendieron en la Corte, y quien lo prendió fué un tío del mismo rey, el cual luego envió ministros a dicha aldea para prender al tío y hermanos del estudiante. Cuando dichos ministros llegaron a la aldea, el catequista con un cajón de libros que el Padre tenía allí, huyendo por los tanques y cañaverales se pudo librar con mucho trabajo. Prendieron al tío de dicho estudiante con otros cristianos y presos los llevaron a la Corte. Con este caso se perturbó toda aquella cristiandad, y los cristianos de aquella aldea no se atrevieron a ir más a la iglesia; y así volvieron a su antigua costumbre dejando los ejercicios de la religión cristiana. Y con esto también quedó frustrado el intento del Padre de poner el Colegio de catequistas en aquella residencia. Y aunque por todas aquellas partes circunvecinas se levantó una gran persecución contra nuestra santa ley, el Padre Fr. Bartolomé en su distrito, por estar algo más lejos, pudo administrar con paz y quietud hasta los principios del mes de octubre, en que le dió una recia enfermedad causa-

da por caminar de noche todo mojado con el gran rocío. Fué preciso retirarse a su residencia de Ke-che para curarse; y agravándose de cada día la enfermedad, a los principios del mes de noviembre, estando bien de peligro, le dieron noticia que los ministros del tío del rey ya sabían cómo el Padre estaba en aquella aldea y que venían a prenderle. Los cristianos le instaban que partiese cuanto antes, y el bendito Padre, aunque tan enfermo, llamó a sus mozos y les dijo que lo llevaran al barco, y aquella misma noche lo llevaron, estando con gran trabajo y desconsuelo, y de allí lo pasaron a otro río.

Luego que el Padre se partió, al otro día llegaron a Ke-che los ministros del mandarín para prenderle, y como preguntasen inquiriendo por el Padre y por el catequista, nadie les diese noticia alguna, se fueron por otras aldeas de aquel distrito y prendieron algunos cristianos que se redimieron con dinero por librarse de ser llevados a la Corte.

Estando el Padre en su barco con mucho trabajo y con una calentura continua, sin saber a dónde ir ni dónde recogerse para la cura, pues por todas partes del distrito ya corría la tormenta y persecución, sin haber casa alguna que se atreviera a recibirle, un cristiano que era el único de su aldea al cual el P. Bartolomé había bautizado los años antecedentes, teniendo noticia del trabajo y angustia en que estaba, le vino a buscar y compadeciéndose del afligido Padre, aquella misma noche se lo llevó a su casa. Los padres y hermanos de este cristiano, aunque todos gentiles, y los principales de aquella aldea, no obstante vinieron luego a visitar al Padre y viéndole tan perseguido y enfermo, se compadecieron en grande manera y le dijeron que no tuviese cuidado alguno, que ellos lo guardarían y cuidarían sin peligro alguno de que entrasen allí los ministros del mandarín. El Padre luego les dió las gra-

cias diciéndoles que el Señor de cielo y tierra por quien padecía aquellos trabajos les pagaría la buena obra y caridad que obraban con él. Aquella noche el Padre Bartolomé por haber dado una caída cuando salía del barco, y luego por haberse detenido en hablar algún tiempo con aquellos gentiles, le sobrevino un accidente tan grave que quedó sin sentido, y todos le daban por muerto sin remedio alguno.

Al otro día por la mañana, ya salido el sol, abriendo el Padre los ojos y volviendo sobre sí vió alrededor de la cama a sus mozos y otros cristianos que estaban llorando, pues ya le tenían por muerto. (El Padre Vereá le fué a visitar a esta casa). Entonces el Padre Bartolomé les consoló diciéndoles que se sosegasen, pues ya estaba bueno. Y desde entonces, gracias a Dios, prosiguió la mejoría y a otro día se halló libre de las calenturas.

En este tiempo en toda aquella misión corrió la voz que el P. Fr. Bartolomé había muerto; por lo cual algunos Padres ya dijeron misa y rezaron por su alma; y los cristianos en muchas partes rezaron también rosarios y lloraron, pues como el Padre estaba en aquella aldea de gentiles y escondido, no tenían noticia cierta de él. Finalmente, salió de esta aldea a mediados del mes de diciembre, y estuvo oculto en un barco de cristiano que vendía cañas y maderas, hasta el día del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo. Y la Noche Buena subió a una casa y administró los cristianos que allí vinieron; y dicha la misa, se volvió a su barco. Mas viendo que toda aquella cristianidad de la provincia austral estaba perturbada y perseguida, sin poder administrar en parte alguna, determinó partirse a la provincia oriental, a la aldea de Ke-sat, en donde estaban las cosas con más quietud.

El M. R. P. Provincial Fr. Juan de Arrechadera,

el año pasado de diez y ocho, había mandado a los Padres misionarios de Tunkin le enviasen una Memoria del número de los cristianos que estaban a su cargo, y de las iglesias que tenían fundadas en aquel reino. Y este año de veinte vino dicha Memoria, que es del tenor siguiente: El número de cristianos y iglesias y residencias de nuestros misionarios al presente es imposible el averiguarlo con toda certeza, y así sólo se podrá decir que al parecer del Sr. Santa Cruz y de los Padres misionarios antiguos que aquí estamos, y según la repartición de la cristiandad que a principios de este año se hizo entre los nueve misionarios de nuestro hábito, serán los cristianos que están a nuestro cargo como setenta mil. Las iglesias que teníamos antes de la persecución eran ciento sesenta y cuatro, de las cuales muchas se han ya reedificado y principalmente las de los pueblos de Trulling y Ke-sat; y en éste, por ser todo de cristianos y estar el más remoto de la Corte y en la entrada de la Misión, se edificó la iglesia del señor San Luis, rey de Francia, y en ella se colocó la nueva y hermosísima imagen de Nuestra Señora del Rosario.

Asimismo, se estaba edificando en dicho pueblo de Ke-sat un Colegio para la educación y enseñanza de los tunkines, para que puedan ayudar a los misionarios en el ejercicio de catequistas, pues en tiempos de persecución son éstos los que corren la cristiandad con más libertad que los misionarios. De las residencias que tenían los Padres antes de la persecución, que por todos eran once, sólo se pudieron reedificar las dos de Trulling y Ke-sat.

XI

Año 1721

Prosigue la persecución y muere el Sr. Santa Cruz

A los principios de este año llegó el P. Fr. Bartolomé a la provincia oriental en donde encontró al Padre Fr. Eleuterio Guelda y al Padre Fr. José Valerio, los cuales, habiendo estado escondidos en diversas partes de la provincia del Sur, con la furia de la persecución también se vieron obligados a ir a la provincia de Oriente. Todos los tres juntos se recogieron en la casa residencial de Ke-sat. Estando aquí retirados sucedió que en la provincia del Sur prendieron a un Padre, sacerdote tunkin, hombre ya viejo, cuya prisión la hicieron con gran tropa de gentiles, e hizo gran ruido, por lo cual la persecución se aumentaba más, y los cristianos cada día con más temor.

En este tiempo se estaban fabricando dos barcos en dicha provincia del Sur; el uno era para el Padre Fr. Juan Ventura, y el otro para el P. José Valerio. Habiendo corrido noticia que los dichos barcos se fabricaban para los Padres, luego fueron acusados al mandarín de la provincia; conque fué

necesario que, medio compuestos como estaban, los echaran al agua y trajeran a la provincia oriental para acabarlos de componer en el río de Ke-sat. Y siendo así que los Padres y los barcos huyendo de la persecución de los gentiles, se retiraron a Ke-sat por haber allí más quietud y ser toda la aldea de cristianos, allí también se levantó otra persecución contra los Padres y los barcos a causa de un cristiano que estaba loco. Era éste un mozo de Ke-sat casado con una hija de un cristiano principal que vivía junto a la casa de los Padres y cuidaba mucho de ellos. El dicho mozo se dió tanto al vino que se puso beodo y muy enfurecido, y daba mala vida a su mujer, la cual no pudiendo sufrirlo más, se volvió a la casa de sus padres; y porque ellos entraban y salían en la iglesia y tenían mucho afecto a los Padres, el loco tomó la tirria y se enfureció contra ellos. Por lo cual muchas veces venía con gran furia y se ponía a la puerta de la casa dando gritos diciendo: el rey prohíbe la ley de Portugal; aquí están los maestros de dicha ley; yo los acusaré al mandarín para que los prenda. De esta suerte, alborotando día y noche y arrojando al mismo tiempo piedras y ladrillos contra la casa de los Padres, no les dejaba reposar. Además hizo este loco otra cosa peor, porque sabiendo que los barcos de los Padres se estaban componiendo en el río, fué allá con gran furia y clamando a grandes voces decía: estos son los barcos de los Maestros de la ley de Portugal que el rey prohíbe; ténganse por presos y serán llevados a la audiencia del mandarín. Los artífices y los mozos de los Padres, oyendo estas razones echaron a huir entendiendo que allí había ministros del mandarín. Pues lo que más temían los Padres, de este loco, era el que fuese al Gobernador de aquella provincia que estaba allí cerca y diera acusación contra los Padres que residían en Ke-sat. Por lo

cual se solicitó el dar aviso a los ministros cristianos que estaban en la casa del mandarín para que si acaso aquel loco llegase allí, lo detuviesen y no le dejasen entrar. Con estas perturbaciones y sustos estuvieron los tres Padres en Ke-sat hasta los primeros del mes de abril. Y teniendo noticia cómo en sus distritos la persecución estaba ya mitigada, se partieron de Ke-sat cada uno a su distrito para administrar y visitar los cristianos.

El Padre Fr. Bartolomé empezó la tarea apostólica con paz y quietud, aunque con mucho trabajo por estar aún los cristianos temerosos. Estando, pues, administrando en los principios del mes de mayo le sucedió este caso: Una noche entró en una aldea llamada Ke-tang para administrar a un cristiano apóstata ya de muchos años y enfermo moribundo, el cual se había convertido a Dios y deseaba mucho el recibir los sacramentos. Cuando el Padre llegó ya había tres días que había perdido el juicio y estaba delirando. Apenas entró el Padre en su casa y se arrimó a la cama y el enfermo le vió, luego volvió en su sano juicio, y se pudo confesar y recibir la extrema unción con mucha devoción y consuelo suyo. Recibido este sacramento le hizo el Padre una exhortación para que se animase a bien morir, la cual oyó levantando las manos al cielo; y hecho esto luego volvió a perder el juicio y desvarió como antes; en lo cual se conoció casi claramente una señal de predestinación en aquella alma. Y después inmediatamente bautizó el Padre a la mujer y tres hijos que tenía.

Acabada esta función, se salió de aquella aldea y, como la noche estaba clara y buena, pues hacía hermosa luna, le pudieron ver algunos de los gentiles. El Padre, siguiendo su camino, entró en una casa de cristiano que había en medio de aquel campo en donde ya se habían juntado muchos cristia-

nos de todas aquellas aldeas circunvecinas. Apenas se había sentado para administrar cuando llegó la noticia que el cabeza de la aldea con una tropa de gentiles todos armados venían por aquel campo a prender al Padre. Los cristianos que estaban allí se atemorizaron tanto que no sabían qué hacerse, ni por dónde huir, y clamaban todos diciendo: Padre, y ¿qué hemos de hacer agora? Entonces les dijo el Padre Bartolomé: no tengáis miedo, confiemos en Dios y en la Virgen Nuestra Señora, que yo espero nos ha de librar de esta mala gente. Llegando, pues, la tropa de gentiles ya muy cerca de la casa se detuvieron y no pasaron más adelante; y entonces el cabeza de la tropa envió a un hombre mandando al dueño de aquella casa viniese a su presencia. Y luego obedeció; y el dicho cabeza le preguntó: ¿quién está en tu casa? Y él respondió: Ya Vmd. y toda la aldea saben cómo soy cristiano; mi mujer está enferma y los cristianos han venido a mi casa a rogar por su salud. Entonces el cabeza le dijo: el rey prohíbe y persigue esa ley con gran rigor; si acaso hacéis algunos ejercicios de religión sea muy oculto y con gran cautela, pues los mandarines me castigarán si permito en la aldea una ley que el rey prohíbe. Dicho esto, el cabeza con todas sus tropas se volvía en sus casas y los dejaron en paz, dando gracias a Dios que les libró de aquel peligro.

Prosiguió el P. Bartolomé su administración y después de haber corrido todo su distrito, llegado el mes de julio, se vino a descansar a su casa de Keché. Y por los últimos de dicho mes llegaron noticias de la Corte cómo habían degollado al estudiante Van Jao, castigando también a sus secuaces y que el pregonero iba diciendo que los que siguiesen la ley de Portugal serían de aquella suerte castigados. Esta voz o pregón corrió por todo el reino.

En el tiempo que en la Corte sucedió esto, el

cabeza de la aldea de Ke-che se hallaba por entonces allí en la Corte y viendo lo que pasaba se juntó con otros malos cristianos, apóstatas como él, y entraron en casa de un mandarín y le dijeron: que en su aldea estaba el maestro de la ley, y así que pedían cédula sellada para poderlo prender y entregar a la justicia. El dicho mandarín les dió una escritura sellada en que les daba y concedía dicho poder. Con esto, volviendo ellos a su aldea, entraron la casa del Padre con capa de amistad, según tenían costumbre; pero esta vez venían con intención determinada de prenderle. Mas luego que se pusieron en su presencia no se atrevieron a hablar, ni ejecutar acción alguna contra él, ni menos manifestar su intento, hallándose todos interiormente atados y detenidos; y así se volvieron a sus casas. Otros días les sucedía lo mismo, que entrando en la casa del Padre, en poniéndose en su presencia luego se hallaban detenidos sin atreverse a prenderle. Esto pasaba así sin saber cosa alguna el Padre Bartolomé, ni los cristianos tampoco lo sabían, pues aquellos perversos apóstatas guardaban muy bien entre sí el secreto sin manifestarlo a persona alguna; por lo cual, viendo ellos que por sí solos no podían ejecutar la acción de prender al Padre, se partieron a la Corte y pidieron al mandarín ministros para prenderle, pues ellos solos no podían. El mandarín les concedió lo que pedían y vueltos a su aldea con dichos ministros, llegaron a tiempo que ya el Padre se había partido de allí a proseguir su administración. Entonces el cabeza de la aldea puso aquellos ministros en otra aldea allí vecina para que los cristianos no lo supiesen, y luego el malvado escribió al Padre diciéndole: que volviese a su casa, pues había negocio grave que tratar. De allí a poco recibió el Padre otra carta de un cristiano en que le decía que de ninguna manera volviese a casa, por-

que le tenían una trampa armada para prenderle; por lo cual el P. Fr. Bartolomé se guardó muy bien de volver. Entonces aquellos ministros viendo que el Padre no volvía y que había quedado frustrado su intento, sacando la escriptura o papel que el mandarín les había dado para prenderle, dijeron delante de los cristianos: veis aquí el papel con sello que teníamos del mandarín para prender al Padre, y habiendo entrado varias veces en su casa con determinación de prenderle nunca hemos podido, porque luego que llegábamos a su presencia, sin saber cómo ni de que manera nos hallábamos atados e impedidos sin atrevernos a obrar acción alguna contra él. Y viendo este prodigio manifestamos ahora este papel del mandarín para que todos lo sepan.

En el mes de setiembre, prosiguiendo su administración, le sucedió el caso siguiente; una noche llegó a administrar a una casa de un pescador que estaba en medio del campo junto al río. Los cristianos todos de aquellas aldeas circunvecinas salieron aquella noche y se juntaron en dicha casa para oír predicar y recibir los sacramentos; especialmente de una aldea llamada Lang-vy salieron muchos cristianos y entre ellos una buena mujer también cristiana, cuyo marido era gentil, el cual por estar enfadado con su mujer dió aviso a los principales de aquella aldea, los cuales, juntamente con dos ministros del mandarín, que por entonces estaban allí, salieron armados a prender al Padre; pero luego que aquella tropa de gentiles llegaron en medio del campo junto a un estero o riachuelo que habían de pasar, estando el cielo sereno y sin viento alguno, de repente se hallaron cercados de unas tinieblas oscurísimas y el agua de aquel arroyo de tal suerte se conmovió que no pudiendo pasar más adelante, llenos de horror, se vieron obligados a

volverse, y fué tanto el temor que concibieron que, aturcidos, no sabían por dónde volver, corriendo unos por aquí y otros por allá, por lo cual al otro día enfermaron algunos, especialmente los dos ministros del mandarín; lo cual manifestaba lo que les había acontecido, y además que los mismos gentiles de aquella tropa lo testificaron y dijeron a los cristianos. El Padre aquella noche estuvo con mucha paz de los cristianos y bautizó a los catecúmenos, dando gracias a Dios que por tan maravilloso medio les había librado de aquella tropa de gentiles.

Este año murió el Ilmo. Sr. D. Fr. Juan de Santa Cruz, del cual y de su vida diremos después algunas cosas.

Por el mes de setiembre de este mismo año presentaron al rey una acusación contra la aldea de Ke-sat, diciendo que en ella todos eran cristianos y que en ella moraban los Padres extranjeros que enseñaban la ley cristiana. El rey luego despachó tres compañías de soldados, los cuales, juntos con otros gentiles, el día 21 de dicho mes cercaron la aldea de Ke-sat. Antes de entrar en ella dispararon muchos tiros de mosquetería para atemorizar a la gente. Estaban por entonces dentro de dicha aldea el señor Obispo Niceno, un Padre agustino y un Padre jesuita. Este Padre tuvo que salir al río y esconderse en un barco. El señor Obispo y el Padre agustino se escondieron en un escondrijo que tenía el Padre Bartolomé en casa de un vecino para guardar los ornamentos y para una contingencia repentina, y de esta suerte se pudieron escapar.

Entraron, pues, los mandarines con los soldados a registrar la casa e iglesia de los Padres; no hallaron cosa de religión porque todo se pudo esconder; pero embargaron la casa e iglesia, mas no pusieron guardias. En la iglesia y casa de los Padres jesuitas, que está en otro barrio, cogieron mu-

chos cajones llenos de ornamentos y cosas de religión con otras alhajas de valor; embargaron las casas de la Compañía con la iglesia y también las casas de su Procurador, que era hombre muy rico, y pusieron guardias y centinelas guardándolas día y noche; después prendieron algunos cristianos de dicha aldea y, presos, los llevaron a la Corte.

El rey volvió a enviar después otros tres mandarines a Ke-sat para que marcasen y midiesen las casas e iglesias de los Padres, entre los cuales mandarines el uno era el dicho eunuco, el cual estando en la casa de los Padres dijo a los cristianos de Ke-sat estas palabras: vosotros habéis tenido dicha de que no haya sido preso Padre alguno dentro de esta aldea, pues si hubiera sido preso aquí, infaliblemente os degollaran a todos. Este eunuco bien sabía el corazón del rey y de su consejo, y por lo tanto, dijo aquellas palabras de que se puede conocer lo enfurecido que estaba el rey contra nuestra santa ley. Este golpe de Ke-sat hizo tanto ruido en aquel reino que atemorizó a toda aquella cristiandad, y los gentiles por todas partes no hablaban otra cosa.

En este tiempo estaba el P. Fr. Bartolomé actualmente administrando en su distrito distante de Ke-sat como dos jornadas, y los gentiles que iban por aquellos caminos hablaban continuamente de la prisión de Ke-sat y esto con gran vilipendio y menosprecio de nuestra santa ley, lo cual era lo que causaba más tristeza. Y aunque el P. Fr. Bartolomé proseguía su administración, ya en muchas partes los cristianos no se atrevían a recibirle. El caso fué que no pasaron quince días cuando llegó noticia que la persona que había dado la acusación contra Ke-sat era una moza cristiana de la misma aldea, la cual, siendo corregida y reprendida por sus vicios, se enojó tanto que, valiéndose de un letrado gentil de otra aldea, dieron acusación contra los Pa-

dres y los cristianos; y como en Ke-sat no pudieron coger Padre alguno, corrió voz de que dicha moza había pedido a los mandarines ir por todos los ríos a buscarlos, pues ella conocía muy bien los barcos y los criados de los Padres. Luego que Fr. Bartolomé tuvo esta noticia, fué necesario despachar a los catequistas y mozos fuesen por diversas partes a ocultarse, y el barco lo entregó a unos mercaderes para que lo guardasen.

El Padre se escondió en una aldea llamada Ke-rem, en el aposento de una casa tan obscuro que parecía un calabozo, de tal suerte que para poder rezar y consolarse con algún libro fué necesario hacer un abujero en la pared por donde poder gozar de alguna luz. En quince días que estuvo allí no pudo ver a persona alguna sino a los dueños de la casa; y luego sin poder decir misa, que fué lo que más le desconsoló y entristeció. Pasados aquellos quince días, le trujeron el recado de la misa, y el catequista venía ocultamente algunas noches, y con esto podía decir misa, especialmente los domingos y fiestas.

En estos días que el P. Fr. Bartolomé estuvo escondido en aquella aldea sucedió que en aquel mismo barrio una perra parió un perro con tres cabezas y tres colas y doce pies. El dueño de la casa, que era gentil, viendo tan horrible monstruo, fué al adivino o hechicero para que le dijere lo que debía hacer; el cual le respondió que fuese y lo enterrase en el patio del templo del Foe. Y así lo hizo, no permitiendo que viviese tal monstruo teniéndolo por mal agüero. Aquí estuvo el Padre Bartolomé hasta el mes de noviembre; y porque algunos gentiles de aquella aldea sabían ya dónde estaba el Padre, fué preciso mudar de posada y lugar. Salióse de allí de noche en un barquillo de pescadores, se fué a la aldea de Ke-Jo donde había una residencia peque-

ña para el catequista. Allí estuvo hasta el mes de diciembre en que le vino noticia que en la Corte se había publicado un decreto contra nuestra ley, y prohibiéndola con todo rigor y mandando buscar a los Padres y catequistas por todas las provincias y presos los llevasen a la Corte. Además, mandaba en dicho decreto a todos los gobernadores de las provincias que enviasen ministros cada uno por su jurisdicción, y que con gran cautela y artificio inquirieran en los lugares donde hubiese iglesia y prendieran a los cristianos que no obedeciesen al mandato del rey y guardasen cosas de religión, y presos y amarrados fuertemente los llevasen a la Corte y los entregasen al tribunal supremo para que allí se hiciese juicio riguroso y fuesen castigados por menospreciar el mandato real; prometiendo premiar a los que acusasen a los cristianos de estas cosas. Este edicto salió en nombre del Consejo real, cuyos supremos consejeros eran enemigos capitales de nuestra santa ley y estaban con ánimo de hacer todo lo posible por extinguir la cristiandad en todo el reyno.

El día 8 del mes de diciembre se publicó en la Corte este decreto y luego todos los gobernadores de las provincias pusieron en ejecución lo que el consejo supremo mandaba enviando por cada provincia diversos ministros que publicasen el dicho edicto en todos los lugares, y mandándole buscar en las audiencias y buscando e inquiriendo los lugares donde había cristianos. Esta noticia la supo el Padre Fr. Bartolomé por un mozo que desde la provincia oriental vino a toda priesa a avisar al Padre, y llegó al tiempo que el Padre estaba comiendo; y con esta noticia cogió tal melancolía y horror que no pudo proseguir, antes vomitó todo cuanto había comido. No obstante, procuró animarse y consolar-se en Dios, y luego mandó a su mozo que no propa-

lase cosa alguna a los catequistas ni a cristiano alguno de allí, pues sabiéndolo era preciso se perturbasen en gran manera, y llenos de miedo echarían luego de allí al Padre. Y por esta razón el Padre Fray Bartolomé dió orden a sus mozos para que aquella misma noche le buscasen un barco de pescadores cristianos y partió luego de allí, pues el estar más tiempo corría gran peligro su persona y los ornamentos de misa. Y así estuvo toda aquella noche prevenido y esperando barco para partirse, y ya cerca de la mañana volvieron los mozos diciendo que en toda la noche no habían podido encontrar barco alguno cristiano que llevase al Padre. Viendo esto el varón de Dios Fr. Bartolomé, que ya era de día, sin poder salir de allí y considerando por otra parte su peligro, pues aquella casa donde estaba tenía mucha fama en todo aquel distrito de ser cristianos, y que el Padre y catequista venían e iban allí frecuentemente, en donde muchas veces había gran concurso de cristianos, los gentiles lo sabían todo. Y recelando que los ministros del mandarín (que iban como perros de caza oliendo y buscando los lugares donde había cristianos), no estarían ya muy lejos de allí, mandó el Padre a sus mozos que los ornamentos de la misa, libros y cosas de religión lo escondiesen todo en un montón de rastrojo que había en medio de aquel corral; y que en un rincón de un establo que había allí donde estaban las bestias, pusiesen un gran montón de paja y rastrojo para esconderse el Padre en caso que aquel día llegasen allí los ministros del mandarín.

Esto así prevenido, los mozos fueron a buscar barco para que, viniendo la noche, si Dios les daba tiempo, escapar de allí. Entretanto, el Padre se sentó en una tarima solo, y con el breviario en la mano, esperando las contingencias de aquel día, pues estaba en gran peligro; y a cosa de las nueve de la

mañana, entró la mujer del casero donde estaba el Padre, toda turbada, descolorida y llena de temor, y le dijo: gran trabajo, Padre, pues dicen que ya salió nuevo decreto contra la ley de Dios, y que los ministros del mandarín andan prendiendo cristianos por todas partes; por tanto, estando aquí V. R. nosotros somos perdidos. El Padre la procuró consolar diciéndola que esperasen en Dios y en la Virgen Santísima, que la librarían de todo trabajo, y que él aquella noche se partía sin falta alguna. Con esto se salió; pero no había pasado bien aún una hora cuando volvió a entrar con otros cristianos, todos perturbados de miedo, y le dijeron: que los ministros del mandarín estaban ya de allí muy cerca, y que, infaliblemente, los gentiles de aquel distrito acusarían a aquella casa, pues no arrostraban bien con el casero; y luego sabían muy bien que allí había casa del Padre y del catequista, y los ministros entrarían a registrar y le prenderían, y sucediendo esto así, ellos quedaron perdidos. Por tanto, le instaban saliese luego de allí y que si le prendían fuese fuera, en el camino, o en el campo y no la casa, pues sin remedio alguno acabarían con todos. No obstante, el P. Fr. Bartolomé les dijo que el salir al camino real o al campo de día era una temeridad, pues le verían todos; por tanto, que confiasen en Dios y en la Virgen Nuestra Señora; y que si acaso aquel día llegasen allí los ministros, ya él estaba prevenido y así no les vendría trabajo alguno. Con esto se fueron no sin bastante recelo, y aquel día todo se pasó en sustos y temores; porque los cristianos, luego que oían ladrar los perros, hacían juicio que los ministros del mandarín ya habían llegado; y así entraban y salían donde estaba el Padre, y clamaban todos afligidos y llenos de miedo con que aumentaban la tristeza y angustia haciéndole tragar al bendito Padre mucha amargura.

No hay duda que al P. Fr. Bartolomé le pareció aquel día más largo que una Cuaresma; pero habiendo llegado la noche tan deseada que no pudo más, se aliviaron las angustias y trabajos ensanchando un poco el corazón. Y luego, de allí a poco llegó el barco que habían ido a buscar. Y porque al otro día era domingo, el Padre dijo primero la misa muy de mañana, y luego se bajó al barco y se partió de allí.

Y aquel mismo día supo cómo los ministros del mandarín aquella noche habían dormido en la aldea vecina donde él estaba, y que los gentiles habían también acusado la casa donde él residía. Y aquel día entraron a registrar todas aquellas casas de cristianos. El casero procuró escaparse porque no le prendieran. Oyendo esto el siervo de Dios Fr. Bartolomé dió gracias a Su Majestad, pues le libró de un peligro tan cercano; porque si un poco más hubiera dilatado la partida, infaliblemente le prenden.

Estaba el P. Fr. Bartolomé en aquel barquito del pescador con mucha estrechez y angustia; pues no podía salir siquiera un poco afuera, ni aun ver el cielo. En donde comía, allí dormía y se hacían todas las demás necesidades corporales. Y pasados unos cuatro días, llegó el Padre Fr. Juan Ventura, el cual, en otro barquito de pescadores, venía a buscar al P. Fr. Bartolomé, porque en su distrito no hallaba lugar ni persona que le quisiese recibir. Y así los dos juntos estuvieron escondidos en el barquito del P. Fr. Bartolomé, con que se aumentó mucho la estrechez, aunque es verdad estaban consolados por la compañía. Llegó el día del nacimiento de Christo Señor Nuestro y en unas casas que había junto al río, los cuales todos eran cristianos, los recibieron aquella Noche Buena y celebraron cada uno las tres misas con el concurso de algunos cristianos. El

Padre Fray Bartolomé administró como unas treinta personas y luego, antes del amanecer se bajaron al barco, dando muchas gracias a Dios, pues habiendo pasado muchos días sin poder decir misa, aquella noche habían podido conseguir el celebrar con quietud en medio de una actual persecución tan rigurosa.

Partieron de allí y pasados dos días les llegó noticia cómo habían mandado registrar todos los barcos en los ríos para buscar a los Padres y misioneros y que los ministros del mandarín ya habían registrado los barcos de un río allí vecino. Con esta noticia se vieron los Padres muy apretados, pues en tierra no había casa que se atreviese a recibirlos por el registro tan riguroso que hacían los ministros; y en el agua, habiendo registro, era imposible esconderse o escaparse; y así no sabían a donde ir ni qué hacer. Los dueños del barco se perturbaron de tal suerte y se llenaron de tal miedo, que se aumentaba mucho más la pena y angustia de los Padres. Por fin, tomando resolución, le dijo el Padre Bartolomé al Padre Ventura; el estar dos Padres juntos en un barco es pasarlo con más estrechez y más dificultoso escapar en caso de alguna contingencia y luego más trabajoso para estos pobres cristianos que nos guardan y conducen; por tanto, V. R. póngase en su barquito y vuélvase a su partido y procure el buscar un rincón en donde esconderse hasta que pase el registro de los ríos. Yo por acá procuraré buscar otro rincón donde esconderme; y si nos prenden sea a uno y no a dos juntamente. Dicho esto se apartaron los dos Padres y compañeros, no sin gran dolor y desconsuelo de ambos, dudando si se verían ya otra vez, pues el peligro con que iban era grande.

Partido el P. Fr. Ventura, le dijo el P. Fr. Bartolomé al patrón de su barco: llévame a aquellas

caserías en donde dije misa el día de la Navidad, y allí en una casa junto al río pediré me guarden unos cuantos días. Partieron luego y llegaron como a la media noche a tiempo en que los ministros del mandarin estaban allí, por lo cual aquellos cristianos estaban muy temerosos y así no pudieron tener allí entrada; por tanto fué necesario partirse luego, pues en la detención corría peligro. El barquero y su mujer, viendo esto se atemorizaron tanto que lloraban de pena, y caminando el río abajo decían a sus hijos, que eran cinco los que allí traían: ¡Oh, hijos míos, perdidos somos, gran trabajo para vosotros, pues moriréis todos! Entonces el Padre procuró consolarlos diciendo que estuviesen fuertes y constantes, pues si era la voluntad de Dios, aunque fuesen presos, era gran fortuna el padecer trabajos por nuestra santa fe y morir por Dios. Con esto y otras razones procuró consolarles y animarles el bendito Padre; y al otro día se metieron por un estero para esconderse en medio de aquel campo, y entonces le dijo la mujer al P. Fr. Bartolomé: aquí en este campo hay una casa de un cristiano casado con dos mujeres, el cual ya ha muchos años que no hace ejercicios de cristiano; pero tampoco adora los ídolos; la mujer primera es mi tía, que guarda la fe; en dicha casa le recibirán a V. R. y podrá estar allí seguro; porque como el dueño está casado con dos mujeres y no hace vida de cristiano, nadie presumirá que hay allí cosas de religión, ni los ministros la registrarán dicha casa. Oyendo esto el Padre, se resolvió ir a la casa en donde le recibieron con mucho gusto y el dueño se alegró tanto que decía: nunca en mi vida he tenido fortuna tanta como ahora que el Padre está en mi casa (no dijo mal, pues el entrar en ella el Padre fué el remedio de su alma). Los pocos días que el Padre estuvo allí le predicó y exhortó a que guardase la ley de Dios

y rezase todos los días por la mañana y tarde las oraciones y el Santo Rosario; todo lo cual comenzó a cumplir desde entonces, y lloraba el buen hombre al conocer sus culpas y negligencia. También le exhortó el Padre a que repudiase a la segunda mujer, lo cual después también cumplió muy bien; y de tal suerte mudó su vida que al presente su casa es como un oratorio a donde vienen los Padres cuando administran por aquellas partes, y allí se juntan los cristianos de aquel distrito para recibir los sacramentos y oír la palabra de Dios, y el dueño de dicha casa es el que cuida de llamarlos y avisarlos.

XII

Vida del Ilustrísimo señor Obispo D. Fr. Juan de Santa Cruz

El Revmo. Sr. Fr. Juan de Santa Cruz, padre y fundador de nuestra misión de Tunking, nació en España de casa noble en tierra de campos. Sus padres lo criaron según pedía la condición y calidad de su estado; por medio de buenos maestros cuidaron de enseñarle y educarle en buenas y santas costumbres, de que salió muy aficionado a la virtud y letras. Y siendo ya mozo de edad competente para los estudios lo enviaron a la Universidad de Salamanca con la intención de acomodarle en el Colegio Mayor de San Bartolomé, que llaman comúnmente el viejo. Y porque se veía que Dios le tenía guardado para religión, diremos aquí lo que pasó antes de tomar nuestro santo hábito, que parece cosa prodigiosa.

Desde que entró en Salamanca tomó la costumbre de ir a ofrecer misa al Convento de San Esteban y mostraba grande afecto al santo hábito, y sin duda tenía deseos e inspiraciones de ser religioso de la Orden. Estando, pues, en vísperas de entrar en dicho Colegio sucedió (no se sabe por qué) que le dieron repulsa, permitiéndolo así Dios, pues le

tenía destinado para el ministerio del Colegio apostólico. A otro día se fué a San Esteban a oír misa, según tenía costumbre. Llegó a tiempo a la iglesia que salía a decir misa el Prior del Convento, que era el Padre Maestro Mertoma. Oyó la misa y luego persiguiendo al P. Prior hasta la sacristía, esperó a que se quitase los vestidos sagrados y diese gracias. Después, levantándose el Prior vuelto hacia él y mirándole le preguntó y le dijo, sin duda en profecía, pues totalmente ignoraba la intención y ánimo del santo mozo: ¿Qué quieres, don Juan, por ventura no pides el hábito de religión? Pasmado entonces y atónito el mozo de oír semejante razón, respondió: verdaderamente, P. Prior, que ahora acabo de conocer que habla Dios por boca de vuesa paternidad. Padre Prior, aquí estoy pronto y dispuesto para obedecer, y así hágase la voluntad de Dios. Pasado esto, aquel mismo día mandó el Padre Prior juntar el Capítulo en donde fué admitido y recibido de todos los Padres, y en el propio día le vistieron el hábito con singular gozo del Padre Prior y de todo el Capítulo.

Pasado el año de noviciado y hecha la profesión, entró luego en la carrera de los estudios en que salió muy aprovechado. Después, habiendo llegado al Convento de San Esteban, el Vicario de Filipinas a buscar religiosos para aquella Provincia, el P. Fr. Juan con la noticia de la exactísima observancia regular que allí se guarda y de los empleos que tienen allí los religiosos tan del servicio de Dios, dejando patria, parientes y amigos, determinó alistarse por uno de sus hijos. Empezó, pues, este tan prolongado viaje y en la barcada del año 1674 llegó felizmente a Manila, siendo Provincial el Muy reverendo Padre Fray Felipe Pardo, arzobispo que fué después de dicha ciudad y metrópoli. Luego le puso la obediencia en la casa del Parian en donde

aprendida la lengua sínica, trabajó grandemente en aquel ministerio instruyendo y bautizando a muchos infieles. Después en la Junta le pusieron en la casa de Binondo para el mismo empleo de los chinas; y llegado el último año del provincialato del señor don Fr. Felipe, que fué el de setenta y seis, le envió la Provincia en compañía del P. Fr. Juan de Arjona al reino de Tunking para levantar y dar principio a aquella Misión.

Salieron de Manila juntamente con otros cuatro religiosos que enviaba la Provincia para socorro de aquella Misión. Llegados a Cantón, todos los seis religiosos, el P. Fr. Juan se embarcó en un navío inglés, cuya capitán le llevó en derechura hasta el río de Tunking, habiéndole agasajado y tratado muy bien en el viaje. Consiguieron pasar la barra de aquel caudaloso río, tan peligroso por los muchos bancos de arena que en su navegación se encuentra, sin azar alguno, bendito sea Dios.

Llegados al embarcadero que llaman Hien, lugar de mucho trato, en donde dan fondo las embarcaciones extranjeras que vienen a comerciar, el Padre Fr. Juan despedido del capitán inglés, se fué a tierra en donde encontró algunos cristianos que lo recibieron y agasajaron con gran cariño. Empezó de luego a darse a aprender la lengua de aquel país y en breve tiempo pudo conseguir estar suficiente para el ministerio a que Dios le tenía destinado. Y así, dándose de todas veras a la predicación y enseñanza de aquellos infieles, corría por aquella ribera haciendo admirable fruto en aquellas almas; de suerte que en poco tiempo, con la ayuda de Dios, consiguió una copiosa mies en aquella inculta viña, bautizando a muchos de aquellos infieles, librándoles de los errores de sus tinieblas. Pero envidioso el demonio de ver el gran provecho que conseguían los anamitas y tunkines, y no pudiendo sufrir el

verse postrado por un hombre y expelido de los que por tantos siglos poseyera, se movió a hacerle cruel guerra en que se vió el P. Fr. Juan en gran conflicto.

De manera que estando allí en el puerto de Hien se ofresció bautizar un niño. El capitán del navio intentaba ser padrino; pero el P. Fr. Juan, sabiendo que era hereje, no le quiso admitir a la función de padrino. De lo cual, sentido y enojado en gran manera el capitán le dijo al Padre Juan: pues tú no quieres que yo sea padrino en este bautizo, he de hacerte cuanto daño pudiere; daré cuenta a los mandarines cómo hay aquí predicadores de la ley de Portugal (1), y no he de permitir que te quedes en esta tierra.

En diciendo esto le mandó llevar a bordo y encerrarle en el navio sin dejarle salir. Grande fué la pena y dolor del P. Fr. Juan en este caso. Y así recurrió a Dios con lágrimas pidiéndole remedio para lance tan apretado. Oyó su Majestad la aflicción de su siervo, porque está escrito: la oración de los humildes penetra los cielos. El caso fué que habiendo llegado el tiempo de partirse el navio, el capitán perseverando en su mala intención mandó que fuese la barca a remolcar el navio para que fuese saliendo por la barra hasta estar en paraje de poder gobernar, el cual no pudiendo aguantar la flema de los marineros, o pareciéndole que el navio corría algún peligro, mandó el bote al agua y ir él mismo a disponer y gobernar el remolque para guiar el navio con más seguridad. Pero ¡oh prodi-

(1) A la Religión Cristiana se la conocía en Tunkin como ley de Portugal. Así la denominaban los paganos quizá porque los primeros misioneros fueron dominicos portugueses de Macao, seguidos por jesuitas, también portugueses. Por eso a los mártires se les condenaba por seguir la religión o ley de Portugal.

gio de Dios! Apenas se habían apartado algún tanto del navío cuando cayó sobre ellos la ira de Dios, porque volcándose el bote quedaron todos sumergidos en aquellos mares, capitán y los demás, que eran los principales que le acompañaban. Viendo este caso tan espantable la demás gente, pasmados y atónitos, no se atrevían a proseguir el viaje. Con esto el Padre Fr. Juan, libre de su prisión, dando gracias al Señor que le había socorrido en aquella grande aflicción y trabajo, se fué a tierra a proseguir en el ministerio y aumento de aquella cristiandad. (Este caso le dejamos ya apuntado en la relación de su viaje a Tunking). Y prosiguiendo con gran fervor en la cultura de aquella viña, iba agregando cada día muchos hijos para la Iglesia.

Levantó las iglesias de Hien y Ke-sat en donde se dió principio a aquella cristiandad. Grande era el fruto del P. Fr. Juan en aquellas almas, y así el demonio más rabioso le iba haciendo mayor guerra. Llegado el año de ochenta y dos levantó aquella furiosa persecución en que fueron presos y desterrados del reyno de Tunking aquellos dos religiosos que dejamos dicho, compañeros de dicho Padre Fr. Juan. En donde fueron grandes los trabajos y muchas las tribulaciones que pasó; porque como la Misión estaba en los principios no hallaba seguridad en parte alguna, y así casi milagrosamente se pudo librar. Pasada esta tempestad se sucedió otra que fué de mayor sentimiento y pena para el P. Fr. Juan, pues se originó de los mismos que la hubieran de conjurar, y eran los señores Vicarios Apostólicos en la cual se vió precisado el P. Fr. Juan a desamparar totalmente aquella tierra y misión y irse al reino de Siam; y después de varias pesadumbres y trabajos que sufrió y padeció, vencidas gloriosamente todas las dificultades, volvió a su Misión, según dejamos también apuntado en dicha

Relación. Y entrando otra vez en su tarea apostólica logró en aquella viña mies mucho más copiosa y abundante, levantando juntamente nuevos templos e iglesias con numeroso concurso de cristianos.

Era el P. Fr. Juan devotísimo de la Virgen Señora Nuestra y de su santísimo Rosario, y para hacer más fruto en aquella Misión y ganar más almas para Dios, fundó la Cofradía del Rosario en varias partes de aquel reino y les enseñó a los cristianos tunkines el modo de rezarle, que hasta aquel tiempo ni lo conocían ni sabían; y así fué grande el fruto y provecho que hizo en aquellas almas con esta santísima devoción, confirmando la Reina Soberana su doctrina y predicación con muchos prodigios y milagros; de los cuales no es pequeña maravilla el ver que en tiempo de las mayores persecuciones, cuando los demás misionarios estaban escondidos, iba el siervo de Dios predicando y exhortando a la devoción del Santo Rosario y levantando muchas cofradías libremente y sin que nadie llegase a decir palabra, ni menos hacerle el menor estorbo, sacándole y librándole siempre la Virgen Santísima de los peligros.

Compuso también para el aprovechamiento de aquellos cristianos varios libros en aquel idioma, con que confunde sus errores, destruye los pecados y les muestra claro el camino para conseguir la gracia de Dios. Siendo aún mozo, hizo un escrito en que descubrió claramente en aquella misión muchos errores que como un pestífero y mortal veneno están encubiertos, los cuales por tantos siglos el enemigo tenía derramado en los ritos y ceremonias de los tunkines. Y aunque hubo muchos años antes de él bastantes misionarios, pero ninguno como el P. Fr. Juan hubo que en los ritos y ceremonias conociera del todo este mortal veneno como él. De tal suerte que los señores Vicarios Apostólicos tuvie-

ron suspensos en este punto a todos los misionarios de Tunkin hasta manifestarle la verdad; y por ruegos del Padre Fray Juan y a petición suya, el reverendo Padre Fray Juan de Paz (1) compuso aquel librito intitulado: *Preguntas o Quesitos de*

(1) El P. Fr. Juan de Paz, O. P. nació hacia 1620 en Andalucía; profesó en S. Pablo de Córdoba, el 25 de agosto de 1638, enseñando luego en Santo Tomás de Sevilla. Pasando a Filipinas, fué destinado a la provincia de Cagayan, ejerciendo el vicariato de Buguey en 1652. En 1654 fué nombrado catedrático de Teología en la Universidad de Santo Tomás de Manila, de la que fué luego Rector y Canciller. Su prudencia se manifestó en sus prioratos de Santo Domingo de Manila. Fué dos veces Definidor y Vicario Provincial. Fué varón muy prudente, docto y humilde, "un astro de primera magnitud que iluminaba todas estas regiones oceánicas". A él acudían en sus dudas toda clase de personas. Distinguióse notablemente por la prontitud con que respondía a multitud de consultas apoyando sus dictámenes en textos de ambos derechos, en la Sda. Escritura, Santos Padres, desentrañando con pasmosa claridad los casos más complicados y enredados. A las 260 dificultades que le propusieron los PP. de Tunkin respondió con difusión y en corto plazo. Aparecieron impresas en Manila en 1680. y las reimprimió en Sevilla un discípulo suyo, junto con un macizo volumen de otros pareceres dados por el mismo P. Paz. Murió en Binondo, en 1699, a los 80 de su edad.

En el MEMORIAL que presentaron a la Sda. Congregación, decían los PP. de Tunkin: "Asimismo procuramos examinar los ritos supersticiosos de que había muchos abusos en la Misión; de lo cual, a vista de tantos yerros y desaciertos que encontramos en ella, hicimos 260 preguntas a VV. EE. con el fin y deseo de acertar en lo que debíamos seguir; y pareciéndonos que la respuesta de VV. EE. tardaría más de lo que la necesidad demandaba, las remitimos a Manila, donde sabíamos había un Padre llamado Fr. Juan de Paz, varón de muchas letras, virtud y celo de las almas, pidiendo a dicho Padre su parecer, en tanto que llegaba la resolución de VV. EE. Y en efecto, dicho P. Fr. Juan de Paz nos las devolvió dentro de dos años resueltas con grande claridad en un volumen impreso que puede servir de luz y segura guía a todos los obreros que trabajan en esta viña".

(Vide Ocio: RESEÑA BIOGRAFICA, parte 2.^a, págs. 268 y sigs.)

Tunkin, el cual sirvió de mucha luz a los misionarios para guiarse y caminar derechos en aquella cristiandad, en orden a los ritos y ceremonias de los tunkines; mayormente hasta que salió la constitución apostólica *Ex illa die*, que todo lo tiene allanado, abonado y aclarado. Y así de nuestros misionarios tunkines se puede decir: los últimos fueron los primeros, y los primeros los últimos.

Habiendo sido el Padre Fray Juan de los primeros que de nuestros religiosos llegaron a aquel reino de Tunkin y haber fundado aquella Misión, será imposible referir los trabajos y persecuciones que padeció siempre con gran constancia desde que la empezó, que fué el año de setenta y seis, hasta el de veinte y uno en que murió; pues además de las persecuciones que dejamos dichas del Capitán inglés, y en la prisión de los dos religiosos, y después de los Vicarios Apostólicos, y en la fundación de la Cofradía del Santísimo Rosario; y luego en la contradicción y oposición que tuvo tan grande en la publicación de los libros que había sacado a luz para desterrar los errores de los tunkines. Porque en la Misión de Tunkin antes que saliese la bula *Ex illa die*, no faltaron defensores de teología confuciana. Véanse también sus grandes trabajos en la multitud de persecuciones que padeció por espacio de cuarenta años que estuvo en aquella Misión, que son tantas que es imposible reducirlas a número; pues según advierten las cartas anuales de nuestros misionarios raro fué el año que no hubiese persecución, y algunas de ellas tan fuertes que se vió obligado el Padre Fray Juan a huir a los montes, y otras veces a esconderse por meses en partes que más eran calabozos de delincuentes que otra cosa, por la mucha estrechez y oscuridad que tenía, pasando innumerables incomo-

didades y miserias. Cierta día, corriendo aún en la persecución, fué cogido por un bárbaro y sacrílego ministro de aquellos, el cual habiéndole hecho varias amenazas y amagos de querer quitarle la vida, el santo varón le dijo con grande alegría lo que se lee de N. P. Santo Domingo, es a saber, que no temía sus amenazas, aunque supiera que le había de despedazar todos los miembros de su cuerpo en menudas partes. Sería nunca acabar si se hubieran de referir los lances, peligros y trabajos en que se vió el siervo de Dios por aquellos sus amados hijos.

Entre las muchas virtudes que adornaron la persona del Padre Fray Juan era una: el amor de Dios y caridad tan grande que tenía, la cual como forma de todas las demás tenía asentada en su alma, y esto en tal grado que por los efectos se podía muy bien conocer. Dos horas de oración tenía infaliblemente todos los días; y con más especialidad solía dar a su alma este paso celestial después del sacrosanto sacrificio de la misa, y también a la noche, después de haber rezado los maitines y el Rosario de Nuestra Señora. La misa nunca la dejó por pereza u otra omisión culpable; antes bien, pocos días antes de su muerte, aunque tan postrado y quebrantado de fuerzas que apenas se podía tener en pie no dejó de celebrar. Avisado una vez por compañero que dejase la misa por verle tan débil y flaco respondió: no tengo otro consuelo en esta vida sino cuando digo misa; por tanto, pido a V. R. [en el ms. original, ilegible esta frase]. En cierta ocasión el día del señor San Andrés, en una aldea iba para decir misa, cuando en esto llegan los mozos y le dijeron: como faltaba el recado de la Misa porque lo habían hurtado; cosa rara, pues sin conocer el ladrón y sin tener indicio alguno de quien lo hubiese hurtado, manifestó luego en dónde esta-

ha el hurto, lo cual habiendo oído los cristianos partieron corriendo a la casa y habiéndola registrado, nada encontrando volviéronse y le dijeron: señor, hemos buscado toda la casa y no hemos encontrado cosa alguna de la misa. No entró bien en lo que decían los mozos, y así les mandó otra vez a la casa que buscasen los ornamentos de la misa. Vueltos allá y registrando con más cuidado, sucedió que en un hoyo o cava oculta encontraron todos sus ornamentos. Vueltos los cristianos a su presencia le preguntaron cómo había sabido quién había hurtado las vestiduras sagradas y dónde estaban, y les respondió que Dios Nuestro Señor se lo había manifestado.

En las virtudes de la fe y esperanza fué maravilloso el Padre Fray Juan, lo cual se verá por los casos siguientes. Sucedió una vez que en cierta aldea unos cristianos prendieron a una moza por haber hurtado ocultamente algunas cosas o hacienda de la sementera, la cual para evadirse del castigo huyó y se metió en la iglesia; pero también allí la buscaron y sacaron para castigarla. El Padre Fray Juan habiendo sabido el caso amenazó a los cristianos diciéndoles que si no volvían a la moza a la iglesia no les había de confesar. No obstante, los cristianos no hicieron caso de lo que les dijo el Padre, antes bien, cogieron a la moza y la castigaron despiadadamente. Viendo esto el Padre Fray Juan se fué luego de allí y después dentro de dos meses les vino una peste o epidemia en que murieron 54 cristianos de aquella corta aldea. Donde, reconociendo su pecado y muy arrepentidos de lo que habían hecho, pidieron perdón al Padre y le rogaron con grande instancia volviese a su aldea, a la cual luego que llegó, cesó totalmente la peste. Donde se ve clara y manifestamente la virtud y poder de Dios.

Otro caso le sucedió, que fué cosa rara y singular. Unos cristianos de cierta aldea cogieron un ídolo y se lo trujeron al Padre Fray Juan el cual luego que le tuvo en su presencia mandó que lo hicieran pedazos (cosa horrorosa). Inmediatamente que bajaron el ídolo se cayeron del interior del ídolo tres disformes serpientes que estaban allí escondidas. Pasmados todos aquellos cristianos de semejante suceso les dijo entonces el Padre Fray Juan: mirad los dioses que se adoran en este reino que son tres serpientes con que el demonio engaña y destruye la gente. Estas tres serpientes son las tres sectas que siguen los gentiles de este reino, es a saber: *letrados, idólatras y hechiceros* en figura de tres serpientes escondidas en los simulacros del Foe. Caso, por cierto, prodigioso.

En el edificio de las virtudes procuró siempre el Padre Fr. Juan asentar y poner profundamente una profundísima humildad, como que sabía ser esta virtud la base que mantiene las demás, y así en todas sus acciones y palabras mostraba siempre su grande humildad, tanto que aunque era docto y diestro en las resoluciones de cualquier materia, no obstante a todos preguntaba y consultaba como si fuera él inferior a todos; no reputaba como cosa indigna de su persona mientras fuese cosa del servicio de Dios sujetar su parecer al de cualquiera.

Siendo Provincial el M. R. P. Fr. Juan de Santo Domingo se mandó a los misionarios de Tunkin que escribiesen y diesen noticia de las cosas y sucesos de aquella Misión; y siendo así que los Padres Fray Pedro de Santa Teresa y Fr. Bartolomé Sabuquillo escribió cada uno su *Relación* en donde refieren los casos y sucesos que a ellos les pasaron en aquella Misión; el P. Fr. Juan que podía, sin duda alguna, escribir muchas cosas y casos particulares que a él

mismo le sucedieron, por ser el primero de los nuestros que entró a predicar en aquel reino, y además hallándose por entonces Prelado de aquella Misión, todo lo calla, excusándose con una grande humildad.

En el trato y gobierno de sí mismo fué severísimo. No comía más de una vez al día y así se conservaba muy casto y puro, en tal suerte que en su presencia nadie se atrevía a hablar cosa que pareciera inhonesta o menos recta, y esto aunque fuese sólo refiriéndola por modo de historia o de entretenimiento. Y en los sermones lo que predicaba lo dirigía principalmente contra ese vicio. En el confesionario era incansable adoctrinando y consolando continuamente a aquellos neófitos.

Referir aquí todas sus virtudes y el modo que observó y guardó en el progreso de su vida, pedía un grande libro.

Vida tan ejemplar y adornada con tantas luces de virtudes no quiso Dios tenerla oculta, sino ponerla sobre el candelero de su Iglesia para que luciera y alumbrara no sólo al reino de Tunkin, sino a otras partes deste Oriente, elevándolo a la dignidad episcopal de Vicario Apostólico y Obispo Nimeriense. Hallándose el Patriarca Alexandrino señor Carlos Tomás Mayllart de Tournon, Legado del Papa, y después Cardenal de la Santa Iglesia en la ciudad de Macau, envió sus letras al reino de Tunkin nombrando al P. Fr. Juan de Santa Cruz Prelado entonces de aquella Misión, por sucesor del difunto señor Lezzoli, en el vicariato Apostólico de aquel reino, cuyo nombramiento pondremos aquí, según consta por una carta que dicho señor legado escribió a nuestro M. R. P. Provincial Fr. Juan de Santo Domingo, en la cual dice así: "M. R. P. Entretanto no sólo por el mérito personal del P. Fr. Juan

de Santa Cruz, Vicario Provincial de la Misión de Tunkin; más aún en testimonio de especial confianza y estimación que hace la Sda. Congregación de sus religiosos empleados en la propagación de nuestra santa fe, tengo elegido a dicho Padre por sucesor de señor Obispo Olonense en el Vicariato Apostólico de aquel reino, que fío será por vuesa paternidad aplaudido como quien distintamente conoce sus dignas cualidades con que acrescentará el estímulo a su celo para dar por su parte todo fomento a aquella Misión", etc. Hasta aquí el señor Legado.

Después del año diez y nueve recibió las bulas de su Santidad con la gracia de Obispo de Nemea. No por verse el reverendísimo señor Santa Cruz sublimado a tan alta perlacia y dignidad se olvidó de lo que era, como quien tenía bien radicada la virtud de la humildad en su corazón; por lo tanto, aunque se hallaba en puesto tan elevado, ni la vanidad, ni otra aura popular le pudieron hacer ningún contraste, antes bien se tenía y reputaba como uno de los misionarios particulares, huyendo siempre toda adulación y vanagloria y trabajando continuamente en aquella Misión hasta que la edad y las fuerzas le ayudaron. Fué siempre amantísimo de su Madre la Misión, lo cual mostraba no sólo en sus palabras, sino también en sus obras y especialmente en el vestido; pues ninguno de aquel reino, sino el señor Santa Cruz acostumbró el vestir la túnica y escapulario, y esto aun después de ser Obispo. Caminaba en sus misiones siempre a pie y calzado en sus zapatos quitándoselos solamente cuando había de pasar por partes que hubiese agua. Fué observantísimo en cumplir las órdenes y decretos de Su Santidad y de la Sagrada Congregación.

Fué también muy caritativo y limosnero, y en-

tre las limosnas que hizo no se olvidó de enviar una muy buena a su convento. El año de diez y nueve le consagró el Sr. Obispo Niseno en la aldea de Trung-Linh, pues por su mucha edad que era ya de 71 años, no había podido emprender viaje para consagrarse, y así estuvo aguardando a que el señor Niceno volviera de Manila y entonces se consagró, que fué el día 13 de agosto del año diez y nueve. Sobrevivió después el señor Santa Cruz dos años más, y habiendo entrado en el año de veinte y uno, quebrantado ya por su vejez y muchos trabajos, cercado de persecuciones, penas y dolores que Dios Nuestro Señor le envió a la hora de la muerte en señal de su predestinación, las cuales todas sufrió y padeció siempre con gran igualdad de ánimo y con invicta paciencia; y luego, agravándose cada día su enfermedad y achaques, recibidos con gran devoción y lágrimas los santos sacramentos, y abrazado a un santo crucifijo, rindió su alma al Creador, a los 75 años de su edad de este año 1721.

Apenas había muerto cuando empezaron a bajar muchísimos cristianos de todos aquellos pueblos y aldeas a visitar su sepulcro, llorando todos amargamente, pues en la muerte del señor Obispo don Fray Juan de Santa Cruz habían perdido Padre que los amaba tiernamente, Prelado que los gobernaba y patrón que les defendía. Hacen memoria de este apostólico varón las cartas anuales de nuestros misionarios por las siguientes palabras: en el reino de Tunkin, a los 14 del mes de agosto del año 1721, murió el Ilmo. Sr. Santa Cruz, Obispo Nimirriense y Vicario Apostólico de aquel reino. Devotísimo de Nuestra Señora y de su Santísimo Rosario, cuya devoción aumentó mucho en esta Misión predicando y escribiendo muchos libros en lengua

tunkina. Hombre de gran tesón y celo de las almas; padre de nuestra Misión, pues él fué el primero de nuestro santo hábito que entró en Tunkin y fundó esta Misión con muchos trabajos y méritos que Dios Nuestro Señor le habrá pagado largamente en la otra vida, etc. (1).

(1) El mismo P. Santa Cruz dice en su *Relación*: "Los libros que tengo aquí compuestos son:

1. CONFESIONARIO largo sobre los Diez Mandamientos.
2. VIDA de Santa Rosa de Lima.
3. LIBRO sobre la ADORACION Y CULTO DE LAS IMAGENES, con milagros de N. P. Santo Domingo en Soriano.
4. EJEMPLOS DEL ROSARIO (tres tomos) y sus indulgencias.
5. ORIGEN Y PRINCIPIO DE LAS COSAS, contra la idolatría.
6. ORACIONES en letra mandarina, TRADUCIDAS en la letra vulgar.
7. ARTE DE LETRA MANDARINA.
8. VOCABULARIOS para aprender la letra mandarina; dos tomos, cada uno con 18.000 caracteres chinos. Me costó tres años hacerlo.
9. EXCELENCIAS DE NUESTRA SANTA FE.
10. EL SANTISIMO SACRAMENTO; pláticas para recibir bien la Sda. Comunión.

(*Apud* Ocio: *RESEÑA BIOGRAFICA* de la Provincia del Santísimo Rosario; parte 2.ª, pág. 284).

XIII

Año 1722

Trátase de la persecución y sucesos de este año

Dejamos a nuestro insigne Padre Fr. Bartolomé en la casa arriba dicha, con mucho trabajo, pues la casa era pequeña con un sólo aposentillo donde estaba el Padre; y porque algunos gentiles solían entrar y salir estaba con bastante recelo de que lo supiesen, porque por entonces estaban los ministros del mandarín en aquel distrito publicando el edicto contra nuestra santa ley y inquiriendo los lugares en donde había cristianos; por lo cual determinó partirse de allí, con gran sentimiento del casero, pues quería que estuviese allí mucho tiempo. El Padre procuró consolarle y le dijo: que cumpliendo con las obligaciones de cristiano, volvería allí algunas veces, como de hecho volvió después y administró y dijo misa en dicha casa.

Partióse, pues, de allí en un barquito y se vino a la aldea de Ke-rem, en donde había estado el mes de octubre del año pasado. Aquí se metió en una casa sin que persona alguna lo supiese, menos los caseros, los cuales temiendo que los vecinos llegasen

a saberlo, tenían al Padre con tan grande estrechez que no le dejaban toser, ni sonar las narices con fuerza porque no lo sintieran; por tanto, le fué necesario al pobre tragar mucha saliva. De esta suerte, estaba en aquella cartuja obscura todo el día y noche sólo mendigando un poco de luz por un agujero pequeño de una pared. Estando aquí tan oculto sucedió que el día 27 de enero unos ministros del gobernador llegaron a aquella aldea diciendo venían a negocio de mandarín, sin decir qué negocio ni manifestar el papel sellado del gobernador. Todos los de aquella aldea, así gentiles como cristianos, hicieron concepto de que dichos ministros vinieron a prended los cristianos de la aldea, que eran muchos, por lo cual el principal mandó a los demás cristianos que se fuesen a otro lugar para librarse de ser presos. Aquel día todos los cristianos desampararon sus casas y se fueron a ocultar unos por aquellos campos, otros por otras partes. Los caseros de los Padres se perturbaron tanto y estaban con tan gran temor que perdieron el tino, sin saber qué hacerse, pues echaron voz de que aquella casa era acusada de primer lugar. El casero y sus hijos todos se fueron a esconder al campo. El Padre se quedó en la casa y se metió en cierto escondrijo oculto que allí tenía prevenido para una contingencia. La casera que sola se quedaba en casa se vistió cuantos vestidos tenía; y preguntándola el Padre por qué se vistió con tantos vestidos, le respondió que era para recibir mejor y sentir menos los palos y los golpes que esperaba le habían de dar los ministros del mandarín dándole tormento para que manifestase dónde estaba el Padre o las cosas de la religión. Era ya medio día cuando el Padre entró en aquel escondrijo entre dos paredes, tan estrecho que no había dónde sentarse. Aquí estuvo esperando cuándo venía el golpe, con muchos y justos te-

mores. Llegó la noche, y a cosa de las nueve se supo cómo ya los ministros habían abierto el despacho del mandarin y que venían a buscar cierto ladrón de aquella aldea y no a prender cristianos, ni traían orden alguna contra nuestra santa ley. Con esta noticia todos se alegraron mucho; los cristianos volvieron a sus casas, y el P. Fr. Bartolomé salió de aquella cueva casi tullido que apenas podía caminar, por ser mucha la humedad que allí había; y luego prosiguió su cartuja en aquella misma casa.

En los principios de este año prendieron al catequista de dicho Padre, llamado Luzle, porque sucedió que el dicho catequista tenía sus cestos con algunas cosas de religión en casa de un cristiano, y como dicha casa estuviese acusada, los ministros y aguaciles entraron y registrando hallaron las cosas de religión, prendieron al dueño de la casa y le embargaron cuanto tenía, y preso le entregaron al gobernador que luego le puso en la cárcel. Y como el catequista, que estaba ausente, supiese este caso, teniendo misericordia de aquel pobre cristiano que padecía por su causa, él mismo se presentó en la audiencia del gobernador diciendo que aquellas cosas de religión eran suyas y no de aquel cristiano, por lo cual pedía le perdonasen, y que él recibiría el castigo. El gobernador le preguntó si era catequista, y él respondió que lo era. Le volvió a preguntar el gobernador qué era lo que predicaba; respondió que los diez mandamientos de la ley de Dios, los cuales predicó allí en la sala del gobernador, delante de todos los mandarines y ministros. Luego le dijo el mandarin si obedecía el decreto del rey, dejando aquella ley. Respondió entonces el catequista que estaba pronto a padecer cualesquiera tormentos hasta morir antes que dejar una ley santa que él había guardado desde su niñez.

El gobernador oyendo esto, luego mandó le pu-

siesen en la cárcel con grillos, en donde estuvo noche y día predicando la ley de Dios y después, no tardando mucho tiempo, que con los trabajos de la cárcel le dió una enfermedad que en poco tiempo le quitó la vida temporal; y sin duda Dios Nuestro Señor le concedería la eterna por lo mucho que trabajó en aquella Misión predicando la ley de Dios y ayudando a todos nuestros religiosos. Este catequista era de edad que pasaba de los setenta, y ayudó a los Padres de nuestra Orden desde el año de setenta y seis. Era muy devoto de Nuestra Señora, gran predicador del Santísimo Rosario y su Cofradía. Además de los rosarios que todos los días rezaba de comunidad con los demás, todas las noches a la media noche se levantaba y rezaba el rosario entero con sus ofrecimientos y la letanía de nuestra Señora. Todo lo cual testifica el P. Fr. Bartolomé, pues le ayudó y estuvo en su casa muchos años. Era muy afecto a nuestra Sagrada Orden y sirvió mucho a los Padres trabajando sin replicar en todo cuanto le mandaban. Murió el día 28 de enero de este mismo año veinte y dos en la cárcel con los grillos de hierro puestos.

Por este mismo tiempo sucedió que un capitán inglés con un patache y un barco medianos ya cargados, estaba de partida cerca de la barra para salir al mar. Estando pues así le acusaron cómo había comprado cobre ocultamente, lo cual el rey tiene prohibido, que nadie lo puede vender en su reino. Sabida esta noticia en la Corte, bajó luego un mandarín de armas mandando a dicho capitán inglés se detuviese para registrar y volver a pesar el cobre. El capitán no quiso obedecer ni permitir registro alguno. Llegando a noticia del rey, luego despachó muchas galeras de guerra para compeler al inglés obedeciese, y aunque le dispararon muchos tiros no le hicieron daño alguno. El inglés disparó

poco, pero bien, porque echó a pique una galera matando muchos soldados tunkines, con lo cual les amedrentó de tal suerte que no se atrevieron a seguirle, y saliéndose por la barra, se partió y prosiguió su viaje sin que nadie le estorbase.

Con este suceso se irritó mucho el ánimo del rey y de sus mandarines contra los europeos, y entendiendo que los ingleses también eran cristianos como ellos, se enfurecieron más contra nuestra santa ley. Y lo que más agravaba el caso era que los que vendieron el cobre a los ingleses eran cristianos, por lo cual todo era añadir leña al fuego; y la persecución cada día ardía más y con más fuerza; y los cristianos que llevaban presos a la Corte eran muchos y les daban crueles tormentos. Con todo esto el P. Fr. Bartolomé en la Cuaresma de este año pudo administrar a muchos cristianos que de noche ocultamente venian a la casa donde él estaba. El Viernes Santo por la noche se partió de esta aldea porque dijeron que algunos gentiles se congregaron para prenderle. Aquella misma noche en el río administró a algunos cristianos y soldados; y el Sábado Santo dijo misa en el barco de un mercader, y a la noche subió a unas cacerías de cristianos que estaban al río y administró toda la noche con gran concurso de cristianos; y a la mañana de Pascua, antes de amanecer, dicha la misa, se partió en un barquito y determinó dar una vuelta por todo su distrito para visitar y animar a los cristianos tan perseguidos y vejados de los gentiles. Y como la persecución era tan rigurosa, hacían ellos juicio que los Padres ya no podían permanecer más en el reino ni administrar; por lo cual hubo algunos que dejaron la fe, otros muchos desmayaban y faltaba poco para dejarla.

Con un catequista y un ayudante de misa en el dicho barquillo visitó el P. Fr. Bartolomé todo su

distrito, administrando muchas veces en los ríos a donde venían los cristianos, y otras veces en algunas casas junto al río; y cuando supieron que el Padre iba por aquellos ríos administrando se animaban a perseverar en la santa fe, y el Padre Bartolomé procuraba consolarles diciéndoles que los Padres estaban determinados a padecer cualesquiera trabajos y permanecer en la Misión, y de ninguna manera dejarían la cristiandad; por tanto estuviesen constantes en guardar la ley de Dios, pues los Padres lo estaban en asistirles hasta la muerte. De esta suerte caminó el siervo de Dios P. Bartolomé, y después se volvió a su retiro de la aldea de Kerem, y allí compró un barquito y con un catequista y un ayudante de misa, con cuatro cristianos que remaban, se volvió a salir para correr y visitar otra vez más despacio toda su cristiandad.

En este mismo tiempo por el mes de mayo el Consejo publicó un edicto monitorio en que mandaba a los gobernadores de todas las provincias que, por escrito, diesén fe, cada de por sí, si en su provincia todavía permanecía la cristiandad o no; y que si en adelante en alguna provincia se hallase gente que aun perseveraba en seguir la ley de los cristianos, examinada la verdad, se procediera haciendo juicio riguroso contra el gobernador de aquella provincia. Esto es lo que, en suma contenía dicho decreto. Por lo cual se puede conocer cómo el rey y su consejo estaban en grande odio contra nuestra santa religión, haciendo todo esfuerzo para exterminarla de su reino.

Este mismo año por los últimos del mes de mayo llegó a aquel reino un champán de chinas que había salido de Cantón, en el cual venía socorro que la provincia enviaba a aquella Misión. También venía en dicho champán para el reino de Tun-kin el reverendísimo Padre Simón Sofietti, clérigo

regular y comisario apostólico con su compañero el Padre Salvador Bassins, barnabita. Luego que el dicho champán llegó a la barra, el capitán china teniendo noticia de la gran persecución que actualmente había en Tunkin contra nuestra santa fe partió al emporio de Hien a buscar algunos cristianos que él conocía, para que sacasen del champán a nuestros Padres con todas sus cosas antes que bajasen los guardias.

Estando, pues, dicho capitán ausente y el champán ya pasaba la barra del río, una noche se pegó fuego en dicho barco y emprendió para aquella parte donde estaba todo el tren y socorro de los Padres que se quemó todo; sólo se salvó un bote de polvos y un tonel de rosarios. Todo lo que el Padre Sofietti y su compañero traían también se quemó; y lo poco que se libró del fuego, los chinas lo arrojaron al río. Los dichos Padres entendieron abrasarse aquella noche; pero después de haberse quemado mucho de lo que traían se pudo apagar el fuego.

El distrito de este río pertenecía al P. Fr. Juan Ventura, el cual estaba de allí distante medio día de camino. Y teniendo noticia de la llegada de dichos Padres y del peligro en que estaban, luego con su barco, juntamente con el P. Fr. José Valerio, que venía de Hien con el mismo intento, bajaron y sacaron a dichos Padres con lo poco que había quedado de dicho champán y luego los condujeron a la aldea de Hue-huy en donde estaba el Padre Vicario Provincial. A la verdad, si no sacaren a dichos Padres cuanto antes, corrían mucho peligro que los chinas los matasen o arrojasen al río; pues si los mandarines cogieran a los Padres en el champán, quedaban los chinas perdidos y embargada toda su hacienda.

El Padre Fr. Bartolomé estaba en este tiempo

ocupado en la visita de su distrito, la cual concluida y habiendo administrado en algunas aldeas, por el mes de junio se volvió a Ke-rem. Aquí estuvo con quietud algunos días, pero le duró poco; pues en este mismo mes sucedió el caso siguiente. En una aldea junto al mar llamada Catbang había una residencia de la cual por entonces cuidaba el Padre Fr. Juan de Verea. Presentaron una acusación al rey diciendo que dicha aldea toda era de cristianos, y que allí se juntaban los Padres cristianos maestros de la ley, añadiendo otras cosas falsas, como que en la dicha aldea tenían armas para defender a los Padres, etc. El rey, que entonces estaba muy enfurecido, inmediatamente despachó diecisiete galeras de guerra con 800 soldados y, cercando la aldea para que nadie pudiese escapar, entraron los mandarines con los soldados prendiendo a todos, grandes y pequeños, mujeres y hombres; y todos atados los pusieron en una casa pública con guardias, y embargaron todas las casas con las haciendas. El P. Fr. Juan estaba entonces ausente, y si se hubiera hallado allí ciertamente lo cogen y le hubieran cortado la cabeza sin remedio. El catequista del dicho Padre que por entonces se hallaba allí, se escondió muy bien entre unas cañas, y después de unos días que padeció hambre, de noche caminando a gatas por no ser visto de los guardias, se escapó de allí y si le prenden estaba sentenciado también a degüello. Prendieron un criado del dicho Padre Fr. Juan, llamado Thomebey, el cual sin tormento alguno confesó cuanto había. Era este mozo simple y medio tonto; unas veces decía uno y otras otro, por lo cual los mandarines no hicieron caso de sus dichos.

Después en unas casas junto al mar, pertenecientes a otra aldea, cogieron un cajón con cosas de religión, y prendieron a una mujer dueña de la ca-

sa, la cual dijo que aquellas cosas eran de un catequista ya muerto. También prendieron allí a otro mozo que había sido criado del Padre Fray Ventura, al cual preguntando los mandarines quién había enseñado la ley en Catbang, dijo que el P. Bartolomé y el P. Ventura, y que ambos eran europeos. Después de algunos días buscando por otras partes cosas de religión, en un tanque sólo hallaron un rosario con una medalla. En fin, después de haber estado dicha aldea cercada de soldados y gente de guardia diez y siete días, se partieron los mandarines y se llevaron presos seis hombres de dicha aldea, y la demás gente dejaron con guardias en la dicha casa, y como estaban embargadas todas las casas padecían mucha necesidad, padeciendo sólo aquello que les daban de limosna, hasta que después vino orden del rey que se volvieran a sus casas y les restituyesen sus haciendas; pero cuando llegaron lo hallaron todo perdido y usurpado como hacienda de ciudad que fué entrada a saco.

Los que llevaron presos a la Corte fueron sentenciados a limpiar los establos y caballerizas de los elefantes del rey; y corrió voz que si hubieran cogido al Padre dentro de la aldea fueran muchos degollados. En la sentencia que se dió en la Corte están el Padre Fray Juan de Verea y su catequista sentenciados a degollar, en caso que sean cogidos.

Este golpe y persecución de Catbang hizo mucho ruido en todo el reino, y entre los gentiles era continuo murmullo hablando de dicha prisión, y no había parte en donde no se hablase y supiese, y nuestra santa ley cada día vituperada. Por lo cual el Padre Fr. Bartolomé se vió obligado a dejar su habitación antigua de Ke-rem y meterse en su barquito en que iba peragrande de un río para otro con gran trabajo y padeciendo calores excesivos, pues era en medio verano, caminando de esta suer-

te que no podía decir misa. Sólo el día de N. P. Santo Domingo pudo salir a una iglesia en donde celebró y administró a algunos cristianos. Después prosiguieron su derrota por los ríos, casualmente encontró dos barcos, el uno del P. Fr. Juan Ventura, y el otro del P. Fr. Juan Pozuelo que huyendo de la persecución iban también navegando por aquellos ríos.

Era vispera de San Lorenzo cuando los Padres se encontraron, y así al otro día pudo el P. Fr. Bartolomé decir misa en el barco del P. Ventura por ser algo más ancho. Pasados dos días llegaron a otro río en donde encontraron el barco del P. Fr. José Valerio con el P. Salvador Rasini, ambos juntos. Se alegraron y consolaron todos en grande manera en medio de tantos trabajos, y viéndose tan perseguidos, no obstante se animaron a perseverar en la Misión y padecer trabajos por Dios Nuestro Señor. Luego determinaron el camino juntos, aunque de día cada uno estaba en su barco por las contingencias que podían suceder y porque el estar juntos en un barco, demás de la estrechez, podían hacer mucho ruido hablando y ser sentidos de los gentiles: sólo a la noche todos cuatro barcos bajaban juntos en algún lugar solitario, y entonces se metían todos en un barco y allí se consolaban pasándolo alegremente.

Tres días anduvieron caminando de esta suerte cuando les llegó noticia por medio de un catequista que habían acusado en el tribunal del gobierno de la provincia que los Padres europeos escondidos en sus barcos caminaban por los ríos, y que el gobernador enviaba espías para conocerlos. Recibida esta noticia se juntaron los Padres a consultar el medio que habían de tomar, pues según noticia corrían mucho peligro. En los barcos de los Padres no van mujeres, sólo los conducen los mozos

sin mujer alguna. En los barcos que son mercantiles de ordinario tienen sus mujeres e hijos, por lo cual fácilmente conocen los gentiles los barcos que son de Padres. Por lo tanto, resolvieron que en cada barco fuese una mujer por barquera para que los espías no pudiesen conocer era barco del Padre. Con esto prosiguieron su viaje peregrinando por aquellos ríos. En todo este tiempo que fueron juntos los más días les venían noticias tristes, como que prendían en diversas partes muchos cristianos, que en la Corte las cárceles estaban llenas de ellos, que en el supremo tribunal de la Corte todos los días sacaban aflicción a los cristianos y les daban crueles tormentos, que los consejeros estaban empeñados en acabar con la cristiandad de esta vez. Todo esto no solamente lo sabían los Padres por sus mozos y algunos cristianos que iban y venían; sino también los gentiles que pasaban por los caminos iban hablando de la persecución de los cristianos y de los tormentos que les daban en la Corte; todo lo cual afligía en gran manera a los Padres.

Caminaron de esta suerte hasta los principios del mes de septiembre, y teniendo noticia cómo el reverendísimo Sofetti y el P. Vicario Provincial, Fr. Eleuterio Guelda estaban en grande estrechez y con mucho trabajo, los Padres Ventura, Valerio y Rasini, con dos barcos se partieron a ocurrirles y sacarles de aquesta estrechura. El P. Pozuelo y el Padre Bartolomé se quedaron juntos, y llegando a un río sucedió que algunos cristianos de aquellas partes llegaron a los barcos de los Padres a pedirlos los sacramentos. Entre ellos venía un catecúmeno nuevamente convertido a nuestra santa fe, hombre de mediana edad, viudo con cinco hijos y pedía el santo bautismo. El catequista le propuso la dificultad que al presente había para que pudiese guardar la ley de Dios, pues el rey la prohibía con todo

rigor. La persecución tan grande contra los cristianos y los tormentos que les daban cada día en la Corte, y que muchos que habían sido cristianos de mucho tiempo apostataron de la fe por temor de los tormentos; y así que él, como nuevo, en una contingencia no podría estar constante. Sin embargo, respondió muy resuelto que él no iba a la fe por cosas temporales, que creía ciertamente que había Dios, paraíso, infierno, pena y gloria, y que lo que le movía a hacerse cristiano era sólo la salvación de su alma; por tanto, que estaba determinado en cualquier evento a padecer por Dios cualesquiera tormentos y trabajos hasta morir antes que negar la fe de Jesucristo. Oyendo esta respuesta los Padres se quedaron admirados de ver tan grande fe y constancia en un nuevo catecúmeno. Entonces el Padre Bartolomé le dijo al Padre Fray Juan Pozuelo que le bautizara, y aquella misma noche recibió el santo bautismo con mucha devoción y fe.

De allí a pocos días, este mismo bautizado fué a buscar al P. Fr. Bartolomé y le trajo cuatro hijas y un hijo varón que tenía, para que el Padre los bautizara, pues ya estaban instruidos en las oraciones y doctrina cristianas, a los cuales bautizó con mucho consuelo, porque, aunque de poca edad, recibieron el santo bautismo con mucha fe mostrando grande alegría interior. El padre y los hijos guardaron y guardan la ley de Dios con gran devoción, y frecuentan mucho los sacramentos, haciendo ventaja a los cristianos antiguos. Este caso consoló mucho a los Padres viendo que en tiempo que nuestra santa ley estaba en aquel reino tan vituperada, perseguida y abatida, Dios Nuestro Señor infundió tanta fe y luz en un hombre que siempre había sido gentil, metido en oscurísimas tinieblas de infidelidad.

Después, el P. Fr. Juan se bajó hacia el mar a

buscar a unos misionarios y el P. Bartolomé se quedó en aquellos ríos. Pasados dos días, vino un buen cristiano a verle y le dijo que allí cerca había unas caserías junto al río, y que él ya les había predicado nuestra santa ley y todos estaban convertidos y dispuestos para recibir el bautismo. Partió luego allá el Padre Bartolomé y le recibieron con mucho gusto, y en dos noches que allí estuvo predicándoles e instruyéndoles les bautizó a todos, grandes y pequeños. Eran seis casas de familias con sus mujeres e hijos. En aquellas dos noches también administró muchos cristianos que venían de diversas partes. Todo lo cual consolaba mucho y aliviaba al siervo de Dios Fr. Bartolomé de las angustias y trabajos de la persecución; y prosiguiendo por aquellos ríos socorrió y administró a otros cristianos, y después dió la vuelta a su antigua habitación de la aldea de Ke-rem. Pero no pudo permanecer mucho tiempo, porque sucedió que dos Padres de la Compañía, huyendo de la persecución se fueron a los confines de aquel reino, cerca de China, pareciéndoles que de esta suerte estarían seguros; pero allá fueron presos del mandarin tunkino que gobernaba aquella tierra y los trajeron a la Corte a donde llegaron por los últimos de septiembre, y los entregaron al supremo tribunal del rey y luego mandó ponerles presos con grillos, en cárceles distintas, apartado el uno del otro.

La prisión de estos dos padres europeos fué muy sonada por todo aquel reino, y los tormentos tan crueles que dieron a tres mozos de dichos Padres. Los que iban y venían de la Corte no hablaban otra cosa. Los soldados de la aldea de Ke-rem vinieron de la Corte y todo era hablar de la prisión de los Padres jesuitas; y los gentiles decían: ya prendieron a los maestros de la ley, con otras muchas cosas. Con estas voces se perturbaba todo y los

cristianos le dijeron al Padre que allí no estaba seguro. Por lo cual le fué necesario otra vez al Padre Bartolomé bajarse a su barquito y caminar como antes por aquellos ríos, administrando donde podía.

En los principios del mes de diciembre unos ministros del mandarín de repente se echaron sobre el barco del Padre Bartolomé, y preguntando si allí había algún maestro de la ley, querían registrar. Entendió el buen Padre por entonces ser preso sin remedio; no obstante, procuró hacer sus diligencias para escapar. Tapóse y se cubrió con algunos vestidos para que no le vieran, y la gente, con buenas palabras procuraron divertir a los ministros para que no registraran. Y sin hacer más diligencias, se fueron; y el Padre con su gente quedó dando gracias a Dios que los libró de sus manos.

XIV

A ñ o 1723

Prosigue la persecución y se trata de algunos mártires que hubo este año en Tunkin

En este año, aunque la persecución estaba todavía en su vigor, todos los Padres se animaban a salir y administrar cada uno su cristiandad y distrito; y porque los cristianos no podían ocurrir y socorrer a los Padres dentro de la aldea por miedo de los gentiles, de noche salían a los ríos, y en los barcos que eran bastante capaces administraban y decían misa, y los barcos les servían como si fueran iglesias. El Padre Bartolomé compró este año un barco muy capaz para poder decir misa, el cual estaba continuamente sirviéndole de casa y habitación. Todas las residencias que tenía nuestra Misión fueron destruidas en esta persecución, menos la casa e iglesia de la aldea de Luchuy que los cristianos animosos pudieron conservar, aunque fueron acusados y vejados bastante.

En este mismo año, por el mes de mayo, uno de los Padres jesuitas que habían sido presos el año pasado, murió en la cárcel, y también murieron algunos cristianos que habían sido encarcelados con los Padres en otras cárceles. Y no hay duda que algunos sean mártires, pues habiendo pade-

cido crueles tormentos, eran después puestos en cárceles muy oscuras y profundas, con cepos en los pies, en donde era tanta la hediondez y tantos los mosquitos, que esto sólo bastaba para quitar la salud y la vida. También fueron dando sentencia a los cristianos que estaban en las cárceles, que eran muchos. A unos sentenciaron a limpiar los establos de los elefantes; a otros a las caballerizas del rey; unos por toda su vida, otros por diez años. Las mujeres cristianas fueron azotadas cruelmente, y después las dejaban libres.

A 11 del mes de setiembre, en la Corte públicamente degollaron por nuestra santa fe, a un Padre de la Compañía, el cual había sido preso el año pasado de veintidós. Este Padre se llamaba Francisco María Bucharelli, florentino de nación. Además degollaron seis cristianos catequistas y criados de los Padres jesuitas. Fuera de éstos degollaron a otros tres cristianos. De suerte que entre todos los degollados por nuestra santa fe fueron diez. Otro cristiano también de Ke-sat iba sentenciado también a degüello; pero aquel día mismo, por empeño de una señora de palacio y de otro mandarín grande fué perdonado; mas le multaron en mucho dinero. El acto sucedió en la forma siguiente: el dicho día 11 de octubre, muy de mañana los sacaron de la cárcel. Unos cargadores de una tarimilla de caña llevaban al Padre jesuita, atadas las manos por detrás y los pies con grillos; los demás todos iban por su pie. Conducían también una gran tropa de ladrones y otros reos para ser ajusticiados, y todos iban escoltados de muchas compañías de soldados armados, con los alfanges desnudos. Los llevaron a todos hasta la puerta del palacio donde estaba el tribunal y un mandarín de letras que notificaba la sentencia a cada uno. El dicho mandarín iba leyendo las sentencias y cuando llegó a leer la sentencia dada con-

tra el Padre y los cristianos condenados a degüello, dijo en alta voz delante de todos: esta es injusticia que se hace a estos pobres cristianos, pues no tienen delito alguno que merezca sentencia de muerte. Y luego decía a los cristianos: hijos, yo tengo misericordia de vosotros; no puedo remediarlo, pues es mandato del rey, y así, paciencia.

Aquel mismo día, algunos mandarines píos y otras señoras de palacio presentaron diversos memoriales al rey pidiendo no degollase al Padre europeo, ni a los cristianos, pues nunca se había hecho tal cosa en Tunkin, y que el ser cristiano no era pecado tan grave que mereciese la muerte. El rey, dicen que estuvo tan duro y obstinado que a todos respondía: lo que está determinado y sentenciado se ejecute y no más. Estuvieron allí detenidos en las puertas de palacio hasta muy tarde, y viendo que ya no tenía remedio, los llevaron a todos al lugar del suplicio, que está fuera de la Corte; y llegando allí, a todos los que habían de ser degollados les ataron y maniataron a cada uno de por sí en un palo o estaca hincada en tierra y puesta en forma de cruz. Luego fueron ejecutando las sentencias. Primero azotaron a muchos facinerosos y malos; después cortaron las manos a otros muchos ladrones. A una mujer que había muerto a su marido le echaron a un elefante que luego la hizo pedazos. A otros les dieron garrote apretándoles los palos por la garganta; y lo mismo fué el degüello. Al Padre jesuíta y a los cristianos les degollaron juntamente con algunos ladrones gentiles que estaban sentenciados también a este castigo. El dicho Padre y demás cristianos padecieron constantemente con mucha fe y fortaleza que mostraron. A este espectáculo concurrieron innumerable gente y muchísimos cristianos de diversas partes, que lloraban amargamente sin poder retener las lágrimas. Luego que

fueron degollados, todos aquellos cristianos que se hallaban allí, sin temor ni miedo alguno, corrieron al lugar del suplicio y entrando intrépidamente unos con paños, otros con papeles y otros con sus propios vestidos, recogieron toda la sangre de aquellos felices mártires, la cual repartían después por todas partes a los fieles por reliquia. Aquella noche vinieron todos los cristianos a besar los pies de aquellos mártires, y les dieron sepultura poniéndoles a cada uno en una caja o ataúd de madera que ya habían prevenido para todos.

Luego que acabaron con toda esa función, se vieron dos mandarines de la casa real que, a caballo, corrían a más no poder hasta que llegaron al lugar del suplicio, y viendo que ya estaban degollados, se volvieron sin decir cosa alguna. Se discursió que dichos mandarines traían orden del rey para perdonar al Padre y a los cristianos. También se decía que el rey se arrepintió del hecho, y que aquella misma noche estuvo muy inquieto sin poder descansar. Además se vieron cosas extraordinarias en el mismo patio donde el rey mora. Esta noticia corría entre los mismos gentiles y que el rey prohibió se propalase. También se supo todo esto de algunas personas que entraban y salían en el palacio del rey. Lo cierto es que el rey tenía ya preparadas sus galeras para partirse y divertir por los ríos; y el ejército que había de ir en su guardia; y estando ya todo prevenido y publicada la partida del rey, todo se suspendió y el rey mandó que las galeras las volvieran a los lugares donde se guardan. Algunos decían que la causa porque el rey no se partió fué por el cometa que entonces apareció, lo cual le puso gran miedo.

El intento de este tirano en degollar al Padre y a los cristianos fué el poner miedo y aterrar a la gente para que no sigan la santa ley de Dios. Y los

Padres todos entendieron que aquellos cristianos tunkines al ver derramar sangre y degollar por la fe de Jesucristo, quedarían aterrados y llenos de temor, y muchos dejarían la fe. Y por la misericordia de Dios ha sucedido lo contrario, pues los cristianos no solamente no se aterraron, antes bien han quedado más animosos y más confirmados en la fe. Y el Padre Bartolomé afirma de sí y dice: que no ha visto cristiano alguno que haya dejado nuestra santa fe por oír que han degollado al Padre jesuita y a los demás. Muchos cristianos llegaron a decirle que después que han visto y saben que en Tunkin han degollado y derramado sangre por nuestra santa fe, estaban más animosos y confirmados en la verdad de nuestra santa ley; lo que hemos experimentado (añade el dicho Padre) es que después que se ha derramado sangre por Dios, todos los Padres salimos a administrar, y los cristianos más animosos nos ocurren y reciben en sus casas y administrábamos con mucho concurso de cristianos, y se convirtieron muchos a nuestra santa fe; y después acá el concurso de los cristianos es cada día mayor, y más los apóstatas que vuelven, y los gentiles que se convierten.

Sea Dios Nuestro Señor por eternos siglos alabado, pues ya se dignó de regar la tierra de Tunkin con sangre de mártires, que sea para fructificar más en el beneficio de las almas.

En este mismo año, por el mes de octubre, el Padre Fray Bartolomé mudó su distrito y se partió a administrar un territorio que está junto a la provincia oriental, en donde fué administrando con mucha paz y concurso de cristianos, y así prosiguió mediante Dios por todo este año.

En este tiempo sucedió el día 11 de diciembre que estando el señor Obispo niseño administrando en unas caserías cercanas, al río, a cosa de la media

noche, estando la casa llena de cristianos y el señor Obispo administrando, unos perversos gentiles de otra aldea allí vecina vinieron armados con catanas a prender a dicho señor, el cual, con la ayuda de Dios, se pudo escapar por una puerta falsa de la casa, y saliendo al campo se escondió en un montón de rastrojo. Los cristianos todos huyeron, menos la casera y una vieja de más de 80 años. Prendieron a dos catequistas del señor Obispo con el barco, ornamentos y cuanto había en él. Prendieron también a la vieja y a la casera, las cuales juntamente con los catequistas, el barco y todo lo demás, lo entregaron al gobernador de la provincia, el cual los llevó a la Corte, en donde los entregaron al Supremo Tribunal.

El señor Sextri estuvo toda la noche entre un montón del rastrojo hasta otro día ya bien tarde, que unos cristianos con un barquito le sacaron de allí ya medio tullido de la frialdad.

En este mismo año, por el mes de diciembre, sucedió que tres Padres agustinos descalzos que venían por la Sagrada Congregación a aquella Misión del Tunkin, al pasar los confines de China para entrar en dicho reino de Tunkin, fué necesario atravesar el mar con una embarcación. Sucedió que habiéndoles entrado un furioso Norte les abrió el barco sin poderlo remediar y así se fueron a fondo y dos de los Padres con un catequista se ahogaron; el otro Padre, milagrosamente, se pudo salvar en compañía de otro mozo que también se libró.

Los bautismos que el Padre Fr. Bartolomé hizo en estos tres años pasados en los cuales fué la fuerza de la persecución contra nuestra ley, en cuyo tiempo fué tan furiosa esta persecución que nunca se había experimentado en el reino de Tunkin mayor ni más formidable. Bautismos, pues, son los siguientes: adultos, 152; párvulos, 353.

XV

Año 1724

Dase noticia de los sucesos de este año y de la muerte del P. Fr. Juan Ventura Díaz misionario en Tunkin

En este año, como se fué mitigando la persecución iban nuestros misionarios por sus distritos y territorios administrando con bastante libertad, y los cristianos de cada día se animaban mucho más. Este mismo año por el mes de enero volvieron de la metrópoli de Cantón los mozos tunkines que habían acompañado al Padre Fr. Juan de Verea hasta dicho puerto, el cual habiendo dejado aquella Misión por el gran peligro en que estaba de perder la vida; pues se habían dado sentencias en la Corte contra él de que si le cogían luego le cortasen la cabeza. Y por otra parte, los ministros de justicia hacían vistas diligencias para prenderle; por lo cual se vió precisado a salirse de aquel reino, y luego este mismo año se embarcó para Manila.

Dejamos de escribir sus trabajos y sucesos que le pasaron en aquella Misión porque vive hoy todavía. Llegaron también este año las Actas del Capítulo Provincial del año veinte y dos en las cuales

venía electo por Vicario Provincial el Padre Fray Bartolomé, por lo cual fué necesario que mudase de distrito y bajase al territorio de Nancha y Giarathuy, que es el sitio donde está lo principal de nuestra Misión y donde se guardan las cosas comunes. En este mismo año, el día 18 de marzo, sucedió que estando el Padre Fr. Eleuterio Guelda administrando en una aldea llamada Yen-Lang, aquella misma noche una gran tropa de gentiles se juntaron para prenderle, los cuales armados dando sobre la casa donde estaba el Padre, no pudieron coger cosa alguna, y el Padre se pudo escapar por medio de los campos y sementeras, metido entre lodos y agua y, caminando con mucho trabajo, llegó al río en donde encontró el barco del P. Fr. José Valerio, y allí se metió bien trabajoso y lleno de lodo. Los gentiles registraron la casa donde se juntaban los cristianos y no habiendo podido hallar cosa alguna de religión, frustrados los intentos, se volvieron a sus casas.

En este mismo año, el día 19 de agosto, estando el Padre Fr. Bartolomé actualmente en su administración, sucedió que después de haber administrado en la aldea de Ke-sat, a la mañana, antes de amanecer se bajó al barco que tenía ya varado en aquel río esperando la siguiente noche ir a administrar otra aldea allí vecina. A cosa de las diez del día, una mujer apóstata y hechicera pasando por allí y viendo el barco conoció era el barco del Padre y luego dió aviso a los gentiles de aquella aldea para que le prendiesen. Un letrado con algunos soldados y gentiles de dicha aldea salieron con la intención de prender al Padre. Cuando llegaron ya cerca del barco, viendo Fr. Bartolomé que no tenía remedio ni podía escaparse dijo a los catequistas y mozos que se fuesen y le dejasen solo, pues prendiendo los mozos era más trabajo. Y así se escapa-

ron corriendo por aquellos campos sin tomar aun los vestidos. Llegados los gentiles al barco se sentaron allí junto al Padre, el cual les propuso y dijo cómo la ley de Dios que predicaba y enseñaba, era una ley santa, verdadera y virtuosa, y no hacía daño alguno a la gente, antes bien, mucho provecho; y así prosiguió diciéndoles que no había causa alguna para prenderle, y que si le prendían Dios les había de castigar, como muchas veces lo tenían experimentado; que todos aquellos que han perseguido la santa ley de Dios habían parado en mal y tenido muchos trabajos. Dicho esto, un soldado de los principales le dijo al Padre: yo sirvo al rey, a quien debo ser fiel. El rey prohíbe esta ley y así yo vengo a prenderte y entregarte al tribunal. Díjoles entonces Fray Bartolomé; Usted debe ser fiel al rey en otras materias y negocios; pero no en materia de la ley de Dios, que es una ley santa; y si el rey supiera ciertamente la verdad y virtud de esta ley la siguiera sin duda y observara. En fin, después de diversas preguntas y respuestas el letrado que era cabeza de aquella tropa, dijo: el Padre tiene razón en lo que dice; en prenderle y entregarlo al tribunal no tenemos provecho alguno, antes bien será dejar calamidades y trabajos a nuestros hijos y nietos y seremos castigados del cielo; mejor es perdonar al Padre y tomar el dinero y lo que hay aquí y volvernos. Registraron todo el barco tomando el dinero que allí tenía el Padre y todo aquello que era de algún valor y los vestidos de los mozos. A lo último, abriendo los cestos en que estaban los ornamentos y recado de misa, preguntaron qué era aquello; díjoles el Padre que eran los ornamentos y vestidos vestidos santos con que se sacrifica a Dios, que no los tomasen ni pusiesen las manos en cosas tan santas, pues infaliblemente Dios les castigaría. Con esto se atemorizaron y no se atrevieron por entonces

a tomar cosa alguna de los ornamentos, ni aun a llegar a ellos; pero después bebieron un poco de vino que allí casualmente encontraron y se les calentó la cabeza, y el letrado, ya fuera de juicio, sin temor alguno, tomó los cestos con los ornamentos y el cajoncito de los santos óleos y sólo le dejaron un cesto de libros, llevándose todo lo demás que pudieron; y así se fueron dejándole en medio de aquel río.

Luego que se fueron, un barquito de pescadores cristianos se arrimó al Padre quien, pasándose, lo condujeron a una aldea en donde tenía su refugio y llegando el día halló a todos aquellos cristianos perturbados por la noticia que ya habían tenido de que el Padre estaba preso; pero, en llegando, luego que le vieron se alegraron en grande manera, aunque es verdad que venía robada hacienda, pero libre la persona. Los catequistas y los mozos que estaban escondidos en las sementeras de aquellos campos esperando en lo que paraba, viendo que los gentiles ya se habían ido y también el Padre, bajaron al barco en donde lo hallaron todo robado y ellos sin vestidos. Al otro día fueron a buscar al Padre y le hallaron en el dicho lugar.

No pasaron muchos días que estos gentiles fueron acusados al gobernador de la provincia del robo que habían hecho en el río; aunque es verdad que ellos habían entregado al gobernador algunos libros y cosas de religión que tomaron del barco, diciendo las habían hallado en el campo. Con todo eso el gobernador mandó ponerlos en la cárcel, en donde estuvieron con cepos más de nueve meses, padeciendo mucha hambre y trabajos, sin saber cuándo tendrían libertad, en donde se acordaban viéndose con tantos trabajos de lo que el Padre les dijo: que si tomaban los ornamentos sagrados Dios les había de castigar; por lo cual dijeron después a

unos ministros cristianos que servían en la casa del gobernador; nosotros justamente padecemos estos trabajos por haber tomado los vestidos sagrados del Padre, el cual nos avisó antes; y nosotros, por estar locos y desatinados, violentamos al Padre robándole los dichos vestidos.

Viéndose el P. Fr. Bartolomé en este tiempo sin ornamentos, sin recado de misa, ni los santos óleos para proseguir su administración, se bajó a la aldea de Luc-thuy, en donde entró en la residencia que allí tenía la Misión, y estando allí juntamente con el Padre Fr. Eleuterio, pasados dos días, llegó también allí el P. Fr. Juan Ventura, enfermo, el cual, dentro de pocos días murió (de cuya muerte diremos después algo). Habiendo muerto el Padre Fray Juan, el Padre Fr. Bartolomé se avió con los ornamentos y todo lo demás que le faltaba, y estando proveído de lo necesario, a los 18 del mes de setiembre de este mismo año, se partió para su ministerio; y como el barco era ya conocido de los gentiles y corría voz que le iban a buscar, fué necesario el venderlo y comprar otro. Entró, pues, el Padre Fr. Bartolomé en su distrito administrando con bastante paz, y después de unos días que administró en un río llamado Cho-yen, a otro día después de las fiestas del Rosario, se partió a administrar a otro río en un barco de un leñador, dejando el suyo nuevo en aquel río para que unos maestros que había allí cristianos le compusiesen, y en el barco para que le guardasen dejó un catequista con tres mozos.

Sucedió, pues, que unos gentiles perversos, sabiendo que el barco del Padre estaba en aquel río, vestidos como ministros y con catanas desnudas, el día 3 de octubre dieron sobre el barco del Padre, diciendo eran ministros del mandarin. Los mozos y oficiales se echaron en el río y huyeron. Sólo

cogieron a un hombre ya de edad a quien dieron de porrazos y golpes y después le maniataron. Entendieron ellos que estaba allí el Padre, pero se hallaron burlados. En el dicho barco, de cosas de religión sólo hallaron unos libros de los mozos y una imagen pintada del Salvador, de la cual los infames escarnecieron hincándose de rodillas y escupiéndola (acción inicua que hicieron con Jesucristo en su santísima Pasión). Dichos malvados gentiles llevaron el barco del Padre a otro río algo lejos con intención de tomar cuanto había en él y venderlo; pero los mozos que les iban siguiendo sabiendo que no eran ministros del mandarín, con muchos cristianos que se juntaron dieron sobre ellos para prenderlos como a ladrones, los cuales escaparon dejando allí el barco con las cosas de religión y la santa imagen; las demás cosas de valor con los vestidos de los mozos ya ellos las habían repartido entre sí y llevado a sus casas. Con que robaron aquello poco que tenía allí el Padre, y los mozos quedaron segunda vez sin vestidos, trayéndole sólo el barco.

Después de este suceso, estos gentiles se juntaron con otros y iban por aquellos ríos buscando el barco del Padre para prenderle; pero fué célebre el chasco que llevó uno de los principales. El caso fué que como el dicho cabeza iba por aquellos ríos para ver si podía rastrear el barco del Padre, un día vió un barco varado en el cual no había mujer alguna y todos eran hombres, y juzgando él era el barco del Padre, de repente saltó y dió sobre él, y cabalmente el barco era todo de gentiles, los cuales viendo tan grande atrevimiento entendieron era ladrón y pirata, y luego le cogieron y dándole muchos palos y golpes, le maniataron para llevarle preso y entregaron al mandarín para que le castigase por ladrón. Este miserable viéndose en tal aprieto no sabía qué hacer y clamaba diciendo era herma-

no de un mandarín eunuco y, por tanto, pedía le perdonasen y así aquellos gentiles le soltaron; pero le quitaron primero todos los vestidos, y desnudo se volvió a su casa cargado de palos y porrazos que le dieron; y escarmentado con lo que le había sucedido, no se atrevió a ir más por aquellos ríos a buscar el barco del Padre.

En todo este tiempo el P. Fr. Bartolomé en otro barco de cristianos administró todo su distrito, y aunque cada día le venían noticias que muchos gentiles le iban buscando, con todo eso proseguía en su ministerio. Y así este año fueron muchos los apóstatas que volvieron a nuestra santa fe y muchos los gentiles que se convirtieron.

Los bautismos que hizo este año de adultos fueron 99, y de párvulos, 311.

XVI

Refiérese la muerte del P. Fr. Juan Ventura Díaz

Este mismo año de veinticuatro murió el Padre Fray Juan Ventura, con especial sentimiento de todos nuestros misionarios. Tomó el hábito de nuestra sagrada Religión el P. Fr. Juan en el convento de San Esteban, de Salamanca. Llegó a estas islas en la barcada que condujo desde Méjico hasta Manila el R. P. Vicario Fr. Eleuterio Guelda, corriendo el año doce, y siendo Provincial el M. R. P. Fr. Pedro de Mejorada. Por ser aún diácono, le dejaron por entonces en el convento de Santo Domingo, de Manila, hasta que al siguiente año, ordenado ya de sacerdote, lo determinó la Provincia juntamente con el P. Eleuterio para la Misión de Tunkin. El poco tiempo que estuvo en el convento, así en la casa de novicios, como después de sacerdote, se portó siempre con grande ejemplo y edificación de todos, viviendo muy recogido y procurando cumplir exactamente con sus obligaciones.

Llegado el tiempo de la partida para la Misión, embarcó juntamente con su compañero en un bar-

co de chinas, medio patache que hacía viaje a la ciudad de Cantón. Enviaba también la Provincia en dicho barco otros dos religiosos, que eran el Padre Fray Salvador de Contreras, y el P. Fr. Miguel de Arriba para socorro de la Misión de China; pero no pudieron lograr este año el viaje, a causa de que, salidos de Mariveles, les entró una tormenta en que se vieron en evidente peligro de perder la vida; pero después de algunos días en que, padecieron muchos trabajos, quiso Dios que llegasen de arribada a Cavite.

Frustrado este año el viaje, luego al siguiente, siendo ya Provincial el M. R. P. Fr. Diego Constantino, el cual aprobando lo de antes determinado por nuestro P. Mejorada, partieron otra vez para Cantón, a donde llegaron con toda felicidad, siendo recibidos muy caritativamente del R. Padre Presidente Fr. Pedro Muñoz, presidente que era de la Iglesia del señor S. Pío V, que antes teníamos en aquella ciudad. Los PP. Fr. Juan y Fr. Eleuterio emprendieron luego el viaje para su Misión, aunque no fué por la vía ordinaria a causa de la persecución que corría entonces en Tunkin contra nuestra santa ley. Y así, saliendo de la provincia de Cantón se partieron para la de Kiangsi, y por los términos de esta provincia y la de Cantón se entraron en Tunkin, a donde llegaron felizmente el día 15 de julio de setecientos y quince. Estaban estos Padres bien deseados de ministros misionarios, y así fué grande la alegría que recibieron con su venida.

El Padre Fray Juan de allí a poco que llegó enfermó gravemente; pero luego, después de algunos días fué Dios servido que mejorase; de suerte que, a fines del mismo año de quince empezó a administrar y socorrer aquella cristiandad. Fué el P. Fray Juan religioso de lindas prendas. Nueve años es-

tuvo en aquella Misión, que empleó y gastó muy bien en el servicio de Dios, cumpliendo como fiel siervo con las obligaciones y ministerio en que le tenía puesto la obediencia; siempre muy celoso y vigilante por el beneficio de las almas, ministro y operario que trabajó mucho en aquella Misión. Padebió muchos trabajos y se vió en grandes peligros, especialmente en estos últimos años antecedentes a su muerte, en que fueron mayores las persecuciones. Le sucedieron varios casos en que se vió muy afligido y con evidente peligro de perder la vida, o a lo menos de ser preso.

Estando en cierta aldea diciendo misa, de repente entró un mandarín con una gran tropa de gentiles a prenderle, los cuales siendo impedidos animosamente por los cristianos de dicha aldea, en el tiempo que duró la resistencia de los cristianos contra el mandarín, el P. Fr. Juan pudo acabar la misa y, revestido como estaba, escaparse por un agujero que los cristianos le habían hecho por el respaldo del altar. Y habiendo salido y caminado como unas seis leguas, se mantuvo oculto algunos días, y desde luego continuó su administración con gran fervor en los pueblos de las cristiandades más inmediatas.

Otros casos podíamos referir del siervo de Dios los cuales por estar ya apuntados en el discurso de lo que queda escrito, lo dejamos.

Fué el Padre Fray Juan muy amado de todos aquellos cristianos que, al ver su natural tan afable y pacífico le estimaban y amaban tiernamente, lo cual manifestaron más en su muerte por lo mucho que lloraron y sintieron la pérdida de su amado Padre.

El día 19 de agosto de este mismo año, hallándose los PP. Fr. Bartolomé y Fr. Eleuterio en la al-

dea de Lucthuy, llegó allí el P. Fr. Juan enfermo de unas calenturas ardientes, el cual estando en su distrito y viéndose con una enfermedad tan grave, se bajó a la iglesia o casa de dicha aldea para curarse, o en caso que Dios le llevase, morir con asistencia de sus Hermanos. Pasados tres días que había estado allí fué necesario pasarle a la aldea de Tru-lé por temor de algunos ministros de la Corte que entraban y salían en la dicha aldea de Lucthuy a buscar cierto preso que se les había escapado de la cárcel. Pasados ocho días que el P. Fr. Juan había llegado allí, habiéndose agravado con estas mudanzas mucho más la enfermedad, recibidos con gran devoción todos los santos sacramentos, murió este año a los últimos de dicho mes de agosto, en la dicha aldea de Tru-lé, dejando a todos los Padres muy tristes y afligidos por la mucha falta que hacía en aquella Misión. Asistieron al entierro cuatro Padres que al presente se hallaban en la aldea de Tru-lé, y fué enterrado en la casa de las Hermanas Beatas, junto al cuerpo del P. Fr. Alonso de Santo Tomás. Los cristianos hicieron también sus funerarias y explicaron también de varios modos lo mucho que sentían la muerte del P. Fr. Juan, que piadosamente podemos creer que le habrá pagado Dios Nuestro Señor muy bien los trabajos y ejercicios apostólicos que tan bien supo emplear en beneficio de aquella cristiandad.

Las Actas del Capítulo Provincial del año mil seiscientos veinte y siete hacen memoria del siervo de Dios Fr. Juan por las siguientes palabras: "En el reino de Tunkin murió el P. Fr. Juan Ventura Díaz, hijo del convento de San Esteban, de Salamanca, electo misionario de aquel reino, muy celoso y vigilante ministro en la salud de las almas; pues menospreciaba las amenazas y prohibiciones de aque-

llos crueles bárbaros a fin de instruir y administrar el mantenimiento y pábulo espiritual de doctrina y sacramentos a los fieles. Entre los muchos trabajos, fatigas y molestias que por todas partes se hallaba cercado, nunca dejó de ponerse a cualquier peligro que se ofreció, a fin de ayudarles y socorrerles”.

INDICE

INDICE

	Págs.
Licencias	VI
INTRODUCCION, por el P. Fr. Honorio Muñoz, O. P.:	
Prólogo	IX-XI
I. Bosquejo biográfico del P. J. Ventura Díaz ...	1-4
II. Reseña histórica de las Misiones Dominicanas en Tunkin	5-25
III. El Documento	27
El autor	28
La fecha del Documento	29
IV. Año 1715. De los sucesos de este año y llegada de los Padres Fr. Eleuterio Guelda y Fray Juan Ventura Díaz a aquella Misión	31-35
V. Año 1716. De los sucesos de este año y de algu- nos casos que pasaron en la Misión	37-40
VI. Año 1717. De los sucesos de este año y de la prisión del Padre Eleuterio Guelda	41-44
VII. Año 1718. De los varios sucesos y noticias de este año	45-51
VIII. Año 1719. Refiérense los sucesos y noticias de este año	53-58
IX. Refiérese la muerte del Padre Fr. Alonso de San- to Tomás, que murió este año de diecinueve	59-63
X. Año 1720. Dase cuenta de los sucesos y perse- cución de este año	65-69

	<u>Págs.</u>
XI. Año 1721. Prosigue la persecución y muere el señor Santa Cruz	71-86
XII. Vida del ilustrísimo señor Obispo D. Fr. Juan de Santa Cruz	87-101
XIII. Año 1722. Trátase de la persecución y sucesos de este año	103-116
XIV. Año 1723. Prosigue la persecución y se trata de algunos mártires que hubo este año en Tunkin	117-122
XV. Año 1724. Dase noticia de los sucesos de este año y de la muerte del P. Fr. Juan Ventura Díaz, misionario en Tunkin	123-129
XVI. Refiérese la muerte del P. Fr. Juan Ventura Díaz	131-133
Indice	139

PUBLICACIONES DEL P. HONORIO MUÑOZ, O. P.

En inglés:

VITORIA AND THE CONQUEST OF AMERICA... Imprenta de la Universidad de Santo Tomás (Manila, 1935; 2.^a ed., 1938).

Contiene este libro un estudio teológico-jurídico de los títulos por los cuales el Nuevo Mundo podía pertenecer a España, según Francisco de Vitoria, Fundador del Derecho Internacional.

VITORIA AND WAR... Imprenta de la Universidad de Santo Tomás (Manila, 1937).

Se estudia en este libro la cuestión de la Guerra, desde el punto de vista moral y legal, según los principios de Francisco de Vitoria y sus contemporáneos.

THE INTERNATIONAL COMMUNITY ACCORDING TO FRANCISCO DE VITORIA... Imprenta de la Universidad de Santo Tomás (Manila, 1946).

Es un estudio acerca de la Comunidad Internacional, según Francisco de Vitoria. En él se examina la existencia de dicha Comunidad, su ley, sus formas y sus derechos.

Trabajos de investigación:

LOS MARTIRES DE LA REFORMA EN INGLATERRA... Imprenta de la Universidad de Santo Tomás (Manila, 1838).

Hermoso documento histórico, inédito, existente en la Biblioteca de la Universidad de Oxford, acerca de los Mártires sacrificados por el Protestantismo en Inglaterra. En él se describen, en verso, las leyes existentes contra los católicos en aquel tiempo, las torturas, los sufrimientos a que eran sometidos por defender la Fe católica. Este documento es de la última veintena del siglo XVI, y su autor, el jesuita Francisco Herrera Alemán, totalmente desconocido hasta ahora.

DECADA DE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESU-CRISTO... (Manila, 1915).

Documento de Juan Coloma, cuyo manuscrito existe en la Biblioteca Bodleiana de la Universidad de Oxford. Consta de diez Cantos a la Pasión de Nuestro Señor, y uno a la Resurrección.

UN HEROE DOMINICO MONTAÑES EN FILIPINAS. Documentos inéditos del siglo XVII, preparados con Introducción y Notas, por el R. P. Honorio Muñoz, O. P. Publicaciones del Centro de Estudios Montañeses (Santander, Editorial Cantabria, 1951).

UN APOSTOL DOMINICO MONTAÑES EN TUNKIN (Fray Pedro de Bustamante, su apostolado y escritos). Documentos inéditos del siglo XVIII, preparados, con Introducción y Notas, por el R. P. Fr. Honorio Muñoz, O. P. Publicaciones del Centro de Estudios Montañeses (Santander, Imp. de la Editorial Cantabria, 1951).

EL P. JUAN VENTURA DIAZ, O. P., MISIONERO DOMINICO MONTAÑES EN EL REINO DE TUNKIN (1715-1724). Su Apostolado Misional según Documentos inéditos de sus Contemporáneos. Introducción y Notas por el R. P. Honorio Muñoz, O. P. (Santander, Imp. de Editorial Cantabria, 1953). Publicaciones del Centro de Estudios Montañeses.

Traducciones del inglés:

SANTO TOMAS DE AQUINO...(G. K. Chesterton).

(Traducido de la 1.^a edición inglesa). Espasa-Calpe, Madrid, 1934. Corregido para la 7.^a edición, Colección Austral, Buenos Aires, 1948.

Es éste uno de los libros más simpáticos del gran apologeta converso inglés, a la vez que un estudio exquisito de la personalidad del Doctor oficial de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino.

SIN PATRIA PERMANENTE... (P. Beda Jarrett, O. P.)

Imprenta de la Universidad de Santo Tomás, Manila, 1937. Serie de conferencias cuaresmales del famoso predicador dominico inglés, restaurador de los dominicos de Oxford.

En prensa:

EL ORIGEN ESPAÑOL DEL DERECHO INTERNACIONAL, vol I (J. B. Scott).

Es un estudio extenso y concienzudo del gran hispanófilo americano Scott, que dedicó los días más sazonados de su vida al estudio de los juristas de la Escuela Clásica Española. Este volumen está dedicado exclusivamente a Francisco de Vitoria.

DEL MISMO AUTOR:

OTROS ESTUDIOS, EN PREPARACION, SOBRE MISIONEROS DOMINICOS MONTAÑESES EN EXTREMO ORIENTE

Entre los muchos misioneros dominicos que desde el siglo XVII vienen llevando a cabo la gran obra de evangelización en los países del Extremo Oriente, hay un grupo de notables apóstoles que procedían de los pueblos austeros y cristianísimos de La Montaña. Unos en un país, y otros en otro, todos ellos trabajaron con ahinco por la propagación del Evangelio. Algunos sufrieron valientemente los horrores de la persecución por la fe; otros murieron por la misma; y todos ellos dieron con su vida y su palabra testimonio constante de Jesucristo. La vida de estos abnegados propagadores de la fe, su labor apostólica y sus escritos merecen ser conocidos.

Los países donde principalmente han trabajado son: Filipinas, China, Japón, Formosa e Indochina. He aquí una lista de los principales:

EN FILIPINAS:

1. **P. José Polanco** (siglo XVII), gran apóstol de los rancheros de Abra, Ilocos.
2. **P. Bernabé de la Magdalena** (siglo XVIII), famoso misionero de Cagayan, Comisario del Sto. Oficio, y Superior en Manila.
3. **P. Agustín Velarde** (siglo XVIII), misionero de Bataan y Procurador General.
4. **P. Diego Liaño** (siglo XVIII), misionó entre los chinos de Manila, y luego en Cavite. Procurador General.
5. **P. Santiago Barreda** (siglo XVIII), misionó en Bataan y Cavite y fué Maestro de novicios en Manila.
6. **P. Juan de la Vega** (siglo XVIII), misionó en Pangasinan.
7. **P. Pedro Velez** (siglo XVIII), misionero de Cagayan y Pangasinan.
8. **P. Nicolás Hoyos** (siglo XVIII), misionero de Cagayan.
9. **P. Gabriel de la Riba** (siglo XVIII), misionó en Pangasinan.
10. **P. Ramón Calvo** (siglo XIX), famoso misionero de Nueva Vizcaya, Pangasinan y Cavite.
11. **P. Manuel Díaz** (siglo XVII), misionó en Negros.
12. **P. Benito Rivas** (siglo XIX), misionó en Nueva Vizcaya, Bataan y Cavite.
13. **P. Francisco García** (siglo XVIII), misionero de Iloilo.

14. **P. Antonio de la Cajiga** (siglo XVIII), trabajó en Manila.
15. **P. Juan González** (siglo XVII), misionero en Pangasinan.
16. **P. Francisco de la Maza** (siglo XVII), misionó en Pangasinan.
17. **Ilmo. Sr. D. José Cueto** (siglo XIX), profesor en Manila, Vice-Rector de la Universidad de Santo Tomás, Rector de Letrán, fundador del "Boletín Eclesiástico de Manila"; Obispo de Canarias.
18. **P. Buenaventura Campa** (siglo XIX), misionero en Isabela y Pangasinan.
19. **P. Francisco Carriedo** (siglo XVIII), Rector y cencelario de la Universidad de Sto. Tomás, Rector de Letrán y misionero en Cavite.

EN INDOCHINA:

20. **Ilmo Sr. D. Manuel Ignacio Riaño** (siglo XIX), gran misionero compañero de los Btos. Berriochoa, Sanjurjo y Sampedro. Tiene un hermoso epistolario y varias Relaciones.

EN JAPON:

21. **Vcn. P. Juan de Rueda**, o de los Angeles (siglo XVII), misionó durante las atroces persecuciones en Japón por más de 15 años; escribió varios tratados devotos en japonés, y fué ejecutado en las islas Riukius o Lekios, hoy Okinawa.

EN CHINA:

22. **P. Juan Polanco** (siglo XVII), fué preso y torturado, también misionó entre los chinos de Manila; más tarde fué Procurador en Roma y Madrid.
23. **P. Juan Valenilla** (siglo XVIII), misionó en Fukien.
24. **P. Domingo Castañedo** (siglo XVIII), misionero de Fogan donde fué Vicario Provincial.
25. **P. Francisco Rivas** (siglo XIX), trabajó en Macau, Hong Kong, Tunkin y Filipinas; atildado historiador eclesiástico.
26. **P. Pedro Barrera** (siglo XVII), misionó en Fogan.
27. **P. Baltasar Calderón** (siglo XVIII), Restaurador de las misiones de Batanes (Filipinas), y misionero en Cagayan y Amoy.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
ESTA PUBLICACIÓN DEL
"CENTRO DE ESTUDIOS
MONTAÑESES" EN EL MES
DE DICIEMBRE DE MIL
NOVECIENTOS CINCUENTA
Y OCHO

LAUS DEO VIRGINIQUE
MATRI

